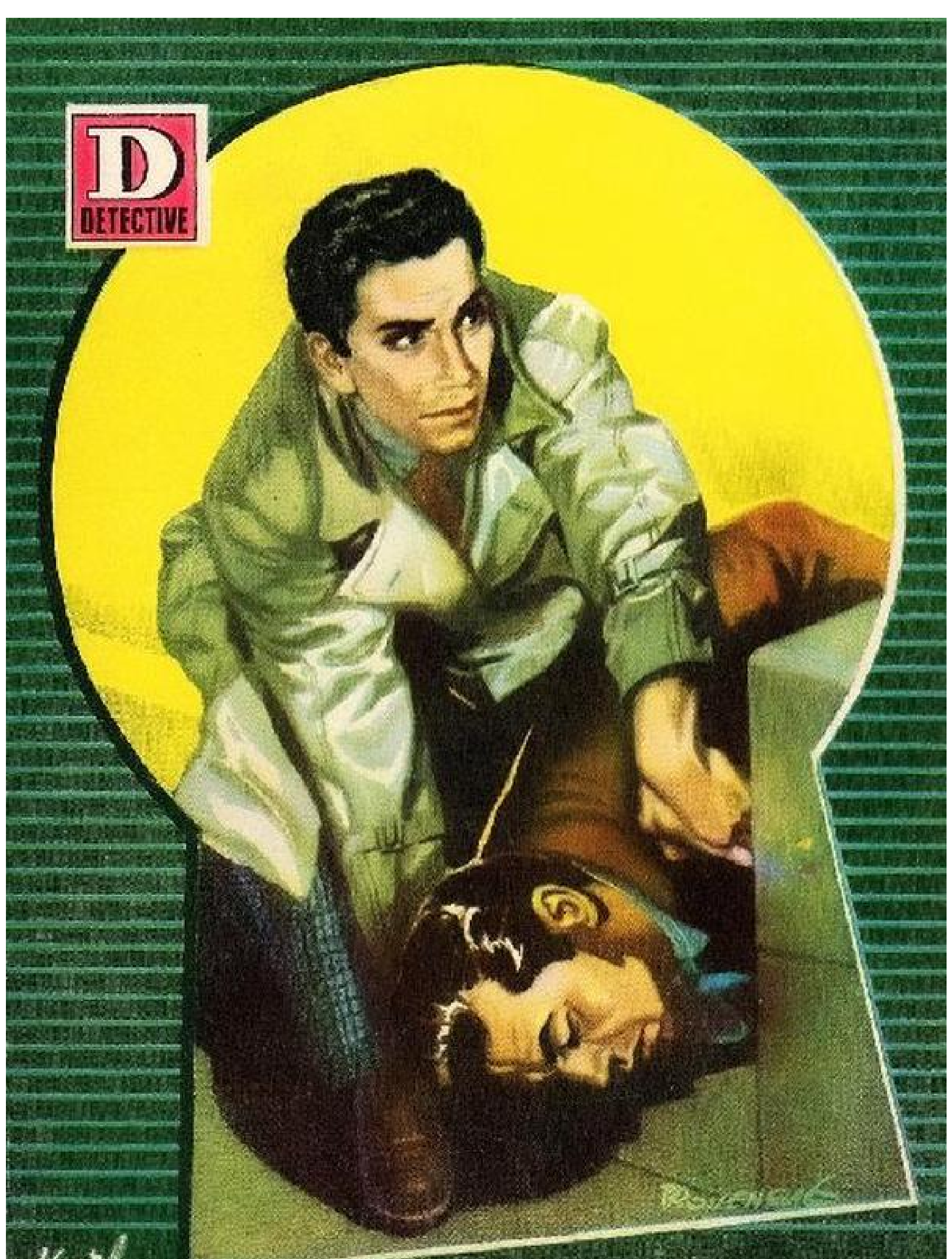


Karl Medusa

ESPIAS ATOMICOS

KARL MEDUSA

ESPIAS ATOMICOS

1ª EDICIÓN
ENERO 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

TÍTULO ORIGINAL:

LOWDOWN ON G-MEN!

Versión castellana de:

J. PANÉ ARGELICH

 PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona



Espias atomicos
por KARL MEDUSA
D
DETECTIVE

AL LECTOR:

La cosa ocurrió exactamente así. Los dos estuvimos mezclados en ello… hasta el cuello. Y lo escribimos los dos juntos, de modo que sería difícil decir la parte que corresponde a Drayton y la que afecta a Medusa.

Este relato llega a ti algún tiempo después que los acontecimientos han tenido realmente lugar, porque éste es un material explosivo.

Nuestras revelaciones sobre la red de espionaje de Nueva Orleans rozaban las actividades de una Comisión Secreta del Congreso que estudiaba la implantación de nuevos métodos para echar un telón sobre los diplomáticos extranjeros en los Estados Unidos y para un reforzamiento de medidas de seguridad de uno a otro extremo del país.

Las circunstancias, lector, como verás cuando leas este libro, han pronunciado la palabra FIN *en cuanto a la vida activa de Medusa como Agente Federal. Ahora, ayudado por su deliciosa mujercita, se propone revelar ante el mundo la información secreta sobre su carrera que le acredita como uno de los más destacados agentes del*
F. B. I.
de Norteamérica. Esto no se hace por espíritu de auto glorificación sino porque él cree que otros libros demostrarán —como éste trata de hacerlo — que la suerte de la civilización puede depender de la bravura, la viveza de ingenio y la decisión de uno o dos hombres y mujeres que se encuentran envueltos en el torbellino de los acontecimientos de la época.

RICKY DRAYTON.

KARL MEDUSA.

Nueva Orleans, 1951.

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre del traje gris agujereó el extremo de su cigarro con un pequeño agujón de oro que colgaba de la cadena de su reloj.

—¿Has seguido a Solon como yo te he dicho? —preguntó.

—Exactamente, jefe —repuso el hombre alto y delgado—. ¡Ahora se enterará usted de lo ocurrido!

El otro encendió el cigarro cuidadosamente, estudió el extremo encendido para ver si ardía a nivel y aplicó un dedo humedecido a un lado.

—Cuéntame, MacGilvray —dijo—. Te estoy aguardando.

—Salió de la casa de huéspedes a las 10 de la mañana —empezó contando MacGilvray— y se fué hacia la parte alta de la ciudad para tomar algo en el Louie's Bar. Allí no habló con nadie, excepto para pedir un par de «Collinses» y un paquete de «Chesterfields». A continuación se fué hacia la calle Mayor y compró un diario en el quiosco de la esquina de la calle Siete. Luego… déjeme ver…

MacGilvray hojeó una pequeña libreta de notas para refrescar la memoria. El hombre del traje gris, entre tanto, se agitaba impacientemente.

—¡Vamos, hombre! —exclamó—. Poco importa si bebió o no bebió, si compró un periódico o si se lavó las manos. Explica únicamente la parte importante del caso. ¡Lo demás quédatelo para ti!

—¡Bien, jefe, bien! —dijo apresuradamente—. Iré al grano enseguida. A eso de las tres y media de esta tarde el individuo ha entrado en el cine *Boulevard*. Yo le he seguido, como es natural, y me he sentado detrás de él. El programa era horroroso… uno de

esos dramones psicológicos… una verdadera lata.

—¡Por Dios, basta! —gritó el hombre del traje gris—. ¡Hemos dicho que al grano! Vamos a ver: ¿qué demonios ha ocurrido en el cine?

—Bien, jefe; a eso voy. Pues como decía, la segunda película la han echado primero… una verdadera birria también… Pero, bueno, eso dejémoslo aparte… Entonces entra un fulano y se sienta en la butaca del lado de Solon. Solon estaba comiendo rosetas de maíz y ofreció algunas al sujeto que acababa de llegar. El gesto me pareció un poco raro para empezar, porque el caso es que no habían hablado siquiera. De pronto, Solon le da al otro toda la bolsa de maíz, se levanta y se va.

—Muy interesante. ¿Y qué ocurre a continuación?

—¡Usted verá, jefe, usted verá! —dijo MacGilvray—. He creído que lo mejor que podía hacer era permanecer con el otro fulano; y en cuanto a Solon ya sabía dónde podría encontrarle en cualquier momento. Así que he aguardado. El sujeto aguantó todo el programa siguiente, el documental, una birria de propaganda turística… ¡en mi vida he visto una cosa más sosa!

—Desde luego, desde luego, te compadezco —dijo el hombre del traje gris, fríamente—. Pero…, ¿quieres desembuchar de una vez sin andarte ya más por las ramas?

—¡Sí, hombre, sí, ahora viene lo bueno! Cuando se ha terminado el programa el individuo se levanta y se va. Yo le sigo. Él llama un «taxi» y yo llamo otro. No le había podido ver aún muy bien la facha a causa de la obscuridad de la sala, pero me ha parecido que me era familiar. Se ha dirigido hacia el «Bellevue Hotel» y ha subido a su habitación: el número treinta y ocho. He mirado en el registro para ver quién era. Entonces he comprendido por qué me era familiar su cara.

—¿Y por qué te lo ha parecido, genio? —preguntó el hombre del traje gris.

—¡Era nada menos que Mister Harold Van Gelder, de Washington! —replicó MacGilvray con una nota de triunfo en la voz.

El hombre del traje gris dió un brusco salto poniéndose en pie.

—¡El agente del
F. B. I.!

—exclamó—. ¡Ese traidor, ese canalla de Solon! ¡Es un instrumento de Washington! ¡Precisamente lo que me temía!

—¿Qué quiere que haga ahora, jefe? —preguntó MacGilvray a continuación.

—Llévate a Lepper —repuso el del traje gris— y los dos os apoderáis de Solon. Sacadle a dar un paseíto. ¡Y sin pérdida de tiempo!

—¡Descuide, jefe, descuide! —contestó MacGilvray saliendo de la habitación.

Un coche de apariencia ordinaria se detuvo ante la casa de huéspedes de la parte baja de la ciudad donde vivía Gary Solon. MacGilvray que iba al volante, se volvió hacia el individuo sentado en el departamento de atrás.

—Tú aguarda aquí, Lepper —le dijo.

Acto seguido se apeó y entró en la casa.

El cuarto de Solon estaba en el piso superior, y en la casa no había ascensor. MacGilvray jadeaba terriblemente cuando llegó ante la puerta y llamó.

—¿Quién? —preguntó una voz desde el interior.

—MacGilvray. ¡Abre!

Se oyó el ruido de una llave al girar en la cerradura y se abrió la puerta. Solon se asomó. Era un individuo carirredondo, con un delgado mostacho y cabello peinado hacia atrás.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Tú siempre te has mostrado muy ansioso para ver al jefe — replicó MacGilvray—. Pues ahora se te ofrece la gran oportunidad. Él desea verte.

—Enseguida estoy allí —dijo Solon empezando a cerrar la puerta.

MacGilvray puso un pie para evitarlo.

—Puedes venir tal como vas ahora —le dijo—. El jefe tiene prisa.

Solon se encogió de hombros y siguió a MacGilvray hacia la escalera.

—Sube ahí detrás —le indicó MacGilvray cuando estuvieron en el interior.

Solon miró al interior y vió a Lepper.

—¡Hola, Lepper! —dijo—. ¡Eso debe de ser toda una

conferencia!

—¡Seguro! —repuso Lepper—. Sube, sube.

MacGilvray se deslizó tras el volante otra vez y puso el motor en marcha.

Cuando llevaban un rato corriendo, Solon habló:

—Veo que os dirigís hacia fuera…

—¿Por qué no? —preguntó Lepper—. ¿Crees que hay algún motivo especial para que el jefe te quiera ver en la ciudad?

Solon se encogió de hombros y calló.

Diez minutos más tarde el coche disminuyó la velocidad y paró. Estaban en un trecho de carretera recta y llana que se deslizaba entre dos obscuros campos de algodón. Las luces de Nueva Orleans parpadeaban a lo lejos detrás de los viajeros.

—¡Ya estamos! —anunció Lepper.

—¡Pero aquí no hay nadie! —protestó Solon.

—Esto es —repuso Lepper—. ¡Apéate!

El mismo le abrió la portezuela. Solon echó rápidamente la mano en el interior de la chaqueta, pero antes que tuviese tiempo de sacar el arma, MacGilvray se volvió desde el asiento delantero y le dió un formidable puñetazo en la cabeza. Mientras Solon caía sobre el asfalto, Lepper sacó su revólver y disparó un par de veces sobre el cuerpo de Solon. Antes, que los ecos se hubiesen desvanecido, MacGilvray había puesto una marcha y el coche arrancaba otra vez a gran velocidad. Solon yacía sobre la carretera. En aquellos momentos salía la luna. Era un espectáculo magnífico el que ofrecía sobre las flores del algodón. Aunque a Solon poco le importaba…

El sargento Pash, el técnico, estaba bastante satisfecho de sí mismo cuando, aquel día, salía del Centro Experimental de Armas que el Ejército tenía en Nashville. El hombre gozaba de un empleo regular en el Ejército, que le permitía vivir como un paisano en una casita de los suburbios, con su mujer, en lugar de hacer la vida en el cuartel. Además, lo que él llamaba «actividad de horas libres», le rendía admirablemente desde el punto de vista monetario. El sol brillaba para el sargento Pash.

Pero súbitamente apareció una nube en su camino, una nube en forma de dos individuos que iban con gabardina y sombrero gris. Los dos sujetos le salieron al paso.

—¿Sargento Pash, técnico? —le preguntó uno de ellos.

El sargento tragó saliva y movió la cabeza, balbuceando:

—Sí… sí… ¿Qué se les ofrece?

—Somos del
F. B. I.
—contestó el individuo—. Véngase con nosotros, por favor.

Una hora después, dentro del edificio de la Jefatura de Policía de Nashville, el sargento Pash estaba empezando a constatar que sus «actividades de horas libres», no le habían proporcionado un rendimiento tan lindo, después de todo. Vender información militar a agentes de una potencia extranjera difícilmente es cosa que rinda.

Uno de los hombres del impermeable, iba diciendo:

—Díganos con quién estaba usted en contacto, Pash, y trataremos de suavizar las cosas para usted. Incluso puede usted continuar viviendo en lugar de terminar ante el piquete de ejecución.

El sargento Pash no era tan sólo un traidor valiente.

—Frank Pearl —soltó enseguida—. Me he reunido con él esta mañana en el hotel «President».

Uno de los agentes del
F. B. I.
se volvió hacia el otro.

—Quédate con este fulano —dijo—. Yo voy a por Pearl. Tal vez esté todavía en la ciudad.

En el «President» le dijeron al agente del
F. B. I.
que Pearl acababa de salir después de haber pagado la cuenta.

—He oído que le decía al «taxista» que se dirigiese a la estación —informó el mozo de cuerda.

El agente llamó a un «taxi» y metió en él al mozo.

—Usted se viene a la estación conmigo —le dijo—: Si Pearl está todavía allí me lo puede señalar.

Sí, Pearl, estaba todavía allí.

—¡Es aquél! —exclamó el mozo de cuerda señalando con el dedo a un individuo de cara pálida, vestido con un traje marrón, que cruzaba apresuradamente el andén. El agente del
F. B. I.
echó a correr detrás de él. Pearl puso el pie en el estribo en el

mismo instante en que el tren arrancaba. El agente corrió a lo largo del andén, se agarró al tirador de una portezuela y se colgó del convoy en marcha.

—¿A dónde va este tren? —le preguntó al estupefacto revisor mostrándole rápidamente su credencial.

—¡A Nueva Orleans, señor! —Fué la respuesta.

El agente se acomodó en un asiento detrás de Frank Pearl. A partir de aquel instante no le perdería ya de vista.

El periodista iba silbando mientras su potente descapotable rojo y amarillo marchaba a toda velocidad hacia Nueva Orleans. Acababa de pasar un fin de semana pescando y divirtiéndose magníficamente, pero pensaba en la fastidiosa tarea que le aguardaba al día siguiente, mentado en la mesa de noticias de la sección de crímenes del principal diario de la mañana, de Nueva Orleans, dispuesto a llenar cuartillas a gran velocidad, y a entrar en acción donde quiera que fuese necesario, pendiente siempre de la llamada telefónica.

Pero tal vez no tendría que aguardar hasta el día siguiente para empezar de nuevo la tarea. Su pie pasó del acelerador al freno cuando los faros del descapotable descubrieron un bulto a un lado de la carretera. Paró el largo y bajo automóvil al lado del objeto tendido en el suelo y apeóse de un brinco. El bulto tendido se movía muy ligeramente y el periodista comprendió, enseguida, que su instinto ante semejantes casos no le engañaba nunca. Aquello era un hombre. Y, además, estaba agonizando… muy deprisa.

El periodista se apoyó en una rodilla al lado del herido y trató de ayudarle. Los ojos de Gary Solon parpadearon por un instante al tiempo que movía los labios. El periodista acercó el oído a los labios del agonizante tratando de recoger el débil susurro.

—Sea… sea… —balbució el hombre.

—No se precipite amigo —dijo el periodista.

Solon hizo un esfuerzo supremo, levantó un poco la cabeza y pronunció con perfecta claridad:

—«Seagull»[1].

A continuación cerró los ojos y bajó la cabeza otra vez. Y para siempre.

Frank Pearl salió de la estación central de Nueva Orleans a paso

ligero, llevándose la mano al bolsillo interior de la chaqueta para asegurarse que todavía llevaba allí el sobre entregado por el sargento Pash. Y abriéndose paso entre el público viajero, le pisaba los talones, discretamente, el agente del
F. B. I.
Pearl llamó un «taxi», subió en él y se alejó. Pero el agente no tardó en marchar tras él en otro «taxi». Se acercó al oído del taxista y le dijo:

—Me imagino que ese individuo de enfrente correrá a una velocidad más que regular. Le pagaré triple si hace usted lo posible para que no le perdamos de vista.

Los dos «taxis» atravesaron durante mucho rato las calles de Nueva Orleans todavía concurridas en aquella avanzada hora de la noche. Pronto se vió claramente que el de delante iba describiendo una ruta complicada, volviendo una y otra vez sobre los mismos lugares. Pero el «taxi» perseguidor no le abandonaba ni por un instante. Los dos se dirigieron hacia el muelle del río. El primer «taxi» paró, al fin, y Pearl se apeó. El agente le imitó y dió unas monedas al taxista. Pearl se volvió y observó que el agente se dirigía a él. Echó a correr y se metió en una callejuela formada por dos hileras de tinglados portuarios. El agente corrió tras él. Al llegar a la esquina, Pearl disparó contra su perseguidor. Éste se apoyó de rodilla al suelo y replicó del mismo modo. A continuación echaron a correr otra vez, haciendo resonar con sus pisadas las laberínticas callejuelas del muelle.

Un sudor frío se deslizaba por la frente de Pearl. El agente era un perseguidor cruel; a cada instante iba ganando terreno. Las vacías paredes de los almacenes brillaban con la humedad de la niebla que el viento del Mississippi agitaba en aquellas horas. El silencio de la noche fué roto por el melancólico silbido de una sirena de vapor. El corazón de Pearl palpitó contra el sobre que apretaba en el bolsillo. El agente del
F. B. I.
iba acortando la distancia que les separaba.

El cuerpo de Gary Solon reposaba en el departamento trasero del descapotable rojo y amarillo que el periodista conducía hacia la zona portuaria de Nueva Orleans.

«Seagull» había dicho el hombre antes de morir. El periodista no

conocía otro «Seagull» que un pequeño bar de mala facha, situado abajo, en los muelles. En los bolsillos del muerto no había nada de interés; ni un papel que pudiera identificar su persona, ni domicilio ninguno. Era como si hubiese tomado sus precauciones a fin de permanecer en el anonimato aun después de la muerte. Así que el periodista no tenía más que un punto de referencia: «Seagull». Y hacia allí se dirigía.

Paró el coche al bordillo de la acera opuesta al bar como un vapor amarrando bajo la niebla. Después de echar una mirada al montón de mantas, cajas y los avíos de pescar que cubrían el cadáver del asiento trasero se dirigió hacia el otro lado de la calle. Una lámpara esparcía una luz difusa sobre el mostrador, cubierto con una chapa de zinc, y dejaba ver una parte de la pequeña sala donde se repartían media docena de mesitas sobre un suelo cubierto de serrín. Se veía un aparato tragaperras en un rincón. Un grupo de parroquianos con jersey de pescador bebían cerveza o comían embutidos. Detrás del mostrador el tabernero, un individuo alto, de ojos inquietos y con una cicatriz en la mejilla izquierda, iba limpiando vasos. Sobre la puerta, aparecía una gaviota disecada, apolillada ya. En el establecimiento había también una figura femenina.

La dama tenía una cara delgada, nerviosa y un cuerpo movedizo. Vestía de camarera; llevaba un traje negro y delantal blanco. El periodista entró y sentóse en una mesa al lado de la puerta. La dama se acercó a él.

—¿Qué tomará el señor? —preguntó.

Tenía una voz rápida y áspera. En ella se notaba una arista que revelaba que la mujer tenía algo en la mente. El periodista pidió «rye»[2], y la camarera volvió hacia el mostrador. El forastero la estuvo mirando mientras andaba. Sus movimientos eran enérgicos, pulcros. El periodista pensó que si la dama era capaz de conciliar el sueño por la noche y arrojar lejos de sí aquel aspecto de preocupación, podría ser atractiva de un modo excelente, intenso.

Cuando la dama le hubo hablado al sujeto de detrás del mostrador, éste echó una mirada al intruso por encima del hombro. Al periodista no le gustó nada la expresión que reflejaba su rostro. El camarero había interrumpido su trabajo de enjugar vasos; tenía ahora uno en las manos junto con el paño blanco. La dama estaba

inmóvil. Y los hombres en jersey habían cesado de hablar. Todos miraban al forastero en medio del más completo silencio. El periodista midió la distancia que le separaba de la puerta.

De pronto el tabernero rompió el silencio. Cogió una botella de un estante, llenó un vaso y lo entregó a la camarera. Ésta lo puso en una bandeja de hojalata y se lo llevó al forastero.

—Quizá podría usted ayudarme, señorita —le dijo después que hubo pagado la consumición—. Estoy buscando un individuo, pero no sé como se llama.

—Usted dirá —repuso la dama.

—Se trata de un fulano patilargo, con la cara redonda y un bigote fino. Tiene el pelo castaño. ¿Le ha visto alguna vez por aquí?

La camarera frunció los labios. El periodista observó que eran unos labios bonitos aunque un poco delgados. Los dientes que lucía la dama eran bellos, pequeñitos. Fué apretándolos cuando le espetó:

—¡Lárgate de aquí! Te conviene si quieres conservar la salud —y se volvió para marchar hacia el mostrador.

—¡Un momento, señorita! —pidió el forastero.

Ella vaciló unos instantes, pero se alejó enseguida. El tabernero se agachó encima del mostrador Hablando en voz baja con ella. En el rostro de los dos aparecía una expresión intensa.

De pronto se oyó un disparo en la calle. Siguieron dos más, uno a continuación del otro. La puerta, del *Seagull* abrióse violentamente, y Frank Pearl entró tambaleándose dentro del bar.

Llevaba una mano en el pecho y de los dedos le chorreaba sangre. La otra mano la tenía estirada hacia delante cogiendo un gran sobre de papel Manila. Dió unos pasos vacilantes y se desplomó sobre el serrín. La camarera corrió hacia él y alargó las manos hacia el sobre, pero el periodista se puso en pie rápidamente y le arrojó el vaso de *whisky* en la cara. Mientras ella se detenía para llevarse las manos a los ojos que le escocían, el periodista se abalanzó sobre el caído y apoderóse del sobre. A continuación echó a correr hacia la puerta. Uno de los hombres de jersey le salió al paso. El periodista esquivó el golpe que iba dirigido a su cabeza y replicó con un *uppercut* que derribó al individuo. Pasó por encima de su cuerpo, y el tabernero disparó desde detrás del mostrador.

El periodista sintió una bala que le atravesaba un lado del pecho como una brasa de fuego. Pero estaba ya en la calle y corriendo

hacia el automóvil. Subió de un salto y cogió el volante al tiempo que apretaba el botón de arranque. Cuando el coche se ponía en marcha alguien disparó desde el otro extremo de la calle. La bala hizo añicos el parabrisas, pero el vehículo siguió su marcha y el periodista no quitó el pie del acelerador hasta que llegó ante su domicilio, en la parte alta de la ciudad.

Allí dejó el cadáver de Gary Solon cubierto cuidadosamente con las mantas en el mismo lugar del coche y aparcó éste en el garaje del bloque residencial. El periodista tomó el ascensor y subió a su apartamiento en el alto del edificio. Se sirvió un vaso de *rye* y se quitó la chaqueta y camisa para inspeccionar la herida. Después de limpiar la herida con un antiséptico la cubrió con esparadrapo y se puso camisa y chaqueta nuevas.

A continuación cogió el sobre misterioso y lo sopesó especulativamente. Había puesto la hoja del cortaplumas en un extremo para rasgarlo cuando sonó el timbre de la puerta. El periodista puso el sobre debajo del cojín de un sillón y se dirigió hacia la puerta.

—¿Quién? —preguntó.

—
F. B. I.
¡Abra! —Fué la respuesta.

Abrió un poco la puerta para mirar cautelosamente por una rendija. El agente del
F. B. I.
mostró su credencial y el periodista abrió más la puerta.

—Pase —dijo.

El agente entró quitándose el sombrero.

—Soy Karl Medusa, agente especial —dijo.

El otro le tendió la mano.

—Encantado de conocerle —repuso—. Un servidor es Ricky Drayton reportero de crímenes.

CAPÍTULO II

Dayton y Medusa estaban sentados trente a frente en la mesa del apartamiento del primero.

—Esto es todo lo que sé —iba diciendo Drayton mientras volvía a llenar el vaso de Medusa—. Ahí queda el fulano que me he encontrado agonizante en la carretera del Delta y que únicamente tuvo fuerzas para murmurar: *Seagull*. Por eso me dirigí hacia el bar *Seagull* tratando de descubrir algo. Lo malo es que las cosas se han precipitado al margen de mi voluntad cuando tú has llegado empujando delante de ti a ese sujeto del sobre blanco. La dama del bar intentó apoderarse de él, pero le he ganado la delantera y no lo he soltado ni a tiros.

—¡Y yo he disparado también contra ti cuando te alejabas! —añadió Medusa—. Lo siento en el alma, querido amigo Ricky.

—Esto no tiene importancia, Karl —contestó Drayton con una sonrisilla—. ¡Es una suerte el que los del

F. B. I.

tengáis tan mala puntería! Total es cuestión de poner un parabrisa nuevo. Bueno. ¿Y si me contases ahora tu parte de la historia?

Karl esbozó brevemente el relato de la persecución de Frank Pearl desde Nashville.

—Ese fulano es uno de los correos de la red de espionaje —explicó—. Su tarea consistía en recoger información y pasarla a una autoridad central. No le eché la mano encima en Nashville porque esperaba que me llevase ante un personaje de más envergadura. Y tal vez lo ha hecho al fin y al cabo. No creo que fuese a caer casualmente dentro del *Seagull*; allí tenía la meta, sin duda alguna. Por la mañana haré que inspeccionen bien aquel garito. Ahora no quiero ir. Cuando te he visto a ti salir de allí echando chispas, he

pensado que tenía el pez gordo en las manos, Ricky. Ese automóvil tuyo no es de los que pasa fácilmente inadvertido; los policías me han dicho enseguida a quien pertenecía, de modo que he podido hacerte al punto esta visita. Vamos a ver ahora qué hay en este sobre.

Ricky lo sacó de debajo del cojín y lo entregó a Kart. Éste lo abrió y pasó rápidamente la vista por encima del documento que contenía.

—¡Es algo serio lo que has cogido, Ricky! —exclamó—. ¡Contiene nada menos que los planos del nuevo cohete atómico en el que estaba trabajando Pash! Durante demasiado tiempo ha ido saliendo al exterior información de esta clase.

—Mira, Ricky —prosiguió diciendo Karl tras una breve pausa durante la cual estuvo sorbiendo el *whisky*—, individuos de la talla de Pash y de Pearl son simples peones. Éstos no cuesta tanto echarles la mano encima. Además no resulta muy difícil poner otro en su lugar cuando ellos caen. Lo interesante para nosotros es llegar al cerebro dirigente que los mueve; el sujeto que recoge la información procedente de diversas fuentes, la une y la manda a fuera del país dejando así al descubierto un cuadro completo de nuestros preparativos militares de defensa. Y esos personajes de altura tienen buen cuidado en evitar que los pequeños les conozcan. En la cadena hay varios eslabones. Y tengo la idea de que ese tabernucho del *Seagull* debe de estar cerca de la cúspide.

—Ahora que hablamos del *Seagull* —dijo Ricky— ¿qué te parece si echásemos una mirada al fulano que me mandó allí? No presenta documento alguno de identificación, pero tal vez tú le conozcas. Lo tengo todavía en mi coche, en el garaje subterráneo.

Los dos hombres tomaron el ascensor y bajaron a los sótanos de la casa. Ayudados de una lámpara de bolsillo inspeccionaron el cadáver de Solon. Al fin Karl se enderezó y se rascó la cabeza.

—No le he visto en mi vida —declaró—. Creo que será mejor entregarlo a la policía y mandar sus señas y huellas dactilares a Washington, allí pueden ayudarnos.

Subieron al coche y se dirigieron derechamente a Jefatura. El servicio permanente de la policía entró inmediatamente en acción para investigar detalladamente ropa y cuerpo de Solon. El capitán O’Rourke,

jefe de la Brigada Criminal, apareció con ojos de sueño y anunció a los dos hombres:

—Si en Washington pueden descifrar algo, tendrán ustedes la respuesta esta misma mañana. Entre tanto les puedo decir con qué arma han matado a ese hombre y la clase de vida que llevaba. Los informes de nuestro laboratorio estarán listos a primera hora de la mañana. Vuelvan ustedes por aquí.

—Gracias, capitán —dijo Karl—. Y hágame el favor de recordar que éste es un asunto Federal. Evite que sus ansiosos detectives alarmen a la gente posiblemente relacionada con el caso. Esto es algo más que un simple asesinato.

O'Rourke
se puso arrogante.

—Para mí, de todos modos, es un asesinato —replicó—. Y mientras esté al frente de la Brigada Criminal de esta ciudad he de investigar a mi manera. Lo que pasa es que ustedes, los del
F. B. I.
creéis ser muchísimo más importantes que la policía. Si un hombre es asesinado en mi zona yo voy a por el asesino sin importarme un bledo que todo el Ministerio del Interior en peso esté complicado en el caso.

Karl se llevó a un lado al airado policía.

—Escúcheme —le dijo—. Ese fulano, sea quien sea, está liado con una red de espionaje a la que estoy persiguiendo por los diversos Estados desde hace varios meses. De no haber sido por Drayton, aquí presente, esa organización tendría en su poder uno de los más importantes secretos militares de nuestro país. Esos individuos no son, simplemente, criminales; son peligrosos enemigos de los Estados Unidos. Siento si he aparecido un poco arrogante, capitán, pero no dudo que usted comprenderá la necesidad que hay de tratar el caso con la mayor discreción posible.

—Todo depende de lo que nos digan de Washington mañana —
refunfuñó
O'Rourke
—. Si dicen que no conocen a ese hombre, haré entrar en acción al personal de mi brigada.

Karl se volvió hacia Ricky.

—Supongo que no podemos hacer gran cosa hasta mañana —le

dijo—. Vamos a tomar otro vaso.

Ricky se llevó al agente del
F. B. I.
a un pequeño bar poco concurrido, que estaba abierto toda la noche, y encargó un par de vasos de *rye*.

—Lo qué me es simpático de ti —le dijo a su amigo— es que te gusta la misma clase de brebaje que a mí. Esto es una buena, señal.

—Ya dejarás de sentir simpatía por mí en cuanto oigas lo que tengo que decirte —le advirtió Karl.

—Me parece que sé de qué se trata —repuso Ricky—. Vas a decirme que no puedo dar ni una palabra al diario de todo lo que ha ocurrido esta noche. ¿No es eso?

—Exactamente —contestó Karl—. Pero me sorprende que te lo tomes con tanta calma.

Ricky se encogió de hombros.

—Hasta un periodista es capaz de tener cierto sentido de responsabilidad. De todos modos, creo que te puedo ayudar de una manera más directa. ¿Alguno de los holgazanes que había en el *Seagull* se ha enterado de que venías a mi casa?

Karl meneó la cabeza.

—Ni me han visto siquiera —repuso—. En cuanto he puesto el ojo encima de tu descapotable me he lanzado tras él como un rayo.

—Siendo así, perfectamente —dijo Drayton—. Por lo que se refiere a esos amables personajes, yo continúo siendo poseedor del sobre de Frank Pearl. Ellos no saben la parte que yo pueda jugar en todo eso, de manera que se pondrán en acción para recuperar el sobrecito. ¿Qué te parece si continuásemos dejándoles en esa creencia? ¿Comprendes a dónde voy?

—¡Seguro! —exclamó Karl—. Sin embargo, esto significa que te expones a un peligro más que regular.

Ricky se echó a reír.

—Esto no tiene importancia —dijo—. Estoy acostumbrado al peligro. Además, creo que puedo muy bien precaverme contra esos matones de baratillo.

—En este caso, cuanto menos me vean a mí contigo, tanto mejor —dijo Karl llamando al camarero—. ¿Tiene usted una habitación donde pueda pasar la noche? —preguntó.

—¡Seguro! —contestó el camarero—. Cinco pavos.

—No está mal. Me quedaré. No pierdas contacto conmigo, Ricky. ¡Hasta la vista!

Ricky apuró su *whisky*, levantó el sombrero para saludar a su amigo y se dirigió hacia el automóvil. Puso el motor en marcha y encaró el coche hacia la parte baja de la ciudad.

Dejó el descapotable aparcado a un par de manzanas lejos del *Seagull*, y cubrió la distancia que le separaba a pie. El establecimiento había cerrado, al fin, sus puertas por aquella noche, pero a través de las cortinas de las ventanas se veía luz. Del interior llegaba un ruido rítmico, algo así como un roce producido por alguien que fregase el suelo. Llamó con los nudillos a la puerta. La aguda voz de la dama contestó:

—¿Quién?

—No es la policía. Soy el que te piensas —contestó Ricky—. Y no hace falta que trates de borrar la mancha de sangre del suelo, hermana. ¡La sangre de Pearl no podrás borrarla fácilmente!

Hubo una pausa; luego la voz de la dama que dijo:

—¿Qué deseas?

—Quiero ver a Scarface[3]. Dile que tengo el sobre en mi poder.

Se oyó ruido de pisadas y de cerrojos al descorrerse. Abrióse la puerta y apareció la dama de pie ante un cubo de agua jabonosa, arremangados los brazos y con un negro mechón de cabello sobre la frente. Se la veía muy nerviosa; sus ojos echaban chispas.

—¿Qué pasa? —Llegó la voz del tabernero desde algún lugar.

—Hay alguien que desea verte, Al —contestó ella.

Entonces, sin mirar a Ricky otra vez, recogió el cubo del agua y el trapo de fregar y se lo llevó todo hacia la parte interior del bar. Al salir ella entró Scarface.

—¡Ah, eres tú! —le dijo a guisa de salutación.

—Sí —repuso Ricky—. ¿Esperabas tal vez a Molotov?

Al le miró recelosamente y le preguntó:

—¿Qué quieres?

—Deseo hacer un trato con tu jefe —le dijo Ricky.

—No sé qué clase de trato puede hacer nadie contigo… —insinuó Al.

—Hombre, como se da el caso que tengo en mis manos algo que sé que a vosotros os hace falta… Y estoy dispuesto a entrar en el negocio —dijo Ricky.

—Bueno, y ¿quién eres tú al fin y al cabo?

—Nadie, lo que se dice, nadie —repuso Ricky, sonriendo—. Sólo la casualidad de estar presente aquí cuando ha entrado aquel tipo llamado Pearl. Yo soy un individuo que saca el mayor partido posible de las oportunidades que se le presentan.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿cómo te has enterado del nombre de Pearl?

Ricky trató de improvisar para enmendar la plancha que se acababa de tirar.

—Estaba dentro del sobre —dijo con cara de inocencia. Y a continuación, añadió—: Además de otras cosas que había en él, naturalmente.

Al, que estaba ya detrás del mostrador, echó rápidamente la mano a un cajón y sacó el revólver con un gesto natural y tranquilo, producto de una larga experiencia en su manejo.

—¡Debería agujerearte aquí mismo! —exclamó apretando los dientes.

Ricky echó un «Lucky» al aire y lo cogió con los labios.

—Harías una tontería —le dijo—. No olvides que yo soy el único que sabe donde está el sobre en estos momentos. Si lo quieres recuperar te conviene jugar conmigo.

—No puedo establecer ninguna clase de trato contigo, en estos momentos —dijo bajando el arma.

—Ya me lo pensaba —repuso Ricky—. En cambio, tu jefe, sí puede. Ponme en contacto con él en cuanto tengas ocasión de hablarle. —Ricky le dió su dirección y añadió—: ¡Y no te entretengas! Si vosotros no queréis hacer una oferta por esos papeles, otros lo harán de muy buena gana… —Ricky se dirigió hacia la puerta, y cuando estuvo en ella se volvió para decir—: ¿Y cómo terminó Pearl? ¿En el río acaso?

Al frunció el ceño y Ricky salió cerrando de un portazo tras de sí. Mientras subía a su descapotable pensaba que había dejado el camino completamente expedito para que acudiesen a él. El próximo paso tenían que darlo ahora ellos. Ricky se dirigió a su domicilio.

Debía de estar a mitad de camino, avanzando por la desierta calle Mayor, cuando oyó el fuerte zumbido de un motor que marchaba a toda velocidad. Echó una ojeada al retrovisor y vió un

sedán negro que se acercaba a él por momentos. Ricky apretó el acelerador, pero el coche perseguidor le estaba alcanzando. Agachóse todo lo posible sobre el volante esperando oír un disparo de revólver de un instante a otro. Pero los ocupantes del sedán negro no querían disparar, por lo visto. Ahora estaba a su altura y le avanzaba pulgada tras pulgada. Ricky le echó una mirada de soslayo y vió la cicatrizada cara de Al, pálida y tensa, con la vista clavada en la calzada delante de sí. Iba solo en el automóvil. Ahora se veía claramente que su intención era empujar el descapotable hacia la acera y cerrarle el paso. Ricky trató de apurar un último esfuerzo de su motor, pero no había nada que hacer; el sedán tenía más de la mitad de su longitud delante de él e iniciaba la inclinación para cerrarle el paso. Ricky se acercó bruscamente hacia la acera y frenó. El descapotable patinó por un trecho de quince o veinte yardas y se llevó dos o tres arbolitos por delante, hasta quedar clavado en una boca de riego del servicio de bomberos. El coche negro no se detuvo, al contrario: Al se volvió para ver qué había sucedido y reemprendió la velocidad hasta perderse de vista.

Ricky saltó al suelo y dió la vuelta hacia la parte delantera del automóvil para observar los desperfectos. El tubo metálico de la boca de riegos habíase hundido en el radiador. Era evidente que el descapotable necesitaba una seria reparación antes de volver a entrar en servicio. Echando maldiciones el hombre anduvo un trecho arriba y abajo de la calle Mayor en espera de ver algún «taxi». Pero la ciudad entera parecía estar durmiendo. Decidió andar.

Estaba pensando que lo que le acababa de suceder era únicamente la intención de Al de meterle el miedo en el cuerpo. Tal vez era aquélla la primera de una serie de advertencias que sufriría durante los siguientes días, hasta que la red de espionaje creyese que le habrían «preparado» para entrar en tratos con ellos y aceptase sus condiciones.

No obstante, cuando al fin llegó a su apartamiento tres cuartos de hora más tarde, se dió cuenta del verdadero objetivo de la inutilización de su descapotable. Al o uno de sus compañeros, había utilizado su retraso para efectuar un minucioso registro de su domicilio.

Ricky contempló entristecido el campo de Agramante en que

parecían haber convertido sus habitaciones. Las alfombras habían sido arrancadas del piso; de los cojines cortados a navajazos flotaban todavía las plumas; las almohadas y colchones habían sido igualmente destripados y la lana esparcida por el suelo; los cuadros ya no estaban en las paredes, y la mayor parte del licor de su despensa estaba derramado por el suelo tras haber quedado rotas las botellas.

—No han perdido mucho tiempo —reflexionó Ricky—. Claro, quieren jugar seguro; han tratado de cerciorarse de si el sobrecito estaba realmente aquí. Tal vez ahora estarán dispuestos a parlamentar.

La rota vidriera de la ventana de la cocina que daba a la escalera de incendios, mostraba por dónde Al había entrado y salido. Encogiéndose de hombros filosóficamente, Ricky recogió los esparcidos enseres y la ropa de la cama y se echó luego encima de ella, quedando pronto dormido.

CAPÍTULO III

Ricky Drayton no es de los hombres que se levantan temprano por costumbre. Como le gusta operar de noche, mientras las prensas zumban, tiene que aprovechar el día para dormir. Por eso aquella mañana fué al timbre del teléfono, no su propia determinación, lo que le despertó. Medusa estaba en el aparato.

—Ven enseguida a Jefatura, Ricky —le dijo el agente del
F. B. I.
—. Tengo noticias para ti.

Ricky se afeitó y se vistió apresuradamente y, después de hablar con un garaje dándoles instrucciones para que fuesen a remolcar su descapotable que encontrarían abrevándose en una boca de riego de la calle Mayor, llamó un «taxi» y se dirigió hacia la Jefatura de Policía.

El edificio tenía su aspecto usual en el aire húmedo y a la tenue luz de la mañana. Los guardias de servicio nocturno, con sus capotes azules, iban regresando a la casa cuando Ricky llegó. El sargento de guardia le dijo que
O'Rourke
le estaba esperando en su despacho. El capitán de la Brigada Criminal estaba sentado en la cama de campaña que tenía dispuesta en su oficina para los casos de emergencia, y se estaba abrochando el chaleco estirándose la corbata. Karl andaba de un lado a otro de la habitación fumando agitadamente.

—Hola, Ricky —dijo cuando entró Drayton.

—Hola, Karl. ¿Qué hay de nuevo?

—¡Mucho! —replicó el agente del
F. B. I.
—. Me han dicho de Washington que tu fiambre era Gary Solon,

uno de los hombres que el F B. I. utilizaba secretamente. Por lo visto había empezado a trabajar en esta zona, pero creo que no debía de haber descubierto gran cosa antes de que le liquidasen. Su enlace aquí era Harry Van Gelder, que se aloja en el «Bellevue». Creo que tendríamos que ir a verle cuanto antes. ¿Tienes tu coche fuera?

Ricky explicó a Karl lo que le había sucedido a su descapotable y del modo que su apartamiento había sido registrado. Entonces, dirigiéndose a
O'Rourke,
le dijo:

—Creo que deberías disculparme cerca de los policías de tráfico. ¡Me fastidiaría de lo lindo tener que pagar una multa por haber aparcado mi coche contra una boca del servicio de bomberos!
O'Rourke
movió la cabeza afirmativamente.

—No te preocupes por ello —le dijo—. Y para tu información te diré que Solon fué muerto con un 45, disparado a boca jarro. No sé dónde vivía; nadie ha dado cuenta de su desaparición, pero según las señales de su lavandera, se alojaba en algún lugar de los alrededores de la calle 47. Eso es algo complicado, ya sabes. Seguramente tendremos más elementos para investigar en cuanto hayan terminado el análisis del polvo de sus ropas. De momento podemos asegurar que a ese fulano le gustaba guardar los secretos.

—Gracias, capitán —dijo Karl. Y dirigiéndose a Drayton—: Vámonos al «Bellevue», Ricky.

Van Gelder les recibió en su dormitorio del hotel. Él y Karl se conocían de tiempo, y Ricky fué presentado por su amigo. El agente de Washington cogió una botella del armario de la ropa y sirvió unos vasos a sus visitantes.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó cuando los vasos estuvieron vacíos.

—Solon ha muerto —le anunció Karl.

Van Gelder arqueó una ceja. Esta fué la única reacción facial que le causó la noticia.

—Lástima —dijo luego—; era un agente que prometía. Sí, es verdad que un poco descuidado. Supongo debía de dejarse algún cabo por atar.

Karl se encogió de hombros.

—Ignoramos cómo se produjo el caso —dijo—. Todo lo que sabemos es que Ricky le encontró agonizando de unos tiros de revólver en la carretera del Delta, muy avanzada la noche de ayer. Antes de morir pronunció la palabra «Seagull».

Van Gelder movió la cabeza en asentimiento.

—Me habló de ese garito —dijo. Y sacándose un trozo de papel del bolsillo, añadió—: Solon me echó esto en una bolsa de rosetas de maíz en un cine, ayer por la tarde. Aquí da cuenta de sus descubrimientos hasta la fecha. No son de gran importancia, desde luego. Como usted probablemente sabe —dijo dirigiéndose a Karl—. Solon había estada trabajando con la organización de espionaje de Miami; hace poco tiempo que fué enviado a Nueva Orleans. Todavía le estaban probando, y en este papel dice que no creía que se hubiese ganado su confianza cien por cien. Por lo visto tenía demasiada razón en eso. Hasta ayer no tuvo ocasión de llegar a entrar en relación directa con el jefe de la sección de Nueva Orleans. Todo lo que sabía era que ese bar del «Seagull» servía para lugar de reunión, y que el dueño o el que lo regenta, Al Grigson, es una especie de enlace entre el jefe y el resto de la red de espionaje. También hay una dama por allí, según me dijo. Se llama Di Postings. Solon no pudo descubrir del todo el papel que la señora esa representa, pero afirmó que creía que, desde luego, estaba al corriente de todo.

—Tenía razón en lo que se refiere al «Seagull» —dijo Ricky—. Yo he estado allí otra vez esta madrugada. Me he ofrecido para negociar con el sobre de Pearl, pero Al no ha querido saber nada hasta haber hablado con su Jefe. Entre tanto, eso no le ha impedido revolver, de arriba abajo, todo mi domicilio.

Kart estaba sentado al pie de la cama, mordiendo el extremo de un delgado cigarro negro y escupiendo cuidadosamente en la papelera.

—Creo que sería mejor dejar tranquilo al «Seagull» —dijo—. Después de lo de anoche, los ratones habrán trasladado su escondrijo, supongo. Así, pues, creo que no nos queda mucho que hacer hasta que ellos vayan otra vez en busca de Ricky atraídos por el sobre… Ésta es nuestra mejor oportunidad.

—Bien, por lo menos, creo que sí podremos echar otro trago —

repuso Van Gelder, sonriendo y alargando la mano hacia la botella.

Al Grigson estaba hondamente preocupado. Por una parte había estado riñendo con su muchacha. Pero lo peor era que todo parecía indicar se vería obligado a cerrar su bar. El «Seagull» había sido un frente de guerra útil para todas las demás actividades de Al, y le rendía un ingreso semanal nada despreciable. Le fastidiaba tener que abandonarlo. Se entristecía al pensar que lo tendría que dejar.

Y, por otra parte, ahí estaba lo de aquel sujeto, Drayton, que le preocupaba más que otra cosa. ¿Se trataba, simplemente, de un periodista corrompido que pretendía hacer un buen paquete cuanto antes, o estaba en relación con el
F. B. I.?
Si esta última posibilidad era la verdadera, las cosas no le parecían tan halagüeñas a Al Grigson.

Las responsabilidades eran demasiado grandes para que Grigson pudiera tomar una resolución. Había hecho lo que estaba a su alcance averiando el coche de Drayton y haciendo un registro en su domicilio, pero Al era uno de aquellos individuos que, faltos del valor necesario para tomar absolutas decisiones, se detienen ante lo más indispensable. Era por eso por lo que Al había permanecido siendo un peón, más o menos destacado, sin que aspirase a ser una figura dentro de su especialidad.

Ante la duda el hombre resolvió que ya era hora de ponerse en contacto con sus superiores. Alargó la mano hacia el teléfono, pero se detuvo de repente. Después del suceso de la noche anterior, podría ser que el
F. B. I.
tuviese controlada la línea. Sería un error marcar el número del jefe.

Levantóse, cogió el sombrero de un colgador de detrás de la puerta y salió del bar. Al otro lado de la calle había, como de costumbre, un grupo de ociosos trabajadores del muelle. Uno de ellos le pareció a Al que debía de ser un policía. Lo más probable, pensó. Volvióse repentinamente y se dirigió hacia el Oeste.

A un par de centenares de yardas se detuvo para mirar el escaparate de una tienda. Uno de los cargadores, un tipo vestido con un jersey azul, se había separado del grupo y marchaba en la misma dirección. Al continuó andando, sin mirar detrás de sí,

puesto que no ignoraba que el sujeto del jersey le estaba siguiendo. No apresuró el paso, sin embargo. Al bien sabía lo que estaba haciendo. Salió de la zona portuaria y se dirigió hacia la parte alta de la ciudad. Llamó a un «taxi» y le indicó la dirección del Grand Hotel. Miró por la ventanilla trasera y observó que el perseguidor subía también a un «taxi».

Al llegar al Grand Hotel, le dijo al taxista que aguardase, y atravesó, a paso ligero, el vestíbulo, dirigiéndose al ascensor. Se deslizaban las puertas de éste para cerrarse en el mismo instante en que el policía entraba corriendo en el vestíbulo.

—Piso sexto —dijo Al, en voz bastante alta, para que lo pudiese oír el individuo que le perseguía. Y cuando el ascensor había empezado a subir, añadió—: Perdone; me he equivocado; es al quinto, al que tengo que ir.

Al se apeó en el quinto piso y avanzó por el pasillo hasta encontrar otro ascensor. Apretó el botón y aguardó impacientemente a que subiese.

—Planta baja —dijo al mozo de servicio.

Cuando llegó abajo cruzó de nuevo el vestíbulo y se dirigió al «taxi» que le estaba aguardando. Es fácil desprenderse de un tipo molesto cuando uno sabe hacerlo.

No obstante, Al continuaba preocupado, mientras el automóvil le llevaba a una dirección del barrio comercial de la ciudad. Aquel policía que le pisaba los talones no tardaría en seguirle otra vez. En uno de los cruces más concurridos pagó al taxista y le despidió. Aguardó a que hubiese desaparecido a su vista y entonces cruzó la calle andando a pie un par de centenares de yardas. También los taxistas pueden hablar.



¡Debería agujerearte aquí mismo!...

Al entró en un bloque de oficinas y subió por la escalera hasta el primer piso. Pasó por delante de la rubia secretaria de la antesala y empujó, sin llamar, la puerta que llevaba el rótulo «Particular».

El hombre del traje gris levantó los ojos del montón de papeles que tenía delante de sí.

—¡Grigson! —exclamó—. ¿No te dije que nunca vinieses aquí?

—No había otro remedio, jefe —se lamentó Grigson—. Mi casa quema más que un horno en estos instantes, y desde allí no podía

telefonear por si tienen intervenida la línea.

—¿Te han seguido? —preguntó el individuo.

—Sí —repuso Al—, pero le he dejado bastante atrás, despistándole.

—Bueno, ya que estás aquí, dime qué pasa.

Rápidamente Al hizo un relato de la dramática entrada de Frank Pearl en el «Seagull» y de la salida igualmente dramática de Ricky Drayton con el sobre.

—He registrado el apartamiento de Drayton, pero no lo tenía allí —prosiguió diciendo Al—. No acabo de comprender si el fulano ese juega por su cuenta o está relacionado con los *Feds*[4].

—Ese Drayton lo dejas para mí —dijo el hombre del traje gris—. Cuando haya terminado con él poco importará de qué bando forma parte.

—Sí, desde luego, jefe —dijo Al, satisfecho de haberse descargado de la responsabilidad—. Y hay otra cosa…

—¿Sí?

—He de salir de la ciudad, jefe. Como he dicho, mi casa está que arde. Y yo también estoy en peligro. Me pueden echar la mano encima cualquier día… cualquier minuto.

—Ya he pensado en eso —repuso el del traje gris—. Me pertenece a mí cuidar de la seguridad de los hombres que tengo a mis órdenes. MacGilvray te llevará fuera de aquí. La organización puede encontrarte otro empleo en el Norte. Y tus servicios serán recompensados.

Diciendo esto pulsó el botón de un timbre.

—Gracias, jefe —dijo Al—. Ya esperaba que encontraría usted una solución.

—¿Es que no la encuentro siempre? —repuso el hombre del traje gris, amablemente, agujereando la punta de un nuevo cigarro. La puerta se abrió y entró MacGilvray.

—MacGilvray —dijo el jefe—. Llévate a nuestro amigo tal como teníamos previsto. Y, a propósito —añadió dirigiéndose nuevamente a Grigson—. ¿Qué haremos de esa amiguita tuya que no me acuerdo cómo se llama…? ¿Postings, no?

—Pueden ustedes dejarla —replicó Al—. No la quiero más a mi lado. Además, no sabe nada de nada.

—Muy bien —asintió el del traje gris. E hizo una señal a

MacGilvray.

—Vámonos, Al —dijo MacGilvray—. Es mejor partir cuanto antes. Es una lástima que no puedas volver al «Seagull» para recoger tus cosas, pero ya cuidaremos nosotros de ello.

Salieron del despacho. El hombre del traje gris echó unos cuantos círculos de humo hacia el techo. Como hablando para sí mismo, musitó:

—Al no necesitará equipaje alguno para ese viaje.

Cuando se encontraban a unas cuantas millas sobre la carretera de Memphis, Al preguntó a su acompañante:

—Oye, Mac, ¿sabes algo de la nueva labor que me ha de encomendar el jefe?

MacGilvray disminuyó la marcha del automóvil y, volviéndose hacia su pasajero con el revólver en la mano, le dijo amablemente:

—Seguro. Vas a establecerte en otro bar…, pero en el infierno esta vez. ¡Vamos, apéate!

Al se agachó al lado de la portezuela.

—¡No, Mac! —gimió—. No te lo tomes así, amigo. ¿No te acuerdas de lo bien que nos hemos portado siempre uno con otro? Yo no tengo ninguna culpa de que Pearl acudiese agonizante a mi casa. Creo que todavía puedo ser de utilidad a la organización. ¡Dame una oportunidad, por favor!

Como si estuviese repitiendo una lección, MacGilvray repuso:

—Ningún elemento conocido de los *Feds* puede ser ya de utilidad. ¡Apéate!

Al abrió la portezuela y cayó sobre el asfalto. Incorporóse rápidamente y echó a correr desesperadamente a lo largo de la carretera. MacGilvray apuntó cuidadosamente y disparó una sola vez. Al extendió los brazos hacia adelante y cayó de bruces. MacGilvray puso de nuevo el arma en la funda del sobaco y soltó el embrague. A continuación maniobro para volver el coche y regresó hacia Nueva Orleans.

CAPÍTULO IV

Ricky Drayton es uno de esos tipos que sufren cuando no tienen nada que hacer. Además le gusta el jaleo más de lo que le gusta el «rye» y casi diríamos que lo mismo que le gustan las damas. Por eso cuando el jaleo no va hacia él, él le sale al encuentro.

Cuando aquel día le hubo informado al director acerca de lo ocurrido y solamente la parte que de ello era necesario, y después que hubo restaurado el orden en su apartamento, fumando un rato mientras escuchaba un poco de música aguardando a que surgiese algún nuevo acontecimiento, se cansó de esperar, se echó una caña debajo del brazo y marchó hacia el río en un tranvía.

El trozo de ribera cercano al «Seagull» estaba sorprendentemente desierto. Ricky notaba como unos ojos invisibles le espiaban cuando avanzaba hacia la puerta del establecimiento. En el bar no había nadie, excepto Di, que estaba de pie detrás del mostrador con ojos enrojecidos. Drayton se acercó a ella, de un modo perfectamente natural y pidió un vaso de «rye».

La dama no hizo ademán alguno que indicase su propósito de servirle. En lugar de eso le dijo amargamente:

—Es usted una lapa, *mister*. ¿Por qué no se largó cuando yo se lo indiqué?

Ricky se encogió de hombros.

—No había terminado de beber. ¿Has estado llorando, nena?

—A ti no te importa lo que haya estado haciendo —le espetó la joven con acritud.

—¿Dónde está Al? —preguntó Ricky.

Di resopló y permaneció silenciosa.

—¡Ah, ya comprendo! —dijo Ricky—. Tu amiguito se ha largado de aquí, ¿eh? Bueno, de todos modos yo he de ver si me entiendo

con alguien. Creo que podrías muy bien presentarme al jefe de Al. ¿Sabes qué te digo, cariño? Te daré parte en mi negocio. El diez por ciento. ¿Qué te parece?

La dama empezó a menear la cabeza. De pronto, se le ocurrió algo, al parecer, y dijo:

—Acepto. ¿Dónde está el sobre?

—¡Calma, calma, nena! —repuso Ricky—. Supongo no irás a creer que lo llevo encima… Iremos los dos a mi departamento a buscarlo. Luego me acompañarás ante el jefe de Al y hablaremos.

Di estaba ya atareada con el carmín y la polvera. Ricky pensaba que la muchacha no tenía una facha fea del todo; sólo necesitaba un poco más de cuidado. Di se echó un abrigo sobre su vestido negro y se dirigió hacia la puerta.

—Vamos —dijo—. Creo que puedo dejar esto; hoy no hay nada que hacer aquí.

Cuando estuvieron en la acera Ricky la cogió del brazo. En aquel preciso instante un coche dobló la esquina y avanzó en dirección a ellos. Nada llamaba la atención en el automóvil, y el individuo alto y delgado que llevaba el volante le era desconocido a Drayton. Pero notó que Di se ponía tensa, por lo que creyó que el coche en cuestión tenía algo de particular.

Un individuo que anda siempre en medio de zapatiestas y que el peligro es su plato del día, tiene, por lo común, extraordinariamente desarrollado el instinto de conservación. Y fué su instinto, ayudado por la reacción de Di a la vista del coche, lo que lo hizo volver la cabeza a Drayton y llevarse apresuradamente a su acompañante por una callejuela lateral.

El sujeto del automóvil apareció en el extremo de la callejuela en el mismo instante en que ellos iban a doblar la otra esquina. Mirando por encima del hombro, Ricky vió que el individuo llevaba el revólver en la mano. Entonces empujó a Di contra la pared, puso una rodilla en tierra y disparó contra el desconocido. Éste contestó con otro tiro. El proyectil le echó esquirlas de ladrillo a la cara de Ricky. Éste se puso otra vez en pie, cogió a la dama por el brazo y echó a correr con ella. Tras otra manzana de casas estarían en una calle muy concurrida. Ricky enfundó otra vez el revólver y subió con la dama al primer autobús que encontraron al paso.

—¿Quién es aquel individuo? —le preguntó.

Di estaba pálida y sin aliento.

—MacGilvray —le dijo. Durante el resto del viaje no volvió a abrir la boca.

Cuando llegaron a su departamento, Ricky hizo sentar a la dama en el sofá de su salita y, después de servirle un vaso de licor, se dirigió a su «bureau». De una de las casillas sacó un sobre grande de papel Manila repleto de documentos.

—Éste es el sobrecito de marras, niña —le dijo.

—¡Dámelo! —exclamó ella alargando la mano.

Él meneó la cabeza y se metió el sobre en el bolsillo.

—¿Y cómo puedo saber si es el sobre verdadero? —preguntó ella.

—Esto prefiero que lo aclare el fulano que ha de soltar la pasta repuso Ricky. —Llévame a él.

—No te preocupes por el dinero —dijo Di—. Yo no traiciono a nadie. Dame el sobre y mañana te pagarán.

—Pago contra entrega de la mercancía, o nada —contestó Ricky.

La dama se deslizó del sofá y se acercó a él.

—Yo actúo noblemente —le dijo con voz suave—. No puedo acompañarte donde dices; a ti te harían daño, y yo no lo quiero.

En su voz cuando hablaba suavemente, había una nota de ansiedad. La dama no era una belleza chillona, pero su particular atractivo se hacía más evidente a medida que uno la iba tratando. Y aun cuando no gastaba mucho dinero en vestidos ni en cosméticos, su perfume no era de los baratos ni mucho menos, inclinó su cuerpo hacia él y le dijo siempre en un murmullo:

—Me gustas. Los sujetos con los cuales me relaciono no tienen modales. Son tipos ásperos y brutos. No quiero que expongas tu vida. Dame este sobre que sólo te puede proporcionar quebraderos de cabeza.

—Me gustan las complicaciones, nena —repuso Ricky—. Me gustan enormemente.

—¡Por favor! —exclamó ella en un leve susurro que parecía más bien un gemido.

Sus brazos habíanse entrelazado tras el cuello de Ricky. Su cuerpo estaba junto a él, de pies a cabeza. Sus labios se le ofrecían tentadoramente. Él inclino la cabeza hasta besarla. Juntas sus bocas, Ricky le dijo:

—No te esfuerces, nena. ¡Yo hago mi propio juego o dejo de jugar en absoluto!

Un instante después su mano se aplicaba sobre la mejilla que le punzaba tras una rápida bofetada que la damita le había proporcionado. Retirándose unos pasos, con los ojos echando chispas, le dijo:

—¡No eres sino un truhán, un granuja!

Ricky encogió sus hombros con solemne indiferencia.

—Bueno, ¿y qué? —comentó—. Anda, vamos…

Ella echó una rápida mirada a un espejo en la pared y replicó:

—¡Veo que no me queda otro remedio que darle gusto, cabeza de cerdo! Aguarda a qué me arregle un poco la cara.

El beso de Ricky le había sacado un poco de carmín de los labios marcándole luego la barbilla. Di puso la mano en el bolso rebuscando en él hasta sacar el lápiz con el que se recompuso el maquillaje con toda calma. Luego volvió a poner la barra en el bolso. Cuando sacó la mano de él lo hizo empuñando una diminuta pistola. Pequeña, sí, pero bastante grande para mandarle a uno al otro barrio disparando a corta distancia.

Ricky estalló en una ruidosa carcajada.

—¡Ahora lo he visto todo! —exclamó—. ¡Esto es muy propio de una dama! Has intentado apuntarme con este juguete la primera vez que has metido la mano en el bolso. Pero una señora siempre da prioridad a ponerse guapa. Esto ante todo. Bien, y ahora qué, al fin te has decidido a sacar esta preciosidad de cacharrito, ¿qué piensas hacer con él?

Por lo visto la dama no estaba dispuesta, a tomárselo en broma.

—Agujerearte el cuerpo si no me entregas el sobre de Pearl —le dijo con cara ceñuda.

Ricky se encogió de hombros otra vez.

—Tengo por costumbre no llevarles nunca la contraria a las damas que me encañonan con una pistola —dijo—. El chisme se puede disparar y hacerle daño a alguien —concluyó deslizando la mano hacia el bolsillo interior de su chaqueta.

Di le hizo ademán para que se detuviera.

—No te tomes esta molestia —le dijo—. Yo me encargaré de ello.

Desabrochóle de un golpe la chaqueta, le sacó el sobre del

bolsillo y, de paso, arrebató el revólver que Ricky tenía en la funda sobaquera.

—Eres toda una hembra —comentó Ricky—. Dulce como la miel un minuto, y al instante empuñando el arma. Según parece estás acostumbrada a lograr siempre lo que deseas.

—Así es, *mister* —repuso ella.

En su rostro se dibujaba una convulsa sonrisilla que le daba la apariencia de un bribonzuelo. Para Ricky estaba fascinadora.

—¡Hasta la vista, niño terrible! —le dijo ella desde la puerta.

—Oye, ¿no te olvidas de algo? —le pregunto Ricky.

—¿Qué…?

—Pues… mirar dentro del sobre para comprobar si es el verdadero.

Ella se paró bruscamente. A continuación, sin dejar de apuntarle su pistolita al pecho, echó el revólver al suelo y rasgó el sobre con sus diminutos dientes. Una serie de papeles se esparció por el suelo. Papeles en blanco.

—¡Maldito seas, traidor, hijo de perra! —estalló ferozmente airada—. ¡El sobre verdadero no lo tienes ya!

—Seguro —le corrigió Ricky—. Pero no me propongo dártelo, desde luego. Sospechaba que tenías intención de jugarme una mala pasada.

—¡Muy bien, muy bien! No te olvides que todavía tengo el dedo en el gatillo. ¿Dónde está el sobre?

—En la Administración de Correos —contestó Ricky con una maligna sonrisa—. Está dentro de otro sobre dirigido a *mister*… pero, bueno, el nombre no importa. En estos momentos debe estar esperando que lo recojan para llevarlo a su destino.

—¿En qué oficina de Correos?

—Plaza Lafayette.

—¿Y a qué nombre va?

—Esto, vida mía, sería hablar mucho —repuso Ricky—. Vamos, déjate de zarandajas y llévame a ver al jefe.

Di puso la pistolita en el bolso y dijo:

—Me has vencido. Pero dime una cosa: ¿por qué me has traído aquí en primer lugar?

—Tal vez es que quería ver lo que tú harías —replicó Ricky. Y recogiendo el revólver del suelo se lo puso en su funda y dijo—.

Vámonos.

En la calle llamó un «taxi» y le indicó a Di que guiase al «taxista». Ella le dió un número de la calle 47. Ricky recordó que el difunto Gary Solon habíase alojado en aquel barrio.

El «taxi» se detuvo ante un viejo caserón de piedra gris que había visto mejores tiempos como alojamiento de un comerciante, pero que ahora estaba dividido en una serie de departamentos.

—El jefe de Al no es partidario de hospedarse en el Ritz —comentó Ricky.

Di no contestó. Luego se limitó a decir:

—Aguarda aquí. No tardaré en bajar.

Entró en la casa. Ricky la dejó marcharse. Se imaginaba que ya era hora que le permitiese hacer algo por su voluntad.

La joven subió cuatro tramos de escalera y llamó en una pequeña puerta.

—¿Quién? —preguntó una voz.

—Soy yo, Di —repuso ella—. Abre.

La puerta se entreabrió y por ella asomó una cara. Era una cara amarillenta con dientes de chivo y unos ojos terriblemente pálidos.

—Déjame entrar, Lepper —suplicó Di—. ¡He de hablar contigo!

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó.

—He de ver al jefe —dijo Di.

Lepper sonrió agriamente.

—No me hagas reír —dijo—. Vamos, no digas tonterías, niña.

—Hablo en serio, Lepper. Es preciso que le vea cuanto antes.

—¿Por qué? —preguntó el individuo.

—Se trata de algo relacionado con Al —explicó ella—. No le he visto desde esta mañana. Sí, ya sé cómo se pone el jefe cuando la policía le está pisando los talones a uno de sus hombres, pero yo tengo algo que a él le interesa y estoy dispuesta a negociarlo para salvar la vida de Al. Es por eso por lo que he de hablar con él.

Lepper dió un brinco y se inclinó encima de Di.

—¿Has alcanzado ese maldito sobre? —le preguntó con feroz intensidad.

—Es como si lo tuviese en mis manos —repuso ella—. Lo puedo obtener en cuanto sepa que Al está sano y salvo.

Lepper la miró un tanto intrigado.

—¿Cómo te propones desarrollar ese juego? —le preguntó.

—El fulano que tiene el sobre está aguardándome abajo en la calle en un «taxi». Dime dónde tengo que ir o vente conmigo y le llevaremos ante el jefe…, pero a base de aceptar mis condiciones…

—Pero ese tipo, Drayton… supongo que querrá también su precio por el paquete, ¿no?

Di movió la cabeza afirmativamente.

—En efecto —dijo—. ¿Querrás ayudarme a jugarle una treta, Lepper? El sobre está en la oficina de Correos de la Plaza Lafayette, dirigido a un nombre que Drayton se ha imaginado. Según él, dice no lo obtendrá hasta que haya visto al jefe y haya tocado la pasta. No sabe quién es el jefe, naturalmente, así que, ¿por qué no te haces pasar tú por él y le haces entregar el sobre?

—Eres una chica listísima, Di —dijo—. Vamos.

Ricky Drayton miró por la portezuela del «taxi» y vió cómo Di bajaba la escalera de la casa acompañada del individuo de la cara amarillenta y los dientes de chivo.

—¿Ese tipo es el jefe? —se preguntó—. No causa demasiado respeto, que digamos.

Lepper abrió la puerta del «taxi» y, mientras Di subía, le dijo al conductor:

—A la oficina de Correos de Lafayette Square. ¡Y no se entretenga usted, compadre!

—¿Quién es usted? —le preguntó Ricky.

—Poco importa eso —repuso Lepper—. Lo único que te interesa saber es que estoy dispuesto a negociar contigo.

—Hablemos de negocios, pues —dijo Ricky tendiéndole la mano abierta—. Diez billetes de los grandes es el precio de ese paquete.

—No llevo tanto dinero encima —repuso Lepper— pero te puedo dar un cheque.

Diciendo esto se llevó la mano al bolsillo como buscando su talonario de cheques. Ricky observó el movimiento y se dispuso a echar mano de su revólver, pero el otro le aventajó.

—Cachéale, Di —ordenó.

La dama le quitó el revólver a Ricky por segunda vez aquella tarde.

—Ahora vas a recoger ese sobre y nos lo entregas sin pérdida de tiempo —le dijo Lepper—. Y los diez mil dólares no los verás ni en pintura, Mister Drayton. No resulta mezclarse en nuestros negocios,

no lo olvides.

—Oye, ¿es que me habéis tomado por un cateto de siete suelas? —preguntó Ricky, entonces—. En cuanto haya entregado ese sobrecito sé que estoy más muerto que Tutankamen. Yo lo sé tanto como tú. Ahora que ya sé cómo las gastas, hermano, he de decirte que no creo que me toques un pelo de encima mientras el sobre siga en la oficina de Correos. Así que puedes guardar ese cacharro para otra ocasión.

—¿Qué te propones? —preguntó Lepper.

—Decirle al «taxista» que nos lleve a la Estación Central —replicó Rick—. Allí entraremos en la sala de las taquillas donde hay siempre multitud de personas. Entonces me das el dinero y yo te daré el nombre con el que se puede recoger el sobre en Correos. Inmediatamente me largaré de esta ciudad y no oiréis hablar nunca más de mí.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo voy yo a saber que me has dado el nombre verdadero?

—¿Y cómo puedo yo saber que tu cheque no es falso? —repuso Ricky—. Amigo mío, ya ves que los dos hemos de exponernos.

Lepper estuvo pensativo unos minutos. Luego se guardó el revólver otra vez y le dijo:

—Si intentas traicionarnos no lo contarás —y dirigiéndose al «taxista» le indicó—: Deje usted la oficina de Correos y llévenos a la Estación Central.

Al llegar a la gran estación ferroviaria se apearon y se dirigieron a la sala de despacho de billetes.

—Aguardad un poco —dijo Lepper—. He de hacer una llamada telefónica.

Entró en una cabina, marcó un número y habló apresuradamente por unos instantes. Luego regresó donde le aguardaban Di y Ricky.

—Antes creo que será mejor que celebremos el convenido con un trago de amistad —propuso.

Drayton no contestó, pero dió señales de asentimiento.

Estaba fuera de toda duda que el individuo de los dientes de chivo llevaba algo entre manos, pero a Ricky no le quedaba otra solución que la de ir sometiéndose a sus deseos por el momento.

Mientras estaba bebiendo, Lepper miraba continuamente hacia

la puerta. Al cabo de un rato habló:

—Bueno, vamos al grano —dijo.

Ricky recorrió con la mirada la sala de refrescos de la estación. De momento no descubrió nada que atrajese especialmente su atención, pero, al fin, se fijó en un fulano, alto y delgado, que estaba en un rincón medio escondido.

—¡Ése es MacGilvray o yo soy un lavandero chino con patas de araña! —dijo para sus adentros.

Sin embargo, procuró disimular el descubrimiento a los ojos de sus dos acompañantes.

Lepper sacó su talonario de cheques y lo colocó sobre el mármol del mostrador.

—Páguese a la orden de Ricky Drayton, diez mil dólares —dijo al tiempo que iba escribiendo.

Fiel a lo pactado, Ricky se sacó del bolsillo su libreta de notas, arrancó una hoja y escribió en ella un nombre:

—Thaddeus K. Johnstone —dijo—. Éste es el nombre a quien va dirigido el sobre que hay que recoger en la Lista de Correos.

—Y aquí tienes tu pasta —contestó Lepper.

Los dos papeles cambiaron de mano. Sin pronunciar otra palabra Lepper y Di se volvieron y salieron de la sala del bar de la estación. Ricky quedó pensativo mientras apuraba su vaso.

Dejó el vaso y se dirigió hacia la hilera de cabinas telefónicas adosadas a la pared. MacGilvray se guardó su periódico y fué tras él.

CAPÍTULO V

Lepper salió de la estación a paso tan acelerado que Di tenía que correr para no quedarse atrás.

—No te canses, hermana —le dijo él, volviendo la cabeza y hablando por la comisura de los labios—. No hay necesidad alguna de que vengas conmigo.

—Pero ¡he de llevar el sobre al jefe! —protestó la mujer.

Lepper contestó con una breve risita de mofa:

—Tú no tienes nada que hacer con el jefe. En esta operación no puedes intervenir.

Ella se detuvo repentinamente.

—¡Canalla! ¡Miserable traidor! —le espetó.

—Oye, niña, ¿por qué no te largas cuanto antes? —le contestó él mirándola con aire de cansancio—. Me estás poniendo nervioso. ¡Vamos, vete ya!

De pronto, Di, se detuvo y llamó a un «taxi».

—A la oficina de Correos de la Plaza Lafayette —oyó Lepper como la joven le decía al «taxista».

El coche se puso en marcha rápidamente en cuanto Di hubo cerrado la puerta tras de sí. Lepper reaccionó inmediatamente. Hizo una señal a un coche turismo que pasaba y saltó al estribo antes de que éste parase.

—

¡F. B. I.!

—le dijo al asustado conductor—. ¡Siga a aquel «taxi»! ¡En él va un espía peligroso!

El conductor, un ciudadano honrado que había soñado mil veces en encontrarse en una situación parecida, pisó a fondo el acelerador de modo que casi echó a Lepper fuera del estribo con la brusca

reacción.

También el «taxi» de enfrente corría de lo lindo. Di le ordenaba al chofer:

—Haga de manera que perdamos de vista a un coche que nos viene detrás. ¡Quiero huir de mi marido y me está persiguiendo!

La cara del «taxista» se llenó de arrugas sombrías.

—¡El canalla! —exclamó al tiempo que ponía el coche a una velocidad como no había corrido nunca.

Pero, el turismo en el que Lepper seguía montado en el estribo le estaba pisando la cola cuando entró en la Plaza Lafayette.

—¡No pare! —chilló Di.

El «taxi» viró bruscamente a la derecha apoyándose sobre las dos ruedas de un lado y penetró en el laberinto de angostas callejuelas en dirección a la parte Este de la ciudad.

—¡Me estoy jugando el permiso de conductor! —exclamó el «taxista» mientras avanzaba cruzando calles sin hacer caso de la luz roja.

Pero tampoco al entusiasta ciudadano le importaban mucho las señales del tráfico. Los dos vehículos zumbaban estrepitosamente a través del distrito más bravío de la ciudad. Los transeúntes que pasaban por las aceras apenas se tomaban la molestia de volver la cabeza para contemplar la persecución. Semejante espectáculo era corriente en la zona de la calle Basin.

Lepper sacó el revólver y disparó sobre el «taxi» haciendo añicos el cristal de la ventanilla de atrás. Di asomó la cabeza por ella y replicó con el revólver de Ricky. Lepper se agachó en el estribo al tiempo que la bala pasaba silbando encima de la cabeza. A lo lejos se oyó la sirena de la policía; uno de sus coches se había unido a la persecución.

El segundo tiro de Lepper hizo estallar uno de los neumáticos del «taxi». El coche dió unos cuantos bandazos hasta que, al fin, fué a dar contra un tenderete ambulante de fruta. El pobre chino, que tuvo que dar un formidable salto para ponerse a salvo, empezó a recoger la siembra de naranjas y manzanas, echando gritos desaforados, cuando tuvo que pegar un nuevo brinco hacia la acera para no verse atropellado por el otro automóvil que disminuyó la marcha y paró. Di se apeó del averiado «taxi», dignándose apenas echar una mirada al conductor que estaba con la cabeza hundida

sobre el volante, y emprendió la fuga sin pérdida de tiempo por una calle lateral. Lepper se lanzó tras ella dando traspiés sobre la fruta que cubría el suelo. Cuando hubo recobrado el equilibrio levantó el revólver y disparó otra vez. Su proyectil le acertó a Di en el hombro y la hizo dar una vuelta como una peonza antes de caer. La joven disparó desde el bordillo de la acera. El cuerpo de Lepper dió una violenta sacudida hacia atrás, pero sus piernas continuaron marchando hacia adelante. Por unos segundos estuvo tambaleándose sobre la fruta como un borracho; luego las piernas se le doblaron formando ángulos grotescos y cayó de bruces sobré un húmedo montón de tomates.

Di había doblado la esquina próxima y se estaba apretando el abrigo contra el hombro herido cuando llegaron los policías. La joven avanzó con paso vacilante hasta una parada de «taxis» que había un trecho más abajo de la calle y se dejó caer dentro de uno de los «taxis» libres. El chofer la miró hondamente preocupado.

—¿Vamos al hospital, hermana? —preguntóle.

Ella movió la cabeza negativamente.

—A Correos… Plaza Lafayette —le indico.

Al llegar allí Di avanzó hacia las ventanillas de Lista de Correos sin hacer caso de las miradas de sorpresa que suscitaba del público con su palidísima cara y su andar vacilante.

—¿Un sobre para Thaddeus K. Johnstone? —preguntó apoyándose pesadamente en la barandilla.

El empleado la miró con cara de sospecha, pero se volvió hacia las casillas y buscó entre los sobres la letra «J». Luego se volvió otra vez hacia ella y dijo:

—No hay nada a ese nombre.

Di lanzó un gemido y se dejó caer al suelo, inerte.

Ricky Drayton continuó avanzando hacia la cabina telefónica. Tenía que ponerse en contacto con Karl Medusa y darle la dirección de la calle 47 donde vivía el individuo de la cara amarillenta y los dientes de chivo. La firma del cheque era «James Henderson», pero Ricky estaba más que convencido de que el documento era falso. Tenía la mano en el tirador de la puerta de la cabina cuando notó la inconfundible sensación de un revólver que le hundía el hocico en su espinazo.

—No te molestes, Drayton —dijo una voz detrás de él—. El

teléfono está averiado.

—¡Hola, MacGilvray! —dijo Drayton—. Te estaba esperando desde el momento en que ese camarada de los dientes grandotes te ha llamado desde aquí.

—He estado aguardando hasta ahora, Drayton —dijo MacGilvray—. Hemos de cambiar unas cuantas palabras tú y yo.

—¿Qué llevas entre manos? He entregado el sobre a tu compañero…

—Le has entregado un nombre solamente —repuso MacGilvray —. Ahora vendrás conmigo y comprobaremos si ese nombre es el verdadero. De ser así te podrás ir donde quieras.

—¿Y si no lo es? —preguntó Ricky.

—Nosotros tenemos un sistema infalible para sacar la verdad a cualquiera —replicó MacGilvray.

A continuación condujo a Ricky fuera de la sala de la estación. Un coche les aguardaba frente a ella. Tras el volante se sentaba una atrayente rubia. Iba con un vestido negro muy ajustado. MacGilvray le empujó a Ricky hacia el interior de la parte trasera del coche y subió detrás de él, sentándose a su lado, sin dejar de apretar el cañón del revólver contra sus costillas.

—¡Adelante, Melody! —ordenó a la bella conductora—. A la casa vieja.

La rubia puso el coche en marcha. Ricky admiró la perfecta calma de sus manos, cubiertas con guantes blancos, al manejar los mandos.

El automóvil les llevó hacia la parte alta de la ciudad hasta llegar ante una casa antigua, al estilo francés, situada entre unos árboles al pie de una aristocrática avenida.

Cuando la rubia frenaba el coche, un individuo cejudo, vestido con chaqueta negra y pantalón a rayas abrió la recia verja. MacGilvray empujó a Ricky hasta que se hubo apeado, y el portero de las hirsutas cejas fué a su encuentro. El hombre tenía el aspecto del viejo mayordomo familiar… con la sola diferencia de que los viejos mayordomos familiares no suelen llevar un revólver.

Encañonado con las dos armas, Ricky fué introducido por un pasillo obscuro que olía a humedad. La dama llamada Melody marchó delante de ellos y abrió una puerta. Ricky tuvo que confesar que en su andar había algo particular, y quizá más que algo en

aquellas pantorrillas esbeltas, enfundadas en unas medias de nylon negrísimas. Mientras fuese conducido por Melody, realmente le importaba poco dónde quisieran llevarle.

MacGilvray empujó a Ricky por la puerta, le hizo sentarse en una silla de madera. Luego, mientras él y el fulano del pantalón a rayas continuaban encañonándole con sus cacharros, Melody ejecutó una artística labor atándole a la silla con un rollo de cuerda que había en un rincón de la salita. Cuando estuvo bien amarrado, los dos individuos se guardaron su arma y se sentaron frente a él. MacGilvray sacó un paquete de cigarrillos.

—Supongo que tendremos que esperar —dijo.

A continuación ofreció el paquete. La dama cogió dos cigarrillos, se llevó uno a la boca y puso el otro en la de Ricky. Se lo encendió enseguida y quedóse a su lado echando bocanadas de humo al aire.

Habían fumado medio cigarrillo cuando sonó el teléfono. MacGilvray fué hacia el aparato.

—Sí, jefe —dijo—. ¿Qué dice que ha hecho? Seguro, jefe, seguro. Esto lo puede dejar en mis manos. Descuide.

Ricky chupó prolongadamente su cigarrillo mientras, MacGilvray colgaba el auricular.

—Es el jefe —dijo—. Me parece que te has pasado de listo, amigo. Di ha intentado llegar antes a la oficina de Correos y ha matado a Lepper…

—¿Lepper? —preguntó Ricky—. ¿Quién es Lepper?

MacGilvray dibujó una leve sonrisa.

—Me olvidaba de que no le conoces. El individuo con el que has hecho el trato no era el jefe, naturalmente. Era uno de tantos operarios. Se llamaba Lepper. Ahora está muerto. Di ha resultado herida, pero ha llegado a la oficina de correos. Allí se ha desplomado. No obstante, ha podido hablarle al empleado y el hombre explicó el caso por ahí, con lo cual el incidente ha llegado a oídos del jefe. La chica llegó tambaleándose ante la ventanilla y pidió una carta a nombre de Thaddeus K. Johnstone. Naturalmente, no había nada de ese nombre. Ahora veremos cómo nos explicas ese lío que has armado, Drayton…

Ricky se concentró en busca de una solución plausible. Si declaraba ahora que nunca había tenido el sobre en sus manos y que el documento estaba en la Jefatura de Policía, con seguridad no

le creerían. Y si le creían… podía despedirse del mundo de los vivos; ahora sabía demasiadas cosas. Su única esperanza, era ganar tiempo.

—¿Ha dicho usted que aquel fulano se llamaba Lepper? —preguntó.

—Sí, ¿qué?

—Entonces James Henderson es un nombre imaginario, por lo que el cheque no tiene ningún valor. Claro, yo ya sospechaba que el tipo me estaba engañando; por eso correspondí del mismo modo, dándole un nombre falso. Sin embargo, continúo dispuesto a tratar del asunto con cualquiera de ustedes que quiera soltar los diez mil dólares.

MacGilvray meneó la cabeza con aire de tristeza.

—Hay individuos que nunca aprenden nada —dijo—. El trato que harás con nosotros será a base de aceptar nuestras condiciones, Drayton —y haciendo una seña al sujeto del pantalón a rayas, ordenó—: Empieza a prepararle, Boris.

El falso mayordomo se situó frente a Rick y echó hacia atrás un puño formidable cubierto de vello.

—¿Dónde está el sobre? —preguntó MacGilvray.

—En la oficina de Correos —repuso Ricky.

—¿A qué nombre?

Ricky meneó la cabeza.

—La respuesta vale diez mil dólares —dijo.

Melody le arrancó el cigarrillo de los labios y Boris descargó el primer puñetazo. Ricky se puso tenso en las cuerdas y echó la cabeza a un lado, pero el golpe le dió en un costado de la boca haciéndole saltar unos dientes y derribándole hacia atrás junto con la silla. Boris le cogió por los hombros y le dejó en la misma postura de antes.

—¿A qué nombre? —volvió a preguntar MacGilvray con voz zumbona.

Ricky mantuvo la boca cerrada notando que da sangre le goteaba por la barbilla. Boris le dió otro puñetazo, esta vez en la mandíbula, disparándole la cabeza hacia atrás.

—¿A qué nombre?

Ricky tenía los ojos velados, pero en la maltrecha expresión de su rostro se reflejaba una firme obstinación.

—Dejadme probar a mí —terció entonces Melody—. Boris, rájale la manga.

Boris sacó un largo cuchillo de monte y le cortó a Ricky una manga de abajo arriba.

Melody se quitó el cigarrillo encendido de la boca y lo aplicó sobre el brazo desnudo de Ricky. Los pelos relucientes y rizados del antebrazo se encogieron.

—Tengo la seguridad de que a mí no me dirá que no —declaró la dama dejando descansar ligeramente el extremo encendido del cigarrillo sobre la piel.

CAPÍTULO VI

—La policía de esta ciudad no está todo el día tumbada a la bartola, ¿sabe usted? —Iba diciendo el capitán
O'Rourke.
Aceptó el cigarrillo que Karl Medusa le ofrecía y prosiguió—: Hemos efectuado una infinidad de pesquisas alrededor de ese fulano que nos encargó, Gary Solon, y lo hemos hecho de un modo discreto. Ahora estoy en situación de facilitarle a usted bastantes datos.

—¿Cuáles son? —preguntó Medusa.

—Para empezar, sobre el lugar donde vivía. Mis hombres de paisano estuvieron haciendo unas cuantas preguntas, discretamente, como le digo, por los alrededores de la calle cuarenta y siete hasta que, al fin, localizaron una casa de huéspedes en la calle diecisiete donde el individuo se alojaba. La casera es una señora honrada. Sus inquilinos entran y salen… ya sabe usted la clase de vida, que se lleva en aquellos barrios. Cuando Solon no apareció por la casa, la mujer se imaginó que debía de haber salido para alguna juerga. Hicimos un registro completo de su habitación, del piso al techo, sin que fuese posible encontrar nada interesante para descubrir su personalidad. De todos modos puedo decirle a usted que es muy posible que el individuo fuese un buen agente del
F. B. I.,
pero ello no es obstáculo para que fuese también un verdadero mujeriego…

Karl arqueó sus negras cejas.

—¿Cómo han descubierto ustedes eso? —pregunto.

—Hemos encontrado seis diferentes matices de carmín en los pañuelos que tenía en el cesto de la ropa sucia. Parece que al

hombre le gustaban un rato las faldas.

—O tal vez una dama que utilizase varias clases de lápiz —apuntó Karl.

—Sí, claro, podría ser —admitió
O'Rourke
—. De todos modos he mandado que lo analicen. Si alguno de los matices resultase ser un producto exclusivo, determinado, creo que no sería difícil localizar a la dueña.

Karl movió la cabeza asintiendo.

—¿Nada más? —preguntó.

—Solamente esto —repuso
O'Rourke
arrojando una funda para caja de cerillas encima de la mesa.

El agente del
F. B. I.
la cogió y la examinó. Llevaba una marca: «Capricio».

—¿Qué es este «Capricio»? —inquirió Karl reflexivamente.

—Un bar de postín situado en la calle Mayor —repuso
O'Rourke
—. Que sepamos nosotros no hay nada de particular en él.

—¿Sí? ¡Hace un par de días también me habría dicho usted que en el «Seagull» no había nada de particular! Creo que será mejor que me llegue a echar un vistazo a esa casa —y poniéndose en pie, preguntó—: A propósito, capitán, ¿tiene alguna noticia de Drayton?
O'Rourke
movió la cabeza negativamente.

—Me tiene un poco preocupado ese muchacho —dijo Karl—. Espero que no haya cometido ninguna tontería.

—Si hay alguna tontería por hacer —declaró
O'Rourke
— puede usted confiar en que Drayton la hará.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono de la mesa de
O'Rourke.
El policía lo cogió y escuchó en silencio durante un minuto. Luego vociferó unas cuantas órdenes y dejó el aparato.

—El infierno se ha desatado por los barrios bajos —dijo—. Un individuo ha saltado al estribo de un coche particular y se ha lanzado en persecución de una dama que iba en un «taxi» a lo largo

de la calle Basin. El fulano le ha reventado uno de los neumáticos y ella se ha apeado disparando contra él y derribándole. Ella ha resultado herida y se ha desplomado más tarde en la oficina de Correos de la Plaza Lafayette donde reclamaba una carta a nombre de Johnstone. Se ha presentado un ciudadano declarando que un individuo ha saltado al estribo de su automóvil diciéndole que era un agente del
F. B. I.
que iba detrás de unos espías. ¿Qué me dice usted a esto?

—Que no me gusta un pelo —contestó Karl—. ¿Quién es el fiambre?

—No lo sé todavía. No llevaba ningún papel de identidad. Parece otro Gary Solon.

Karl meneó la cabeza.

—Si en Nueva Orleans hubiese otro agente del
F. B. I.
me lo habrían dicho desde Washington. Además, nuestros hombres no hacen esas cosas. ¿Y la mujer qué?

—Todavía está desmayada. Pero la han identificado como Di Postings. No poseemos ningún antecedente de la dama…, pero fíjese bien: ¡su domicilio es el «Seagull»!

—Envíe usted un hombre al lado de su cama y recojan sus declaraciones en cuanto vuelva en sí —dijo Karl Entre tanto yo me llegaré a ese «Capricio» de marras. Estaré en contacto con usted por teléfono a intervalos regulares. Hágame saber si hay alguna novedad.

El «Capricio» era un lugar deslumbrador; un verdadero derroche de cromo y cristalería. La sala estaba llena de mesitas redondas rodeadas de sillas de cuero rojo, todo ello muy coquetón. Hacía poco que estaba abierto aquel día, de modo que la concurrencia no era todavía numerosa. Karl se acercó lentamente al mostrador y sacó una foto de Gary Solon que mostró al negro de blanca chaqueta que estaba de servicio.

—¿Conoce usted de vista a ese fulano? —preguntó Karl.

El negro estiró el cuello y frunció el ceño como esforzándose por recordar.

—Seguro —dijo, al fin—. Viene aquí con mucha frecuencia.

—¿Recuerda usted si viene particularmente acompañado? —

preguntó Karl.

—Siempre trae una dama distinta —dijo el camarero—. Es un terrible conquistador, según parece.

Karl emitió un suspiro. Un tipo aficionado a las señoras era difícil seguirle la pista. De pronto la cara del camarero se iluminó al ver una dama sentada en la mesa de un rincón.

—Aquella señorita —dijo señalando con un movimiento de la cabeza—. El solía invitarla a «Martinis».

Karl se volvió y observó que la dama en cuestión era una morena esbelta que estaba solitaria sorbiendo su «cocktail». Iba con un vestido amarillo, de tarde, con un escote muy acentuado, y llevaba guantes y sombrero negros. Tenía los brazos desnudos y la piel tostada. Karl se acercó a ella con toda naturalidad y se sentó a su mesa.

—¿Le molestará mi compañía? —preguntóle.

—Parece que no le interesa mucho mi permiso —repuso ella fríamente—. ¿Y qué si ahora le dejo aquí plantado?

—¡Caramba, señorita! —exclamó Karl meneando la cabeza—. No sea usted tan cruel. ¿Tomará otro «Martini»?

La morena se encogió de hombros.

—Creo que no perderé nada con ello —comentó—. Pero le advierto que si empieza molestándome llamaré a un policía.

Karl estuvo estudiándola con una mirada que no se dejaba escapar un solo detalle. La dama era realmente elegante, pero con un airecillo traidor que le delataba de ser una aventurera incapaz de ocultarse detrás de ninguna clase de maquillaje. Sin embargo, se imaginó Karl, que no había en ella nada malo. Sus grandes ojos castaños tenían una luz más siniestra que la de sus instintos naturales…, quizá un poquitín más desarrollados que en el tipo corriente de mujer.

—No será necesario —dijo él.

—¿Quiere decir que el policía es usted? —inquirió la dama.

—Algo parecido. Soy del

F. B. I.,

concretamente.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó.

—Tengo entendido que usted conocía a un individuo llamado Gary Solon —dijo Karl.

—Le conocía, ésta es la palabra —repuso ella vivamente—. ¡El canalla!

—¿Se ha largado con otra? —le preguntó él.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—¿Conoce usted algo sobre ese Gary Solon? —preguntó entonces el agente del

F. B. I.

—. De su vida, sus amistades…

La dama meneó la cabeza.

—Gary siempre ha sido el hombre misterioso —declaró—. Creo que debió de ser esto lo que precisamente me atrajo a él. A mí me dijo que era una especie de viajante de comercio, pero no le hice caso. Siempre he creído que no es prudente preguntar demasiado si una quiere conservar los amigos. Claro que, en el caso de Gary, tampoco me ha servido de nada la discreción.

—Bueno, ¿y qué sucedió con él? —apuntó Karl.

—Una noche de la semana pasada me había dado cita aquí —explicó la morena—. Gary llegó… diez minutos más tarde del brazo de una rubia. ¿Qué le parece a usted? Sí, luego vino a mí hecho todo mieles, pero ya no quise saber nada más de él. Yo tengo paciencia, ¿sabe usted? Pero conmigo no se juega impunemente. Así que le dejé plantado.

—¿Quién era la rubia? —preguntó Karl, súbitamente interesado.

Por larga experiencia sabía, que cuando en la vida amorosa de un agente surgen complicaciones, generalmente significa que mezcla su actuación profesional con los placeres personales.

—¡Nada, una secretaria de baratillo! Una vez estuvimos juntas en un «cocktail». Tenía un nombre raro… A ver si me acuerdo… ¡Ah, ya lo tengo! ¡Melody Laing! ¡Apostaría a que se llamaba Martha Shultz!

Karl llamó al camarero.

—Oye, Joe, tráeme un listín de teléfonos, ¿quieres?

El negro trajo el listín, y Karl hojeó buscando directamente en la «L». Laings…, Laurence, Lionel, Lili, López Lacius Mark, Matthew, Melody… 174, Normandie Boulevard.

—¿Conoce usted esta dirección? —le preguntó a la dama.

Ella levantó sus bien recortadas cejas.

—¡Será posible! —exclamó—. En este caso no sería tan poquita

cosa como yo creí. ¡Ése es un barrio realmente aristocrático!

Karl cerró el libro.

—Será cuestión de hacerle una visita —dijo poniéndose en pie.

La morena se levantó también.

—Permítame que le acompañe a usted —le dijo—: Tengo el coche aparcado ahí fuera.

Él la miró con recelo. Ella parecía leerle el pensamiento.

—¡No se preocupe por mí! —exclamó—. Yo soy americana cien por cien. ¡Y siempre he sentido deseos de participar en alguno de estos episodios! ¡Déjeme que le acompañe por favor!

Karl se encogió de hombros.

—Bueno, si tanto se empeña, *Miss*…

—Jones —completó ella—. Y éste es de verdad; Katina Jones.

—Vámonos, pues, Katina —dijo Karl—. En marcha.

Ricky Drayton perdió, finalmente, los sentidos. Tenía el brazo izquierdo hecho una masa de hinchazones producidas por las quemaduras del cigarrillo, y la cara la tenía hecha papilla. Le habían arremangado el pantalón de una pierna en la que aparecían unas señales amoratadas, profundas, producidas por un látigo de goma. Hacia el final, antes de perder los sentidos, chilló un poco, pero no dijo una sola palabra. MacGilvray, Boris y Melody estaban sentados frente a él, fumando silenciosamente.

Fué Melody la que rompió el silencio.

—Es terco —dijo.

Boris mostró una blanca hilera de dientes y dijo con feroz intensidad:

—Dentro de un minuto le haré volver en sí y verás cómo le hago cantar…

—Yo me he encontrado con tipos así alguna vez —terció MacGilvray— pero no con frecuencia. La diñan antes de hablar. Primero se desmayan, pero antes de arrancarles una sola palabra prefieren irse al otro barrio. No hay manera de convencerles…

—Lo probaré —dijo Boris—. Quedarás sorprendido al ver las cosas que le hago a un fulano sin dejarle perder los sentidos.

Sonó el teléfono. Melody lo cogió, se lo puso al oído y lo pasó a MacGilvray.

—Es para ti, Mac —le dijo—. El jefe.

—Sí, jefe —dijo MacGilvray en el aparato—. Escuchó en silencio

durante un minuto y luego contestó. —Muy bien— y dirigiéndose a los demás anunció a continuación. —He de salir.

—¿Qué pasa? —preguntó Boris.

—Esa dama, Postings… la querida de Al. Tenía que haberla liquidado después de despachar a Al, pero se escapó con Drayton en el preciso instante en que iba a verla. El jefe dice que la fulana está en el hospital vigilada por un policía. No sé qué es lo que puede decir. He de ir, pues, a ver si le cierro la boca definitivamente.

—¿Y cómo piensas realizar eso, cerebro luminoso? —preguntó Melody—. No te será posible entrar nunca en el hospital… y si lo hicieses, no podrías salir, indudablemente.

—Ya encontraré la manera —repuso MacGilvray, confiadamente —. ¿Es que no la encuentro siempre?

—¿Y nosotros qué tenemos qué hacer? —preguntó Boris.

—Quedaos aquí —le ordenó MacGilvray—. Tú continúa trabajándole a Drayton. Y ten cuidado: ¡No le mates!

La pareja de satélites oyó el automóvil de MacGilvray cuando se alejaba por la calzada. Boris apagó con el pie el cigarrillo que había echado al suelo.

—Trae un jarro de agua —le dijo a Melody.

Ella salió y regresó con el jarro. Boris lo cogió y lo vació sobre la cara de Ricky. La víctima movió un poco la cabeza y se esforzó por abrir un ojo todavía pegado.

Boris sacó entonces del bolsillo una caja de cerillas y afiló los palos con un cortaplumas. Ricky le estaba contemplando soñolientamente con los párpados semicerrados. Con una breve sonrisa de placer Boris fué clavando una cerilla en cada una de las uñas de Ricky. Cuando hubo terminado la operación se enderezó y preguntóle:

—¿Hablarás ahora, antes que encienda las cerillas?

Ricky no contestó.

Boris encendió una cerilla y la acercó al fósforo de la que estaba clavada en el pulgar izquierdo de Ricky.

—Me han dicho que esto causa un daño más que regular —dijo en un tono de naturalidad.

Melody inclinó la cabeza para escuchar.

—¿Oyes? —preguntó.

Se oía claramente el ruido de un motor de automóvil.

—Debe ser Mac que está de regreso —sugirió Boris.

—¿Tan pronto? —repuso Melody—. ¡Me extraña!

La cerilla iba ardiendo. Ricky estaba acerando su voluntad frente al dolor cuando llamaron a la puerta principal. Boris apagó la cerilla de un soplo.

—Ve a ver quién es —le dijo en un susurro a Melody—. ¡Mándale a paseo!

—¿Y si es la policía? —preguntó la dama.

—¿Y qué? ¿Es que no estás en tu casa? Además, a ti no te pueden liar en nada de lo de Lepper… ¿Por qué tendría que ser la policía?

Ella se encogió de hombros y salió por la puerta que daba al vestíbulo. Como a través de una niebla, que afectase a los sonidos, Ricky oyó la voz de Karl que decía:

—¿*Miss* Laing?

Ricky echó la cabeza hacia atrás como para tomar impulso y profirió un grito, un chillido, más bien, en el que puso todas sus fuerzas para dar salida a su dolor acumulado. Por el pasillo resonaron unas pisadas, y Boris echó mano inmediatamente al revolver. Karl disparó desde la puerta y le derribó al instante. Acto seguido el agente del
F. B. I.
entró corriendo y empezó a desatar a su amigo. De pronto dió un brinco al oír un motor que se ponía en marcha. Salió velozmente al pasillo y se dirigió de nuevo a la puerta de entrada. Katina Jones estaba tendida sobre la calzada y Melody Laing se alejaba como murciélago escapado del infierno con el coche de la otra dama.

Karl corrió hacia ella.

—Quería aventura… y la ha logrado —musitó para sí mismo.

Katina se agitó ligeramente y abrió los ojos cuando él la cogió para levantarla. Un hilillo de sangre brotaba de la raya que dividía su cabellera.

—¿Con qué me han golpeado? —preguntó en un tono débil de voz.

Karl se la llevó dentro de la sala y la depositó en un sofá. Se arrodilló a continuación al lado de Boris y le tomó el pulso. No lo tenía. Entonces volvió hacia Ricky. Rápidamente le cortó las cuerdas y le ayudó a sentarse en un sillón Luego humedeció un

pañuelo limpio en el resto del agua del jarro y se puso a limpiarle la cara a Ricky.

—No pierdas el tiempo en tonterías —le dijo Drayton—. Llama enseguida a Jefatura. Trata de echarle la mano encima cuanto antes a esa Melody de marras…

Y quedó hundido en el sillón al tiempo que Karl se dirigía al teléfono.

CAPÍTULO VII

Di Postings se encontraba al mismo borde de la muerte. Ella lo sabía porque Frank Pearl estaba allí de centinela, vestido como San Pedro. Con la única diferencia de que, en lugar de llevar en la mano un manojo de llaves, tenía un sobre grande de papel de Manila.

—¿Dónde está Al? —le preguntó ella.

Pearl señaló hacia abajo.

—¡He de sacarlo de allí! —exclamó ella—. Con ese sobre lo lograré. ¡Podré negociar con Satanás para salvar a Al!

—¿A qué nombre va el sobre? —preguntó Frank Pearl.

—¡Thaddeus K. Johnstone! —gritó Di.

Pearl y el sobre. Se desvanecieron en una nube que se convirtió instantáneamente en un montón de tomates donde reposaba la cabeza de Lepper manchada de jugo de aquel fruto… ¿O era sangre tal vez? Incluso tendido en aquel estado Lepper le disparó en el hombro otra vez. Y otra, otra, otra…

Di se despertó emitiendo un alarido. Un rostro tapado con una máscara blanca se inclinó sobre ella y le dijo:

—¡Estupendamente, señorita! Hemos sacado la bala.

—¿Dónde estoy? —preguntó ella débilmente.

—En el Hospital de la Buena Samaritana. Ahora procure descansar; ya no sentirá más dolor —le dijo la cara cubierta con la máscara de cirujano.

Una enfermera se acercó y le puso un vaso en los labios. Aquello era muy amargo. Di engulló el líquido y dejó caer la cabeza sobre la almohada, quedando enseguida dormida en un sueño sin pesadillas.

Ricky Drayton se había despejado un poco; ahora podía ya coordinar de nuevo sus ideas. Cuando Medusa hubo terminado de

dar por teléfono las señas físicas de Melody y las del automóvil robado a Katina, Ricky estaba incorporado ya en el canapé.

—Aquí había otro sujeto —dijo.

—Ten calma, amigo —le tranquilizó Karl—. No te precipites.

Ricky parecía hondamente preocupado.

—No tenemos tiempo que perder —insistió—. Aquí había otro fulano. Un malvado. Un asesino. Se llama MacGilvray. Debe de haber escapado poco antes de llegar tú.

—Ya le cogeremos —le aseguró Karl.

Ricky movió la cabeza de un lado a otro.

—Es urgente —dijo.

Estaba rebuscando en su subconsciente tratando de indagar por qué se decía que era tan urgente darle caza a MacGilvray. En medio de la neblina de estupor donde le había dejado envuelto la brutal paliza que le habían propinado, le pareció oír que el siniestro personaje decía:

«—Esa dama Postings… He de cerrarle la boca definitivamente».

—¡Eso es! —exclamó Ricky—. ¡Di Postings! ¡MacGilvray va a matarla! —Se levantó y fué al teléfono—. ¡Señorita! —llamó— póngame con la policía. ¿Jefatura? ¡Deme la Brigada Criminal, inmediatamente! ¿Eres tú,

O'Rourke?

Aquí Drayton. Escúchame. Un asesino llamado Mac-no-sé-Cuantos, alto y delgado, pelirrojo, ojos azules, está en camino para liquidar a Di Postings. Da la alarma y dobla la vigilancia en el hospital, ¿quieres? ¡Es un tipo muy audaz! Y, escúchame,

O'Rourke;

haz el favor de mandar una ambulancia aquí para recoger a una dama que acaban de tumbar ahí afuera. Tratadla con cuidado… ésa es una buena persona. Yo me voy con Karl inmediatamente hacia el hospital. Supongo que nos veremos allí, ¿no?

Ricky colgó el aparato y se cogió del brazo de Karl.

—¡Vamos, Tío Sam! —le dijo—. ¡Hemos de coger un «taxi»…, pero deprisa!

El cuarto de Di, en la Buena Samaritana, estaba repleto de policías cuando Karl y Ricky llegaron allí. Un ordenanza en la puerta trató de llevar a Ricky al médico de guardia, pero el periodista lo alejó de sí impacientemente.

Karl recorrió con la mirada el pequeño cuarto de blancas paredes.

—MacGilvray no podría entrar en el hospital —dijo—. Al menos en este cuarto.

Al otro lado de la calle, frente al hospital de La Buena Samaritana, se levantaba la gran mole de la parte trasera del bazar más grande de la ciudad. La mitad de la pared del edificio era de cristal, de manera que, al mirarlo desde fuera, causaba el efecto de una movilización de hormigas. La masa de parroquianos reducida al tamaño medio, hormigueaba arriba y abajo de escaleras y ascensores, apiñándose en presurosos grupos por los diversos pisos. En lo alto del bazar había una terraza-jardín con su restaurante al aire libre. Algunos compradores estaban tomando el aperitivo debajo de unas grandes sombrillas a rayas chillonas.

Karl hizo chasquear los dedos y se dirigió al teléfono del lado de la cama.

—¿Dirección? —preguntó—. Oiga, ¿aparte de los periodistas, ha preguntado hoy alguien por el estado de *Miss* Postings?

—Sí, señor. Ha llamado un hombre que ha dicho que era el hermano de la señorita. Se ha interesado por su estado.

—¿Ha preguntado en qué cuarto se encontraba? —inquirió Karl.

—Sí, señor —repuso la telefonista—. Yo se lo he dicho.

Karl dió las gracias y colgó el aparato.

—Un fulano ha telefoneado para preguntar el número de este cuarto —dijo como hablando para sí.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¿No lo has observado? ¡En el vestíbulo hay un plano en el que se ve la situación exacta de todas las salas del hospital!

—¡Exactamente! —asintió Karl—. ¡Y apostaría a que *Mr*. Mac está en ese jardín del bazar de ahí enfrente en estos momentos! ¡A ver, corran la cortina!

Un policía obedeció prestamente.

—Ahora dos de ustedes que cojan la cama de la señorita y la trasladen a otro cuarto —dijo Ricky—. ¡Hay que desalojar esta habitación!

En aquel instante llegó
O’Rourke.
Medusa informó de la situación.

—Me parece una cosa absurda semejante posibilidad —declaró el capitán—. Pero claro está que es mejor no exponerse —dijo apartándose mientras dos policías se llevaban la cama de Di Postings, mitad arrastrándola mitad en vilo.

—Iré con un par de hombres a echar un vistazo a ese jardín de enfrente —concluyó.

—Voy contigo —dijo Karl.

—Yo creo que me tendré que quedar aquí —dijo Ricky—. No me siento tan fuerte todavía…

Volvió a entrar en el cuarto y se arremangó cuidadosamente la chaqueta dejando al descubierto su brazo, lleno de ampollas. El último de los policías que salía de la habitación se volvió para preguntarle:

—¿No sale usted?

Ricky movió la cabeza negativamente.

—¡Pero si usted mismo ha dicho que este cuarto era una especie de blanco de tiro! —declaró el policía.

—Es verdad —repuso Ricky—. Por eso quiero quedarme aquí un rato más. En cuanto *Mr*. Mac vea que el cuarto está vacío se largará antes que
O'Rourke
y Medusa hayan llegado al jardín. Así, pues, descorra usted la cortina otra vez y déjeme su cacharro por favor.

—¡Que se cree usted eso! —exclamó el policía—. No le puedo obedecer.

—Es una orden que le doy —replicó Drayton vivamente—. ¡Sepa que estoy trabajando para el
F. B. I.
en estos momentos!

De mala gana el policía ejecutó la orden.

—¡A usted le falta más de un tornillo! —exclamó entre dientes.

—Creo que se trata de exponer mi pellejo en todo caso… No el de los demás —le espetó Ricky.

A continuación empujó la segunda cama que había en la sala situándola en la línea de tiro y se echó encima de ella, envolviéndose con la ropa hasta quedar hecho un montón descansando la cabeza sobre la almohada. El revólver del policía lo tenía en la mano, debajo del cubrecama, y no apartaba ni un

instante los ojos del tejado de enfrente.

—¡Ahora sé la sensación que causa hacer de cordero atado como cebo en una trampa para cazar tigres! —se dijo para sus, adentros.

MacGilvray estuvo inspeccionando detenidamente los accesos al hospital, y llegó a la conclusión de que su única esperanza de silenciar a Di Postings residía en el exterior de La Buena Samaritana. Así, pues, en cuanto hubo localizado la situación del cuarto donde yacía la dama, cogió el ascensor del bazar y subió a la terraza-jardín, sentándose en una mesa al pie de la baranda exterior. Con unos gemelos estuvo viendo un puñado de policías en el cuarto de la enferma, y se dió cuenta de que eran mayor número de los que se había imaginado. En realidad, eran tantos que veía muy difícil colocar una bala en la figurilla que apenas podía divisar postrada en la cama.

—Sólo hay una cosa que hacer —dijo Mac para sus adentros—. Una bomba.

Bajó apresuradamente a la calle y se encaminó a una tienda, mezcla de tabernucho y armería, con cuyo dueño había estado en contacto en los antiguos tiempos de la Ley Seca. Su receta para la bomba fué cumplida inmediatamente. Le costó un pico, desde luego, pero MacGilvray tenía a su disposición una generosa cantidad para el capítulo de gastos.

Con el mortal instrumento iba un dispositivo con un muelle de acero, parecido a un antiguo arco de flechas en miniatura para dispararlo. El artefacto completo cabía perfectamente dentro de la caja de un violín. Así equipado MacGilvray se apresuró a volver al bazar. Cuando regresó a su mesa vió que la cortina del cuarto de Di había sido corrida. ¿Le preparaban tal vez una especie de cebo? ¿Iban a tomar los policías la iniciativa?

Poco después respiró satisfecho al ver que la cortina estaba descorrida otra vez. Con los anteojos observó MacGilvray que en la cama continuaba una figura postrada, y vió también fugazmente un policía que salía, del cuarto, de puntillas.

—Será mejor dejarla dormir un poco —musitó.

Se le ocurrió pensar que, al fin y al cabo, ahora podía utilizar el revólver, pero consideró más conveniente, por ser más seguro, disparar el arco. Había menos probabilidades que fallase la puntería.

Ricky Drayton se puso tenso bajo la ropa de la cama. Divisaba justamente que una alta figura que llevaba un objeto negro, largo, se había acercado a la baranda del jardín del bazar. El individuo estaba oculto a la vista de los demás parroquianos por una especie de mampara formada por unos arbustos que crecían en sendos tiestos.

MacGilvray estaba seguro ahora que su instrumento improvisado era lo mejor que podía utilizar. En cuanto hubiese disparado su proyectil sin hacer el menor ruido no tenía sino que desprenderse del arco arrojándolo a la concurrida calle situada a veinte pisos más abajo. En el cuarto del hospital se produciría una explosión. Nadie le relacionaría a él con la bomba. Al fin y al cabo era uno de tantos de los que estaban sentados en el jardín. Y cuando los policías hubiesen recogido el arco abajo en la calle MacGilvray habría abandonado ya el bazar. Echando una mirada a su alrededor para asegurarse de que nadie le vigilaba abrió el estuche del violín y sacó el arco apoyándolo en la baranda. Tensó la cuerda y apuntó. Más de una vez había utilizado un arma similar para desembarazarse de un recalcitrante individuo en la época de contrabando de licores.

Preparado el arco cogió la granada de forma ovalada que llevaba en la caja y la colocó en el asidero de la flecha. A continuación hizo puntería sobre la abierta ventana.

—¡Allí está! —dijo
O'Rourke
en voz baja—. Junto a la balaustrada.

Karl le cogió del brazo diciéndole:

—¡No le alarme usted! ¿No ve qué tiene en la mano? ¡Un lanzagranadas! Si le asustamos le caerá en la calle y matará al menos una docena de personas. Déjele que la arroje en el cuarto del hospital, que está vacío, y luego le cogeremos.

—Tiene usted razón —repuso
O'Rourke
—. Es mejor hacer volar un cuarto vacío que despanzurrar un puñado de transeúntes. Aguardaremos a que dispare aquel chisme y luego le echaremos la mano encima.

Entre tanto, Ricky vigilaba al hombre de enfrente mientras preparaba su dispositivo sobre la balaustrada. También él se acordaba de aquellos ingenios (las llamaban «catapultas Capone»)

de los días de la Ley Seca. Sentíase, a pesar de todo, preso de una sensación de inquietud profunda. En aquel instante podía disparar muy bien sobre MacGilvray, pero le frenaba cierto escrúpulo, puesto que, al derribar al individuo, lo más probable era que la máquina infernal fuese a caer y estallar en la calle. Fué en aquel momento cuando Ricky llegó a punto de convertirse en un héroe histórico como jamás es poco probable que llegue a ser: resolvió no disparar, permitiendo así que MacGilvray arrojara su explosivo.

Sin embargo, Ricky, no era ningún caso de neurosis-suicida. Su cuerpo estaba enrollado bajo la ropa de la cama, pero tan tenso y preparado como el muelle de acero de la «catapulta Capone». Y cuando vió que la mano de MacGilvray tensaba el arco dispuesto a disparar, saltó bruscamente en la cama y apuntó el revólver. La granada describió una bella parábola en el aire, proyectándose, certeramente, hacia la abierta ventana. Si Ricky tenía que disparar alguna vez para salvar, su vida, era en aquella ocasión, y el Hado no le concedía más que un solo tiro. No le quedaba margen para continuar tirando. Pálido hasta los labios disparó sobre el voluminoso proyectil. La granada estalló en el aire con una detonación estruendosa. Trozos de metralla dieron contra la pared del hospital y algunos entraron en el cuarto. Todavía volaban por el aire partículas del casco cuando ya Ricky estaba en la ventana disparando bala tras bala sobre MacGilvray a través del abismo de paredes de cemento armado.

El asesino se alejó de la baranda, pero al volverse para escapar vió ante sí las figuras de Karl,
O'Rourke
un par de policías que le impedían el paso. Disparó ciegamente sobre el grupo y derribó a uno de los policías que se retorció con las manos cruzadas sobre el vientre, mientras el agresor se lanzaba velozmente entre las mesas ocupadas por atónitas amas de casa que tenían en la mano la taza de café.

—¡No dispares más! —gritó
O'Rourke
—. ¡Vas a matar a esas damas!

MacGilvray sonrió diabólicamente y se parapetó tras las mesas sin cesar de hacer fuego. Las señoras se pusieron a chillar estridentemente. Algunas se escondieron por debajo de las mesas;

otras, menos astutas, se pusieron de pie encima de las sillas con lo que hacían más difícil la tarea de Karl y los policías. A una orden de O'Rourke sus hombres se lanzaron en medio de la gente tratando de apresar al malhechor. El revólver de MacGilvray sonó otra vez, y otra… Uno de los policías lanzó un resoplido de dolor al sentirse atravesado por una bala, e inmediatamente después una señora lanzó un alarido y se desplomó sobre una mesa manchando con su sangre la ropa blanca que se había esparcido de su paquete de compras.

—¡Que todo el mundo se eche al suelo! —vociferó O'Rourke —. ¡Y que nadie vaya saltando de un lado para otro si no quiere morir agujereado!

La orden hizo algún efecto. A continuación los policías pudieron avanzar entre la masa de histéricas mujeres. Pero MacGilvray había adquirido una buena ventaja y estaba bajando las escaleras automáticas de cuatro en cuatro peldaños en dirección a la calle. O'Rourke se lanzó tras él como un toro furioso, pero Karl, en cambio, corrió velozmente hacia el teléfono del restaurante y, sin molestarse en pedir permiso hizo que le pusieran en comunicación con el gerente del bazar.

—¡Un loco asesino está bajando en estos instantes desde el terrado por la escalera! —le dijo—. ¿Tienen ustedes manera de aislar automáticamente los pisos?

—¡Claro que sí! —repuso el gerente—. Las puertas para aislar incendios están controladas por un botón que tengo aquí al lado de mi mesa.

—¡Apriételo usted, pues, sin pérdida de tiempo! —suplicó Karl —. ¡Pare las escaleras automáticas!

La confusión que se produjo al parar las escaleras fué de órdago. Hombres y mujeres que habían sido empujados sobre los primeros peldaños por la furia de MacGilvray estaban justamente indignados preguntándose quién era el tipo que les empujaba. Ahora se vieron agredidos por segunda vez por la avalancha de carne que era el capitán O'Rourke.

Cuando el ascensor se paró bruscamente, todo el mundo, incluyendo a MacGilvray y
O’Rourke,
rodó con el impulso hacia el fondo de la escalera.

MacGilvray fué el primero en levantarse y se lanzó de un brinco hacia la sala del bazar.
O’Rourke
tuvo tiempo de notar con una amarga sonrisa que se trataba de la sección de juguetes. Patos, «Mickeys» y «Popeyes» de caucho, torres de ladrillos para la construcción de casitas, osos y muñecas, trenes en miniatura…, todo volaba a diestra y siniestra al paso de MacGilvray que saltó un par de mostradores al dirigirse de cabeza a la puerta de salida. Estaba a punto de cruzarla cuando la recia puerta de acero aisladora de incendios se cerró automáticamente con un chasquido. El individuo miró con desesperación a su alrededor por unos segundos y se agarró a una joven señora que llevaba de la mano a una niña de seis años. Pasando un brazo por detrás de cada una de ellas, MacGilvray se puso de espaldas a la puerta de acero.

—¡No te acerques un solo paso más,
O’Rourke!
—gritó—. ¡Si lo haces disparo contra la señora y la niña!

—¡No seas loco! —replicóle
O’Rourke
—. ¡No te queda más solución que entregarte!

—¡Esto queda por ver! Morir por morir… —vociferó el monstruo al tiempo que su revólver vomitaba fuego otra vez.
O’Rourke
se agachó rápidamente en el mismo instante en que la bala pasaba silbando encima de su cabeza yendo a clavarse en un piano de juguete.

La partida parecía haber llegado a tablas. Con las ventanas de la nariz extraordinariamente dilatadas debido a la penosa respiración.
O’Rourke
y MacGilvray se miraban uno al otro separados por corta distancia. Ninguno de los dos había visto a Karl Medusa en lo alto de la escalera automática. MacGilvray trasladaba su peso de uno al otro pie en el mismo instante en que el agente del

divisaba su cabeza al lado de los bucles de la joven madre a la que sujetaba brutalmente entre sus brazos. La mano de Karl estaba tan firme como una roca cuando apuntó y disparó. El proyectil se llevó la parte superior de la cabeza de MacGilvray, de modo que el asesino no tuvo siquiera tiempo de exhalar un solo grito antes de morir.

CAPÍTULO VIII

Un joven médico encontró a Ricky con el cuerpo doblado sobre el alféizar de la ventana del cuarto del Hospital de la Buena Samaritana.

Drayton se había apagado como una vela; el álgido esfuerzo de las últimas horas había exigido lo suyo, de modo que Ricky estaba ahora sumido en un sueño que duraría largo rato. El médico llamó a un par de enfermeros para que pusieran a Drayton en cama; le vendaron sus maltrechos brazos, le aplicaron masaje en las piernas, le arreglaron la boca y le dieron una inyección de penicilina para evitar posibles complicaciones de las diversas heridas.

Entre tanto Karl había regresado a la Jefatura de Policía con el capitán
O'Rourke.
El corpulento policía irlandés estaba aporreando la máquina de escribir con sus gordos dedos, escribiendo nombres.

—No nos ha salido tan mal después de todo —iba diciendo—. Hasta ahora ha quedado liquidada la cuenta de los siguientes: Al Grigson, cuyo cuerpo se encontró en la carretera de Memphis; Frank Pearl, luego, y el sargento Pash; aquel personaje de la cara amarilla y los dientes de chivo que ha resultado ser Sol Lepper. Y ahora mi viejo amigo MacGilvray que solía trabajar esta misma zona para Al Capone.

—No está mal, no está mal —asintió Karl—. Pero todos éstos son caza menor, capitán. Cada uno de esos sujetos tiene una ficha policíaca; son malhechores de barrios bajos, bandidos profesionales que para obtener dinero matan si es preciso. A pesar de todo no hemos avanzado un paso más hacia el que mueve los hilos del tinglado.

—Sí, es verdad —asintió O'Rourke—. El tipo ese ya es harina de otro costal. Juega con un gran primor, hay que reconocerlo. En lugar de utilizar talentos extranjeros como suelen hacer la mayoría de reyes del espionaje, ese tipo se dedica al cultivo del material humano indígena; echa mano de peones dotados de mucha experiencia en desembarazarse de estorbos; tipos que han estado a la sombra infinidad de veces y que conocen bien el paño. Así ese cerebro dirigente no se arriesga utilizando a individuos que, habiendo sido fanáticos patriotas de su país, escojan luego la libertad al ver las cosas a la luz de la verdad. Su tropa se mueve exclusivamente por el afán del dinero… Desde luego, esto se llama sentido práctico de las cosas.

—¿Un caso de empresa privada enfrentada con el control del Estado? —dijo Karl sonriendo—. Sí, creo que se acerca usted a la verdad, capitán.

—Es cosa de sentido común —dijo O'Rourke—. Si quiere usted hacer algo con verdadera eficiencia, sea montar un salón de juego o bien organizar una red de espionaje, utilice profesionales. Y, a propósito: ¿cómo me dijo usted que se llamaba aquella dama del Boulevard de Normandie?

—Melody Laing —repuso Karl—. Rubia, cinco pies seis pulgadas, bonita figura, ojos azules y una tez hermosa. ¿Le dice algo todo esto?

—Rubias de esas corren a centavo la docena —replicó O'Rourke—. El nombre suena muy particular, de todos modos. Vamos a echar mano de unos cuantos retratos, a, ver si por casualidad la reconoce.

El jefe de la Brigada Criminal pulsó un timbre y le dijo al policía uniformado que acudió a la llamada, que trajese el fichero de mujeres con antecedentes. Estaba Karl repasando las fotografías cuando llamaron a la puerta. Entró un policía.

—Afuera hay un sujeto que desea verle, capitán —anunció.

—¿Qué clase de sujeto es? —preguntó O'Rourke con impaciencia.

—Tiene aspecto de un hombre de negocios activo y próspero — explicó. —Se llama Sullevan P. Serafín— añadió el policía echando una mirada a la tarjeta que tenía en la mano. —Corredor de algodones— concluyó.

O’Rourke

encogió sus anchos hombros.

—Es la primera vez que lo oigo nombrar —dijo—. No obstante, hazle pasar.

—¿Yo ahueco el ala? —preguntó Karl.

—No hace falta; quédese por aquí —repuso el policía Probablemente se trata de algún pelmazo. Le despacharé en un par de minutos.

La puerta se abrió y entró, apresuradamente, un individuo de gran corpulencia. Su altura de seis pies y pico correspondía proporcionalmente a la anchura de sus grandes hombros. Rayaba en los sesenta, de modo que su ralo cabello tenía el matiz de sal y pimienta, del mismo color que el hirsuto bigote que parecía un poco perdido en la inmensidad de la ancha y chata cara.

—¡Serafín es mi nombre! —dijo con voz de trueno—. ¡Sullevan Serafín! ¿Qué tal están ustedes, caballeros?

Incluso el corpulento

O’Rourke

pareció estremecerse ligeramente ante los tremebundos y cordiales modales del personaje.

—Siéntese usted, mister Serafín —le dijo—. ¿Qué le trae por aquí?

—¡Algo muy importante, capitán! —exclamó el gigantesco individuo—. Estoy terriblemente preocupado. Soy el dueño de una oficina de cierta envergadura situada en la parte baja de la ciudad, en el barrio comercial… Posiblemente ha oído usted hablar de ella. Correduría de algodón, ¿sabe usted?

—Claro que he oído hablar de ella —repuso

O’Rourke

por temor de que el personaje estallase en una racha de explicaciones si le decía que no.

—¡Claro que sí que tiene que haber oído hablar de mí! ¡Mi firma es archiconocida por doquier! Bien, capitán, como usted se puede imaginar, yo tengo una plantilla de personal más que regular. Es

para hablar de ellos a lo que he venido.

—Oiga —le advirtió
O'Rourke
— si viene a plantearme algún problema de seguridad para su oficina, tiene que acudir a otro departamento.

—¡Si, se trata de un problema de seguridad, desde luego! —exclamó Serafín—. Pero no seguridad de mi oficina. ¡No, señor! ¡Se trata nada menos que de seguridad nacional!

O'Rourke
y Medusa se levantaron de un brinco.

—¿Qué está diciendo? —preguntó el policía.

—Seguridad na-cio-nal —vociferó Serafín recalcando la palabra —. Ese personal mío… En la plantilla figura un hombre, mejor dicho, figuraba, llamado MacGilvray. Belmont MacGilvray.

—¡Ahora sí que me está interesando de verdad! —exclamó
O'Rourke
—. ¡Hable, hable enseguida!

—Acabo de enterarme de que MacGilvray ha estado liado en un fregado de tiros en un bazar —explicó Serafín—. En todo el día no se le ha visto el pelo por la oficina. Ni tampoco se ha dejado ver mi secretaria, *Miss* Laing. Y considero mi deber informarle a usted que Melody Laing debía de ser la amante de ese individuo. Tengo su dirección si es que usted considera necesario hacerla presentar para interrogarla.

—Hemos visto ya a esa dama —terció Karl por primera vez—. De todos modos, muchas gracias, *Mr*. Serafín. Díganos ahora lo que sepa sobre la vida privada de MacGilvray. Quiénes eran sus amigos, etcétera, etcétera…

Serafín hizo una mueca.

—Lo siento, caballeros, pero temo que no les podré complacer en este aspecto —dijo—. Hace dos años que MacGilvray trabajaba conmigo, pero nunca ha dejado trascender ni lo más mínimo de su vida privada. Lo único que he podido observar ha sido su… amistad con *Miss* Laing.

Karl le ofreció al voluminoso comerciante uno de sus delgados y negros cigarros.

—Ha sido usted muy amable en visitarnos —le dijo—. Tal vez nos llegaremos por su oficina cualquier momento para hacerles

unas preguntas a algún que otro miembro de su personal relacionadas con MacGilvray y esa buena pieza de *Miss* Laing.

—¡Cuando gusten! —dijo Serafín con gran sinceridad—. Aquí tienen mi tarjeta.

Dejó un trozo de cartulina encima de la mesa y volvió a enderezar el cuerpo sobre el respaldo del sillón que crujió plañideramente bajo su mole. A continuación punzó el extremo del cigarro con una pequeña aguja de oro que colgaba de la cadena que le cruzaba el chaleco de su traje gris.

—Si les puedo ser de utilidad en alguna cosa, no vacilen en llamarme —concluyó.

—Me siento como nuevo —dijo Ricky incorporándose en la cama—. Más aún: mejor que antes —añadió echando una mirada a la vivaracha enfermera pelirroja que estaba a su lado.

—Me alegro muchísimo —repuso la joven— precisamente ahora que tiene usted una visita.

—¡Estupendamente! —repuso. Ricky—. Hágale entrar, por favor.

—Es una dama —añadió la muchacha con una mueca.

—Todavía mejor —dijo Ricky—. La visita de una señora es lo mejor que le puede suceder a un individuo como yo.

Realmente pocas cosas más agradables había visto Ricky en su vida que la aparición de la dama que avanzó hacia él sosteniendo tiernamente un ramo de flores en que, no obstante ser hermosas, parecían marchitas al lado de la resplandeciente belleza de su propietaria. La dama vestía una ropa de seda, que despedía rayos de sol, y su leonada cabellera se desparramaba como una cascada de hojas otoñales sobre sus hombros.

—¡Cielos! —exclamó Ricky—. ¡No me despierten, por favor! ¡Ya sé que estoy soñando!

La visión se sentó en una silla al lado de la cama, y Ricky pensó que aquél era el primer sueño que tenía en el que se olía el perfumé.

—¡Hola! —dijo el ángel de los sueños—. Soy Marion Clarridge. Me ha mandado *Mr.* Serafín.

—No lo creo —repuso Ricky—. ¡A ti te ha enviado el Cielo! Pero…, ¿a qué vienen esas flores? ¿Estoy muerto quizá?

Marion dibujó una dulce sonrisa.

—No —dijo—. Usted sobrevivirá. Las flores se las manda,

también *Mr.* Serafín. Y esto, además.

La bella visitante sacó una caja de cigarros de su bolso y la dejó sobre el cubrecama.

—Serafín… Serafín… ¿Quién es ese sujeto? ¿Mi Ángel de la Guarda o algo así?

—Pues, es muy sencillo, en realidad —explicó Marion—. *Mr.* Serafín es un hombre de negocios, y Belmont MacGilvray era un empleado suyo. Mac, por si usted no lo sabe, es el individuo que trató de matarle a usted hace unas cuantas horas. *Mr.* Serafín ha ido a la Jefatura de Policía para preguntar si podía ser de alguna utilidad. Y el hombre se ha conmovido tanto al enterarse de lo que le había sucedido a usted… todo por la causa de la Ley y el Orden…, que me ha mandado enseguida aquí para hacerle este presente en señal de aprecio y admiración.

—Verdaderamente, *Mr.* Serafín es muy amable —repuso Ricky —. ¡Pero puede usted creer que le habría quedado más agradecido todavía si hubiese hecho que las flores la trajesen a usted… en lugar de ser a la inversa!

—La enfermera me ha dicho que estaba usted en muy buena forma —dijo Marion sonriente—. Esta noche estoy realmente desocupada.

—Pues no diga, que usted, también está en una forma excelente —declaró él.

Y se volvió para mirar a la enfermera. Ésta, sin embargo, se había retirado discretamente, de modo que Ricky tuvo que llamar con el timbre.

—Prepárame la ropa, cariño —le dijo cuando entró la muchacha —. Me voy inmediatamente.

—No puede marcharse sin que le vea el doctor otra vez —le advirtió la enfermera.

Rick saltó al suelo ágilmente.

—Escucha, hermana —le dijo—. Yo estoy metido en el asunto de la policía. Lo que digo, vale. No hace falta pedirle permiso al doctor ni a nadie. Y ahora que me acuerdo, en el bolsillo del pantalón tengo un regalo para ti. Tráemelo, guapa.

La enfermera desapareció y volvió otra vez con los pantalones de Ricky. Él los cogió y se fué detrás de una mampara donde se vistió. Echó un billete de diez dólares por encima de la mampara a

la pelirroja que contestó:

—Muchas gracias, *Mr*. Drayton.

—No las merezco —repuso él—. ¡A ver si te compras un abrigo de visón!

Un minuto después salía, con el pantalón y la camisa puestos y llevando la chaqueta en la mano.

—El trajecito me ha quedado un tanto deteriorado —dijo contemplándose a sí mismo—. Creo que será cuestión de llegarme a mi domicilio para cambiarme, ¿no te parece, Marion? Hoy he trabajado ya bastante.

—Por mí, encantada —dijo Marion—. Abajo tengo mi coche.

La rubia beldad conducía deprisa y bien. No tardaron en llegar al departamento de Ricky. Cogieron el ascensor y en cuanto entraron en las habitaciones, Drayton le preguntó a su acompañante qué quería beber. Ella díjole que prefería un «Tim Collins». Ricky le sirvió uno y se fué a su dormitorio para cambiarse.

El que reapareció unos minutos más tarde era el antiguo Ricky Drayton, desde luego.

—¡Caramba, caramba! —exclamó Marion—. ¡No pareces el mismo, muchacho!

Ricky le quitó importancia con un encogimiento de hombros.

A continuación se sirvió un buen vaso de «rye» que apuró de un sorbo. Luego encendió un «Lucky» y fumó extasiadamente. Con un nuevo vaso en la mano sentóse entonces al lado de Marion.

—Ahora empiezo a sentirme como un ser humano —le dijo.

—También yo —musitó ella—. Aunque diría que demasiado humano para que una se sienta segura.

Él se inclinó hacia ella y aspiró un poco más de su perfume. Difícilmente podía pasarle inadvertido; tenía el rostro hundido en la leonada cascada de su cabellera mientras exploraba con los dedos la alba finura del cuello de la dama. Ella le apartó suavemente.

—Oye, ¿dónde queda la vueltecita que me has prometido íbamos a dar por la ciudad? —le preguntó.

—Pues… tenía la esperanza de que te gustaría cocinar algo aquí en mi casa —repuso él.

—¡Vamos! Y luego fregar los platos, ¿no? ¡No me gusta este plan! —exclamó levantándose—. Vámonos, Ricky —dijo a continuación—. ¡Tengo unas ganas locas de bailar!

—Perfectamente, pues.

Acto seguido se fueron a uno de los establecimientos de moda donde se hicieron pasar las ganas de bailar. Alternando el baile con la bebida. Y así fueron recorriendo un club tras otro, amenizando el baile con nuevas dosis de licor.

Drayton estaba libre de servicio aquella noche. Hacía tiempo que no había gozado tan estupendamente de sus horas libres. ¡Y con lo magníficamente bien que bailaba aquella dama! Se adaptaba de un modo perfecto al ritmo de la orquesta y al paso de su pareja de tal forma que, de no ser por el cálido contacto de su carne, habríase dicho qué realmente, no existía. Su cabeza reposaba ligeramente sobre el hombro de Ricky mientras sus dedos tamborileaban en su cuello. Esto le hacía estremecerse a Drayton… ¡pero era tan agradable!

A las cuatro, de la madrugada se cansaron de bailar. Sentáronse en una apartada mesita iluminada por una tenue lámpara sobre un mantel a cuadros de un restaurante italiano, sorbiendo los dos del mismo vaso de «chianti». Sus pies, rodillas y las puntas de los dedos establecían un trémulo contacto por debajo de la mesa. De pronto Ricky se levantó.

—Vámonos a casa —dijo.

De regreso al departamento de Ricky, Marion preparó una mezcla de licores para ella y echó un poco de «rye» en un vaso que dió a Ricky. Ella se sentó en el suelo a sus pies.

—Oye, ¿cómo fué que te lastimaste tanto este brazo? —le preguntó pasándole el frió extremo de sus dedos por encima del brazo vendado.

—En mi oficio uno se arriesga —le, explicó él.

—Explícamelo —le suplicó ella contemplándole con ojos brillantes de admiración cómo si estuviese adorando a un héroe.

Drayton no es un chico orgulloso; no tiene ninguna necesidad de serlo. Pero es un tipo que le gusta que se haga justicia en cuanto a los méritos de una persona. Y la vida profesional y la sagacidad de Ricky Drayton constituyen su tema favorito.

—Me he liado con algunos bribones —explicó—. Trataban de sacarme cierta información, ¿sabes? Pero no se han salido con la suya.

—Supongo que un individuo como tú debe poseer siempre

informaciones de importancia —dijo Marion—. Será una terrible responsabilidad la que pesa sobre ti, ¿verdad?

—Bah, no me paro mucho en pensarlo —repuso.

Diciendo esto la cogió por debajo de los brazos y la sentó en sus rodillas. Ella le miró hondo en los ojos con una dulce sonrisa. En aquel momento parecía como si el perfil de su rostro tuviese el vaporoso borde de un círculo de humo de cigarrillo. Acaso estaba un poco borracho… Pero ¡qué diantres! Cuando uno trabaja de un modo tan intenso durante largas horas tiene que aprovechar la primera oportunidad que se le presenta para compensar las horas de amargura. ¡Y qué oportunidad se le ofrecía ahora en la persona de aquella aparición angelical! Ricky trataba de acercarla más hacia sí, pero la beldad prefería, por lo visto, continuar charlando.

—¿Y quiénes eran esos bribones que trataron de eliminarte, Ricky? —le preguntó—. Debía de tratarse de algo terriblemente importante, a juzgar por el modo con que resististe sus acometidas…

—Sí, era muy importante —dijo él—. Cosas de altura, ¿sabes? Asuntos de política internacional. Pero no pensemos más en esto, nena.

—No es fácil olvidarlo, Ricky —insistió la dama—: Me subleva pensar en esos monstruos que te han causado semejante daño, querido. Pero ¿por qué te lo hicieron?

—Todo fué debido a un sobrecito idiota… —murmuró Ricky como para sí mismo.

De pronto pensó que la cabeza le daba vueltas excesivamente deprisa.

—Y, claro está, tú debías de saber dónde estaba el sobre y te empeñas en no decírselo, ¿verdad?

—Sí, sí, no quise decírselo —farfulló Ricky.

Ella apretó fuertemente su cuerpo contra él.

—¿Y dónde lo guardabas, querido mío? —le dijo en un susurro.

Ricky emitió un suspiro. Lo único que, al parecer, le interesaba, a aquella dama era hablar. A través de los vapores del alcohol pudo ver claramente que era cuestión de ponerse en guardia. La conversación subsiguiente fué, por parte de él, una serie de subterfugios e incoherencias que, finalmente, le llevaron a la curiosa dama el desagradable convencimiento de que se las había

con un hueso muy difícil de roer.

CAPÍTULO IX

—Ese tipo ya me está fastidiando —le dijo
O'Rourke
en voz baja a Karl Medusa señalando con la cabeza hacia el lugar donde se movía la voluminosa figura de Sullevan P. Serafín.

Estaban en la oficina de las huellas dactilares donde habían traído al corredor algodonero para mostrarle fotografías de algunos parroquianos de la casa. Serafín agitaba el vientre con sus risitas mientras estudiaba la facha de algunos conocidos criminales.

—Me imagino cómo debe sentirse usted —dijo Karl—. Es como si hubiese traído a un párvulo a Jefatura.

Como si hubiese oído el breve diálogo que los dos agentes habían efectuado en voz muy baja, Serafín se acercó a ellos con aspecto radiante.

—Perdóneme, capitán —exclamó con su vozarrón— pero encuentro todo esto… —Y señaló abarcando con un movimiento del brazo todo el aparato destinado a la vigilancia del mundo del crimen— lo encuentro todo realmente interesante. Y toda vez que, podríamos decir, estoy en funciones de ayudar a la policía en el asunto de Melody Laing, espero no tendrá usted inconveniente en dejarme ver cómo nuestra admirable policía ejecuta sus trabajos…
O'Rourke
se encogió de hombros. Al individuo se le veía tan claramente ansioso de colaborar con ellos, tan entusiasmado en complacerles que era algo duro quitárselo de encima. Por eso llamó a un joven policía y le dijo:

—Teniente Gotlieb, hágame el favor de acompañar a este señor para que vea todos los departamentos de Jefatura.

—¡Hombre, esto es magnífico! —exclamó Serafín como no

sabiendo expresar su agradecimiento—. ¡Espero que no es demasiada molestia, teniente!

—¡Ni hablar! —contestó el ayudante—. Para mí no es ninguna molestia. Hágame el favor de entrar por aquí.

Karl y O'Rourke emitieron un suspiro de alivio cuando el joven teniente se hubo llevado al voluminoso e impertinente curioso.

—¿Ha llegado usted ya más cerca de esa dama Laing? —preguntó entonces Karl.

El capitán movió la cabeza negativamente.

—Mister «Gordinflón» trata de ayudarnos, me parece —explicó—, pero esa dama es también de las que no sueltan prenda fácilmente —y luego, después de echar una mirada al reloj de pulsera—: Las once y cuarto y sin tener ninguna, noticia de Drayton desde que ha salido del hospital cogido del brazo de una fulana. Desde luego, tratar con ese muchacho es tratar con el mismísimo diablo —concluyó en son de queja.

—Creo que me sentiré más tranquilo dentro de una hora —dijo Karl— cuando ese sobre se encuentre fuera de toda contingencia, en el tren camino de Washington. Joe Speedy, ha de estar aquí a las once cuarenta y cinco para llevárselo. Claro que esto no impide que Ricky pueda continuar su comedia como poseedor del documento ante aquellos que todavía se interesan por él.

En aquel momento llegó un policía con una nota.

—Se acaba de recibir este mensaje de uno de los coches, con radio —lo dijo a O'Rourke.

El capitán abrió el papel, lo leyó y le cogió del brazo a Karl.

—¡Acaso tengamos la solución! —exclamó—. Una dama que responde a las señas de Melody Laing ha sido vista cuando entraba en un instituto de belleza. ¡Vámonos!

Cinco minutos más tarde un coche de la policía con su sirena en silencio paraba delante del «Instituto de belleza, Alphonse». Karl y O'Rourke saltaron a la acera. Un policía de paisano se acercó disimuladamente a ellos y dijo casi sin mover su boca.

—Hace diez minutos que ha entrado. Sospecho que debe de

estar tiñéndose el cabello y haciendo alguna operación facial…

—¡Pronto saldremos de dudas! —dijo O'Rourke avanzando hacia el interior del local.

Un hombrecillo con refilado bigote les salió al paso.

—¿En qué puedo servir a los caballeros? —preguntó frotándose las manos mientras fijaba su atención en las plateadas sienes de O'Rourke—. ¿Vamos a teñir un poquitín, verdad? —A continuación se fijó en la facha de Medusa, más áspera que el Gran Cañón, y añadió—: ¿O se trata de una operación completa de cirugía plástica?

El policía, irlandés, poco de humor; en aquellos instantes, le apartó a un lado diciéndole:

—Vamos en busca de una dama. Una rubia.

Alphonse levantó los brazos con gálica comprensión.

—¿Quién es el que no va alguna vez? —repuso—. ¡Pero, por favor, caballeros; aquí no pueden continuar su persecución!

—Oiga usted, *monsieur*: ¿es estúpido de natural o lo hace a propósito? —le preguntó Karl bruscamente—. Somos de la policía y del F. B. I. Así, que, cualquier cosa que le digamos vale por dos. ¿Dónde está esa fulana rubia que ha entrado hace diez minutos? ¡Abra ese pico inmediatamente, compadre!

—¡Ah, ahora comprendo! —exclamó el hombrecillo—: La *mademoiselle* ha venido para un teñido y una facial… Ha dicho que quería adquirir una personalidad completamente nueva.

—¿Pretende usted tomarnos el pelo, amigo? —refunfuñó O'Rourke—. ¡Acompáñenos adonde esté!

Por un instante *Mr*. Alphonse agitó los brazos como si se tratase de ahuyentar unas mariposas; luego señaló hacia un cubículo separado por una cortina y dijo:

—Ahí dentro.

Los dos agentes apartaron la cortina y entraron. Una operaría con bata blanca se volvió hacia ellos. A su lado había una silla vacía.

—¿Qué le ha sucedido a la parroquiana, guapa? —preguntó

O'Rourke.

—Ha salido por un minuto —repuso la operaría—. Regresará enseguida.

—Esto es lo que yo no creo —le espetó

O'Rourke

—. ¿Por dónde ha salido?

La dependienta señaló a una puerta donde se leía: «Señoras». Dejando a un lado temporalmente sus modales, Karl y

O'Rourke

se precipitaron hacia el departamento. En la ventana frente a ellos ondeaba una cortina.

—Se ha largado por aquí —dijo Karl.

Mientras el agente del

F. B. I.

se asomaba por la ventana, el policía interrogaba a la operaría.

—¿Hasta qué punto le había llevado el tratamiento? —le preguntó.

—Había terminado de teñirle el cabello cuando me ha dicho que tenía que ir al «*water*» —contestó la dependienta— lo tenía húmedo todavía y se lo he envuelto con un pañuelo.

—¿De qué color se lo ha teñido? —preguntó Karl mirando desde la ventana.

—Color de cobre.

—Desde luego, no creo que sea difícil localizar a una dama cuya cabellera está goteando tinte —dijo el policía.

—¡Venga enseguida a echar una mirada! —dije Karl.

—

O'Rourke

fué a la ventana y miró al exterior.

En la callejuela contigua flotaba en el suelo una bata blanca de las que suelen usar las parroquianas de las clínicas de belleza.

—Se ha ido por allí —dijo Karl.

—No lo aseguraría —replicó

O'Rourke

—: esta fulana es una zorra. Puede muy bien haber echado la bata a la izquierda para marcharse luego por la derecha. Será mejor que vayamos uno por cada lado.

Así lo hicieron. Karl fué hacia la izquierda y

O’Rourke
hacia la derecha en pos de una dama con el cabello recién teñido de rojo cobre.

Ricky despertó tarde aquella mañana en el sofá de la salita de su apartamiento. Levantóse y se preparó para tomar el baño procurando no despertar a la huéspeda a la que, menos por galantería que por instinto de conservación había cedido su propia cama. También la dama necesitaba el descanso, por lo visto, debido a la excesiva cantidad de licor ingerido durante la agitada noche.

Estaba Ricky meditando sobre los acontecimientos y su prosaico desenlace cuando sonó el teléfono con odiosa insistencia.

—¿Es usted *Mr*. Drayton? —preguntó una voz masculina en el otro extremo del hilo.

—Esto creo yo. ¿Con quién hablo?

—Aquí Mister Serafín. Buenos días, Mister Drayton. Espero se encuentre completamente restablecido después del infortunado accidente de ayer.

—¡Ah, sí! Muchísimas gracias —dijo Ricky—. Oiga, Mister Serafín, ha sido usted muy amable al enviarme aquel paquete sorpresa al hospital… y no me refiero precisamente a las flores y a los cigarros.

—Me satisface mucho haberle complacido —replicó Serafín con una risita—. Usted es un verdadero héroe, muchacho, y merece todas las atenciones posibles. Y, a propósito, ¿estaría en estos momentos por ahí mi ayudante, *Miss* Clarridge?

—En efecto, aquí está —dijo Ricky—. ¿Quiere hablar con ella?

—Sí, hágame el favor —contestó Serafín.

Ricky llamó y Marion apareció.

—Es tu jefe, querida —le dijo.

La dama cogió el aparato mirando a Ricky con una sonrisa soñolienta. Cuando hubo escuchado durante unos instantes colgó el auricular sin pronunciar palabra.

—¿De qué se trata? —le preguntó Ricky—. ¿Has de volver, al trabajo, cariño?

Ella movió la cabeza afirmativamente con un mohín de disgusto.

—¿Qué le vamos a hacer? —le dijo él para tranquilizarla—. No tardaremos en vernos otra vez. Mira, espera un momento, voy a bañarme y te acompañaré.

Llevaba Ricky unos minutos en la ducha cuando dijo:
—Oye, vida mía, ¿quieres sacarme una camisa limpia? Están en el cajón de arriba del armario.
—Enseguida, Ricky —contestó Marion.
El oyó como abría el cajón. Pensó que allí guardaba su revólver metido precisamente entre las camisas. Pero se encogió de hombros pensando que, al fin y al cabo, se trataba de una dama inofensiva ¡Y cuán inofensiva!
—Aquí tengo la camisa —anunció ella—. ¡Y he encontrado también tu revólver!
—Deja la ferretería a un lado —le dijo Ricky.
Ella no contestó. Luego se oyó el inconfundible chasquido del seguro del arma al cambiar de posición.
—¡Oye! ¿Qué diantres…? —gritó Ricky cerrando el grifo de la ducha.
—Serafín me acaba de decir que un enviado especial de Washington acaba de recoger aquel sobre, Ricky —le dijo, ella con sorna—. Al parecer nos has tomado el pelo a todos, angelito. Especialmente a mí. A mí, que quería portarme bien contigo para apoderarme de esos documentos a las buenas, visto que Boris no lo consiguió aporreándote.
—¡Oh, nena! ¿Hasta qué punto te ordenaron que fueses amable conmigo? ¡Yo, que creía que todas aquellas pantomimas melosas las hacías solamente para reír!
—¡Las risas se han terminado, so idiota! —le espetó ella.
Ricky se maravillaba al pensar que aquel ser tierno, femenino, que hacía pocas horas era todo mieles y encantos pudiese convertirse, súbitamente, en una mujerzuela endiablada, hábil en el manejo de las armas. ¿Claro que uno no se puede fiar nunca de las apariencias…?
—Bueno, ¿cuál es tu plan ahora, vida mía? —le preguntó.
—Muy sencillo —replicó ella, con una arista de hielo en la voz— y en él no figura ningún futuro para ti.
—Oye, mujer, si te propones agujerearme el pellejo —le dijo Ricky con aplomo— ¿no podías dejarme poner los pantalones primero? El capitán
O’Rourke,
jefe de la brigada criminal, es un viejo amigo mío y nos hemos

peleado muchas veces burlándonos uno del otro. Por eso me fastidia pensar que pueda reírse el último, al encontrarme de este modo. ¿Qué me dices a esto, nena? ¡Hazlo por nuestras dulces horas pasadas!

—Bien, reconozco que todo el mundo tiene derecho a ver cumplida su última voluntad —contestó la aventurera—. De acuerdo Drayton, ponte los pantalones.

Ricky salió del cuarto de baño envuelto en una larga toalla turca.

—Perdona si no me vuelvo de espaldas —dijo Marion—. No puedo perderte de vista ni dejarte de apuntar con este cacharro.

—Perfectamente, no hagas cumplidos, nena —repuso Ricky— entre nosotros no caben los secretos. ¿No te parece?

A continuación llevó una mano a la cintura para desatarse la toalla. Los pantalones los tenía ya puestos, de modo que el rápido movimiento lo aprovechó para arrojar la toalla sobre el rostro de Marion, enredándose al mismo tiempo con la pistola. El arma fué disparada sin hacer puntería alguna. Ricky se abalanzó encima de la aventurera. La dama peleó como un gato montés poniendo en juego dientes y uñas. Como Ricky estaba desnudo de la cintura para arriba no era poca la superficie expuesta a las acometidas de aquellas armas primitivas. Al fin, logró inmovilizarla apretándola contra su pecho hasta que, con una hábil zancadilla, logró derribarla al tiempo que le hacía dar fuertemente de cabeza contra el suelo. A continuación, después de golpearla furiosamente durante unos minutos, comprobó que el tremendo golpe de la caída la había dejado ya sin sentidos. Recogióla entonces y la echó sobre la cama sin contemplaciones. Fué entonces al teléfono y marcó el número de la Jefatura. El policía de la centralilla le dijo que O'Rourke había salido con Medusa. Le puso en contacto con el teniente Tomelty, uno de los viejos ayudantes del capitán.

—Aquí, Drayton, Pat —dijo—. ¿Ha salido ya con el paquete el mensajero especial del F. B. I.?

—Desde luego —contestó Pat Tomelty—. Hará cosa de media hora. ¿Por qué?

—Porque está en peligro —informó Ricky—. ¿Sabéis algo de ese

personaje que se llama Serafín?

El teniente lanzó un suspiro.

—¡Te diré! —exclamó—. Ha estado metiendo la nariz, por todos los rincones de la Jefatura como una mujer en cinta, acabando con la paciencia de todo el mundo. Gotlieb ha sido su cicerone en el recorrido que ha hecho de todas las dependencias de la casa.

—Puede haber sido Gotlieb al que se le ha ido la lengua —le espetó Ricky—. Alguien le ha hablado a Serafín de ese mensajero especial… Pon atención a lo que te voy a decir: ¡Serafín es el fulano al cual hemos estado persiguiendo todos! Es él el verdadero director de la red de espionaje. ¡Moviliza todo lo que tengas a tu disposición, Pat, y procura echarle la mano encima a ese pajarraco!

—¡Virgen Santísima! —exclamó Pat Tomelty—. Yo sé en qué tren viaja ese mensajero. No para hasta Atlanta. ¿Y si Serafín está ya en ese tren?

—Tendrá que parar, Pat. Llama a la compañía de ferrocarriles. Y busca a esos dos papanatas de Medusa y
O'Rourke.
Sea lo que sea lo que estén haciendo ahora es menos importante que esto. Yo estoy ahí enseguida. ¡Ah, Pat! Manda inmediatamente a mi domicilio un coche para recoger una dama vestida con un albornoz, que se llama Marion Clarridge.

Capítulo X

El Hado favoreció a Serafín cuando se le concedió como guía para visitar las dependencias de Jefatura al teniente Gotlieb. Gotlieb era un tipo parlanchín e indiscreto como él solo. El bombardeo con que Serafín le abrumaba a base de preguntas inocentes y pueriles venció la débil resistencia del inexperto policía, de manera que cuando Serafín deslizó una pregunta, que no era tan inocente, sobre documentos de Estado, Gotlieb tragó la píldora casi sin darse cuenta y soltó la información sobre el viaje de Joe Speedy que se tenía que llevar a Washington el importantísimo documento.

No le fué difícil a Serafín, más tarde, situado en la acera de enfrente de la Jefatura de Policía, identificar al enviado de Washington. El falso corredor de algodones conocía de vista a la mayoría de la plantilla de la policía del Estado y la de municipio de Nueva Orleans. Por eso cuando vió un forastero, delgado, tostado por el sol, con un sombrero gris y una gabardina ligera y llevando una voluminosa cartera de documentos, entrar en el edificio de la policía, Serafín no dudó que ya tenía a su hombre.

No había tiempo que perder, y Serafín sabía obrar rápidamente. Llamó a un «taxi» y le dió al conductor la dirección de una calle alejada. La calle estaba desierta. Cuando se apeó, le dijo al «taxista»:

—Me ha parecido oír un silbido de aire. Creo que tiene usted un pinchazo lento en el neumático trasero izquierdo.

El chofer bajó y se agachó sobre la rueda en cuestión, instante que aprovechó Serafín para golpearle en la cabeza con un pequeño saco de cuero de la forma de un embutido que estaba lleno de perdigones. Le sacó enseguida la chaqueta de «taxista», se puso su gorra, y, recogiéndolo luego como si se tratara de un bebé, le echó en la parte trasera del coche.

Unos minutos más tarde Serafín estaba en el volante del «taxi» a corta distancia de la entrada principal de la Jefatura de Policía.

Joe Speedy bajó más tarde por la ancha escalinata de piedra del gris edificio. Serafín se le acercó campechanamente:

—¿Un «taxi»; señor?

—A la estación central —le indicó Speedy entrando en el coche.

Cuando, llevaba el coche unos instantes corriendo, preguntó bruscamente:

—Oiga, ¿por dónde vamos? Éste no es el mismo camino por el cual he venido.

—Vamos por un atajo —explicó Serafín brevemente, mientras atravesaba un laberinto de calles angostas y sucias.

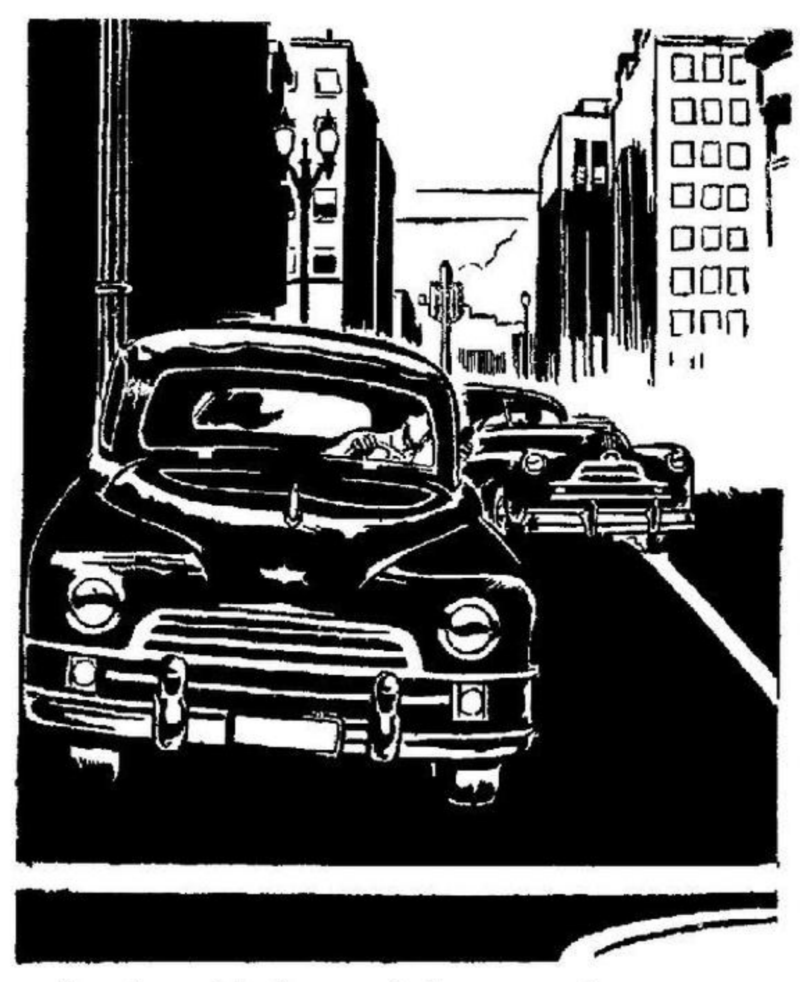
De pronto dió un frenazo tan brusco, que Speedy fué lanzado hacia adelante, encontrándose con la nariz ante el cañón de la pistola automática de Serafín.

—El sobre, por favor —le dijo éste en un tono de sorna.

Automáticamente Speedy echó mano a su pistola. La silenciosa arma de Serafín dió un chasquido. A aquella distancia había más que suficiente. El rostro del enviado del

F. B. I.

quedó tan destrozado que su propia madre, no sólo no le habría reconocido, sino que habría huido horrorizada si le hubiese visto en aquellos instantes. Serafín se agachó, cogió la cartera de documentos que había en el asiento, se quitó la chaqueta y la gorra de «taxista», volviendo a ponerse la suya y el sombrero que tenía a su lado en el asiento delantero y abandonó el «taxi».



Los dos vehículos zumbaban estrepitosamente.

—Muy bien, *Miss* Jones, puede usted levantarse y salir cuando quiera —le dijo el doctor del Hospital de la Buena Samaritana.

Katina Jones le miró sonriendo. El doctor era un hombre guapo de verdad.

—Gracias —repuso la joven—. Me ha cuidado usted divinamente.

El doctor musitó unos cumplidos y salió.

Mientras Katina se ponía su vestido de seda amarillo se

preguntaba qué habría sido del moreno y áspero agente del
F. B. I.
que conoció de un modo tan súbito en el bar «Capricio» el día anterior. La entrevista había sido realmente breve, pero llena de aventura. Ella le llevó con su coche a casa de Melody Laing, en el Boulevard de Normandie; se enteró de que Melody era agente de una potencia extranjera, y que su antiguo amigo Gary Solon, también agente secreto del
F. B. I.,
había sido asesinado. A ella le habían dado un porrazo en la cabeza robándole el coche a continuación. Y todo esto en menos de una hora.

Pero Katina no se arredraba fácilmente. Ahora que tenía la cabeza remendada y casi como nueva, sentía incontenibles deseos de reintegrarse al mundo emocionante que hacía poco había entrevisto de una forma dolorosa e intensa. Dos razones le empujaban a ello. En primer lugar, y a pesar de haber manifestado lo contrario, le había puesto un afecto real al bueno de Gary Solon. Ahora que Katina sabía que él la había plantado únicamente para poder acercarse a Melody a fin de recoger información sobre la red de espionaje, la joven ardía de impaciencia para poder ayudar a la captura del resto de los miembros de la organización que había causado la muerte a su amigo. Y, en segundo lugar, sentía grandes deseos de volver a encontrarse otra vez con Medusa, aquel tipo corpulento de cara sombría que fumaba siempre un gran puro. Katina sonrió al pensar en que sentía cierta debilidad por los hombres del
F. B. I.

Cuando estuvo en el vestíbulo del hospital entró en una cabina de teléfono público y llamó a la Jefatura de Policía preguntando por Karl Medusa. Le dijeron que en aquellos momentos no podía hablar con ella, pero el policía le preguntó si le interesaba ponerse al habla con Ricky Drayton que colaboraba con él. Katina aceptó encantada.

—Mister Drayton —le dijo— soy Katina Jones, si es que el nombre le dice algo…

—¡Ya lo creo que sí! —repuso él—. Usted es el ángel que llevó a Karl al Boulevard de Normandie justamente a tiempo de evitar que me quemasen desde los dedos para arriba. Espero que se encuentre

usted totalmente restablecida de aquella caricia en la cabeza.

—Yo estoy estupendamente bien —dijo Katina—. ¿Dónde está Karl?

—Está en un lugar junto con
O’Rourke.
Le pisan los talones a Melody. Yo he estado intentando echarle la mano encima también.

—¿Así Melody sigue suelta por ahí?

—Por lo que ahora se sabe, así es.

—Tengo una idea. ¿No podría usted llegarse aquí al Buena Samaritana?

—Lo siento —replicó Drayton—. Ahora estoy ocupado. Ha ocurrido algo que deja a Melody en un lugar secundario. De todos modos, si crees que puedes hacer algo útil por tu parte, sigue adelante, nena. Y buena suerte.

—Gracias —contestó Katina colgando el aparato. La joven se acordaba del «cocktail» que tiempo atrás, según le explicó a Karl, había conocido a Melody Laing. Fué aquélla una reunión muy particular, de manera que Katina sólo conoció algunos de los invitados. Pero había uno de ellos, recordaba ahora, que parecía, ser un amigo de Melody. Recordaba la figura de Bob Satin, el artista, sentado al lado de la dama en un sofá, muy absortos en su conversación que duró más de media hora. Cuando uno quiere seguirle la pista a alguien, meditaba Katina, lo mejor que se puede hacer es ir a ver a sus amistades con el objeto de sacarles alguna información. Katina sabía la dirección de Bob Satin; tenía un estudio alquilado en el viejo barrio francés.

Los policías tenían algo más vital en su mente en aquellos instantes que el de seguir los pasos a Melody Laing, había dicho Drayton. Pero Katina tenía una mentalidad más estrecha. Ella veía únicamente a Melody, que le había derribado golpeándola en la cabeza y llevándose luego su automóvil. Y Katina estaba determinada a darle caza a Melody. Esto sería una especie de contribución para vengar la muerte de Gary Solon, además de liquidar algunas cuentas propias.

Acto seguido llamó un «taxi» y le dirigió hacia el estudio de Bob Satin.

Satin acudió a la puerta al oír el timbre.

—¡Hola, Katina! —exclamó complacido—. ¿Qué pasa? ¿A qué debo el placer de esta visita inesperada?

—Nada de particular, Bob; una visita de cumplido —dijo Katina mientras empezaban a subir la escalera de madera—. ¿Qué tal anda el negocio?

La salita del estudio estaba en lo alto del terrado.

El interior de la sala, larga y de techo bajo donde abundaban las claraboyas, y que servía de vivienda para el artista, estaba repleto de telas, algunas pintadas, otras en blanco, todas clavadas en las paredes. En general la pieza parecía un almacén.

—Perdona este zafarrancho, nena —se excusó el pintor—. ¡Así es nuestra vida!

—Sí, comprendo —repuso Katina—. La vida bohemia, ¿eh? De todos modos lo que me admira es que puedas realizar ninguna clase de trabajo en medio de este campo de Agramante.

La joven fué andando por el estudio mirando las pinturas clavadas con chinchetas en las paredes. Bob Satin era un especialista. Él no pintaba paisajes ni naturas muertas ni retratos de encopetados concejales. Damas, y sólo damas. Las mujeres más guapas de Nueva Orleans habían trepado por aquella larga escalera para subir al desvencijado estudio del barrio francés; se habían aligerado de ropa posando en el frío cuarto donde soplaban todos los vientos, para lograr el privilegio de ser puestas en una tela por la mano maestra de Bob Satin. Declarar en ciertos círculos societarios que una no había sido pintada en desnudo o semidesnudo por Bob Satin era confesar que se sentía avergonzada de su cuerpo.

Allí estaban todas: una verdadera galería de diosas. Katina reconoció artistas de espectáculos y famosas damas de la alta sociedad.

—¡Mira! ¡Aquí hay uno de Melody Laing!

—¡Ah, sí! Sí, este retrato está terminado. Estoy esperando que venga a buscarlo el personal de la «Galería Rinaldox» —explicó Bob.

Katina apartó la mirada de la chillona y arrogante exhibición de belleza que tenía frente a sí y preguntó:

—¿Sigues viendo con frecuencia a Melody? La conocí en aquél «cocktail», ya sabes, y me fué simpática. Me habría gustado continuar relacionándome con ella.

—No la he visto desde que terminé este cuadro, hace diez días —repuso Bob. Y dando el asunto por terminado, añadió—: Mira este cuadro; es el último que se ha hecho de Sulungoo, la bailarina de las Indias Occidentales, en el «Club Cuvana».

Pero Katina continuaba fascinada ante la pintura de Melody Laing. Una mosca que había estado, revoloteando por la superficie del óleo quedó prendida de un ala sobre unas pinceladas que representaban una franja de terciopelo escarlata. Bob había dicho que el retrato hacía diez días que estaba terminado, pero la mosca estaba enganchada en la pintura fresca, pegajosa. Katina se acercó a la tela y tocó con la punta del dedo enguantado el hombro rosado de la exuberante imagen. No cabía duda de que la pintura estaba húmeda. La visitante volvió apresuradamente su atención hacia el cuadro siguiente que le mostraba Bob.

—¡Ah, sí, seguro que me gustará ese cuadro! —exclamó—. Esa muchacha es una bailarina fascinadora.

A continuación Katina se dejó llevar por la sala contemplando las obras y prodigando los elogios y las exclamaciones de placer.

Pero su mente no estaba allí; sus ojos vagaban constantemente de una parte a otra del estudio. ¿No sería posible que Melody continuase allí? Que había estado hacía muy poco posando para dar los últimos toques de su retrato, no cabía ninguna duda. El interés que Bob había mostrado en alejarla del cuadro, le acababa de convencer. Era cuestión de llegarse a un aparato de teléfono y poner al corriente a Karl o a Drayton de su descubrimiento.

Después de dar la vuelta completa al estudio se encontraban de nuevo frente al retrato de Melody Laing. ¿Notaría Bob la leve marca que ella había dejado en el óleo con su dedo? Sostuvo el aliento y respiró tranquila cuando, al pasar superficialmente, según pareció, la mirada por el cuadro en cuestión, el pintor se volvió hacia ella y le dijo:

—Bueno, ya lo has visto todo.

Ella le tendió la mano diciéndole:

—Muchas gracias por tu gentileza, Bob. Tengo que marcharme.

Tenía la mano vuelta hacia abajo para, que no se viese la mancha de pintura en el extremo del guante. Bob se la estrechó entre las suyas.

—Esto me lo enseñaron en París —dijo él sonriendo al tiempo

que le hacía volver la mano, le dobló el borde del guante y aplicó ligeramente los labios sobre La muñeca.

Katina rió de buena gana.

—¡Los franceses son tan galantes!… —dijo—. Bueno, hasta la vista, Bob. He pasado más tiempo del que me había concedido.

Él la cogió del brazo.

—¡No! —le dijo—. ¡No te vayas todavía! ¡Vienes tan pocas veces a verme y eres tan guapa, Katina! Permíteme, por lo menos, que te haga un boceto rápido de la cabeza.

—Esto es un honor inmerecido que me haces, Bob —repuso ella sonriendo—. Pero ahora no puedo. Tengo una cita. El hombre se pondrá hecho una furia si le hago esperar.

Bob no aflojó su mano.

—Insisto, en que te quedes —le dijo con energía que ella comprendió era auténtica—. No tardaré ni cinco minutos. Siéntate aquí.

Y la empujó bruscamente sobre una silla; puso luego una hoja de papel sobre el caballete y empezó a dibujar en él a grandes rasgos.

—Solamente un boceto a lápiz ¿sabes? —le dijo—. Luego espero volverás otro día y me permitirás transformarlo en un retrato de cuerpo entero. ¿Vendrás pronto?

—Seguramente —repuso Katina sonriendo mientras pensaba que, al fin y al cabo, no tenía tampoco que avergonzarse de su figura.

—Dame tu mejor perfil, Katina —dijo Bob.

Katina obedeció las instrucciones del pintor. Por eso no vió como Melody salía sigilosamente de detrás de la gran mampara en el rincón del fondo del estudio, y no se volvió hasta que oyó la áspera voz de la rubia que le decía:

—¡Perfectamente, cara divina! ¡Levanta las manos!

Delante de ella estaba Melody con una mano en el bolsillo de una bata y la otra empuñando con firmeza, un revólver. Katina se levantó bruscamente, pero Bob Satin le cogió los brazos por detrás y la hizo sentar a continuación en el sitial de las modelos, amarrándola en el respaldo con un cordón de seda; primero por los brazos y luego por las piernas. Cogió entonces el revólver de manos de Melody diciéndole:

—Muy bien, vidita; ahora vístete. Creo que Serafín ha de llegar

de un momento a otro.

Melody desapareció, tras la mampara y volvió a salir a los pocos minutos con su falda negra y la blusa blanca de encaje. Le ayudó a Satin a llevar su propio retrato encima de un caballete. Bob se entretuvo un momento con un cuadro de recio marco dorado, abriendo uno de los lados por medio de una articulación provista de un gozne.

De pronto los tres ocupantes del estudio levantaron los ojos hacia el techo. Sobre una de las claraboyas alguien llamaba insistentemente. A través del sucio cristal se perfilaba una corpulenta figura. Bob Satin cogió una cuerda que colgaba cerca de la pared y tiró de ella. La claraboya se deslizó hacia un lado. Con sorprendente agilidad tratándose de un individuo tan pesado, Sullevan P. Serafín se descolgó por la abertura agarrándose con las manos en el borde de la misma y dejándose caer ligeramente al suelo del estudio.

—¡Ando sobre ascuas, muchachos! —dijo con voz entrecortada por el esfuerzo—. ¡Vamos, coge esto!

El sobre de papel Manila pasó a las manos de Satin que lo puso enseguida tras el marco falso que había estado preparando hacía unos instantes, volviéndolo a cerrar enseguida.

—¿Te han seguido al venir hacia aquí? —le preguntó.

—No, pero toda la ciudad está encima de mí —repuso Sullevan.

—También a mí me están pisándolos talones —terció Melody—. Uno del F. B. I. y un policía tonto me han hecho salir de estampida de un instituto de belleza. Les he dejado plantados, pero no he ganado nada en teñirme el pelo de rojo: todos los policías del Estado se han enterado ya del cambio de color.

—Es una desgracia, desde luego —dijo Bob—. ¡Con lo que me gustaba tal como lo tenías!

Serafín se fijó entonces en la dama sentada en el trono.

—¿Quién es ésa? —preguntó.

—Una señora demasiado entrometida para su tranquilidad —dijo Bob—. Ha venido aquí a preguntar por Melody. Después he visto que había comprobado lo fresco de la pintura del retrato de Melody que le ha quedado enganchada en el guante. Claro, esto no

lo ha hecho para divertirse precisamente… ¿Qué debemos hacer con ella, jefe?

—De momento guardarla aquí hasta que se calme la tempestad —replicó Serafín—. Luego la sacaremos a darle un paseíto. Por ahora no es saludable asomar la nariz por la puerta.

Sonó el timbre de la entrada.

—Serán los hombres de Rinaldo que vienen a recoger el cuadro —dijo Bob—. Has llegado justamente para meter el papel en su sitio, jefe.

—Ya sabes que yo siempre llego a tiempo, Bob —replicó Serafín.

—Sí, es verdad —dijo el pintor dirigiéndose hacia la puerta—. Vosotros dos podéis trasladar a la dama detrás de la mampara mientras yo hago entrar a esos dos individuos. ¡Dentro de unos minutos esos planos estarán donde deben estar… y no me refiero precisamente a Washington!

CAPÍTULO XI

Ricky Drayton y el teniente Pat Tomelty estaban sentados uno al lado del otro en la mesa de operaciones de la Jefatura de Policía.

—Está claro ahora —dijo Tomelty—. Serafín ha aporreado al «taxista» se ha puesto su chaqueta y su gorra y ha cogido el «taxi» viniendo aquí a recoger a Speedy, llevándoselo hasta las calles del Vino y la Catorce. Allí le ha pegado un tiro y le ha dejado en el coche. Desde el momento en que eso ocurrió hasta el instante en que ha sido descubierto el cadáver de Speedy, Serafín no podía haberse alejado más de media milla en cualquier dirección, aun cuando hubiese cogido otro «taxi».

Tomelty señaló entonces un gran círculo negro dibujado sobre el plano de Nueva Orleans que tenían extendido ante sí, y dijo:

—Tiene que encontrarse dentro de esta zona. La tenemos perfectamente cercada. Imposible que salga de ahí. Todas las fuerzas de que disponemos han sido volcadas allí.

Ricky estudió el plano.

—Barrio francés —dijo—. No es cosa fácil explorar ese distrito. Hay aquí más áticos y callejuelas que en la Casbah.

—Exploraremos cada uno de ellos —dijo Tomelty—. ¡No se escapará!

O’Rourke
y Medusa salieron del instituto de belleza y empezaron a dar vueltas cada uno por un lado hasta que, finalmente, se encontraron en el centro.

—La hemos perdido —dijo
O’Rourke
—. Supongo que habrá cogido un «taxi». Es mejor que llame a

Jefatura dándoles una detallada descripción de la fulana. Les diré que empiecen a buscar a una pelirroja fresca.

Se dirigían hacia la tienda más próxima para llamar por teléfono cuando Karl vió algo que le hizo disminuir el paso.

—Usted hable con la Jefatura, capitán —dijo— yo tengo otra cosa que hacer en estos momentos.

O'Rourke
asintió con un movimiento de cabeza y entró en la droguería. Cogió el teléfono y habló con Tomelty. El joven teniente anotó la nueva descripción de Melody, y luego, le dijo:

—Espero que venga hacia acá cuanto antes, capitán. Ha sucedido algo terrible. Nuestro amigo Serafín ha resultado ser el «agente extranjero número Uno». Ha matado a Joe y se ha apoderado de los papeles. Lo tenemos embotellado en algún punto del barrio francés.

—¡Enseguida estoy ahí! —vociferó
O'Rourke
soltando el teléfono violentamente.

Salió de estampía a la calle buscando a Karl arriba y abajo con la mirada, pero no le vió por ninguna parte. Sin aguantar un instante más subió a un «taxi» y le dió al conductor la orden de llevarle a toda máquina a Jefatura.

Entre tanto, Medusa estaba desempeñando el papel de crítico de arte. Porque había visto a la dama que él y el capitán habían estado persiguiendo. No le vió el cuerpo, es verdad, pero sí una porción de su cara pintada en una tela que se asomaba por un ángulo de un cuadro cuyo embalaje estaba roto. El cuadro lo bajaban dos hombres de un camión cubierto y lo llevaban hacia el otro lado de la calle. Karl les siguió con la mirada y vió que entraban en las galerías Rinaldo.

La sala de exposiciones estaba concurridísima; en ella abundaban las melenas, barbas y pantalones de pana. Para los artistas aquél era un día señalado: se estaba celebrando una de las famosas subastas de Rinaldo donde los expertos pueden escoger por unos cuantos pavos una tela que la posteridad puede acoger como una obra maestra. Los artistas consagrados se venden algo más caros.

Los dos empleados transportaban el cuadro abriéndose paso

entre el público de la sala y lo depositaron en una plataforma situada en el fondo de la sala, y en la cual había una mesa para subastas Cuando hubieron apartado el resto del embalaje dejando la pintura al descubierto, se oyó una ovación producida por críticos de arte… y por otros. La tela completa en la magnífica efigie de Melody Laing causó una genuina sensación en la sala.

Karl se abrió paso entre la multitud hasta llegar ante la tarima donde un hombrecillo con lentes «pin-ce-nez» y pantalón a rayas estaba en pie detrás del pupitre.

—Quisiera comprar este cuadro —dijo Karl.

El hombrecillo sonrió con evidente suficiencia.

—Lo siento, señor —le dijo con voz de hielo—. Esta tela está reservada para un verdadero amante del arte.

—¡Yo soy también un verdadero amante del arte! —protestó Karl—. ¡A mí no me interesan precisamente los cuadros de baratillo, sépalo usted!

—Es posible —replicó el subastador— pero hay un cliente que nos ha hecho una oferta por esta tela y; como es natural, no la podemos vender a un precio inferior.

—¿Ah, sí? ¿Cuánto? —insistió Karl—. ¡Yo doy más que él!

—Diez mil dólares —murmuró el subastador en un tono respetuoso.

Karl miró entonces más detenidamente aquella tela que alguien había podido valorar en diez billetes de los grandes. La pintura brillaba todavía con la humedad. Y, además, presentaba un rasguño. En el mismo hombro rosado de Melody se notaba una marca como si alguien hubiese aplicado allí la punta del dedo.

—¡Pero si esta tela acaba de llegar ahora mismo! —señaló Karl —. ¿Cómo es posible que su cliente de ustedes sepa que vale semejante cantidad si todavía no ha visto la obra?

—Nuestro cliente es un ardoroso coleccionista de las obras de Robert Satin —explicó el subastador—. Nos tiene señalada siempre una suma mínima para cualquiera de las telas de *Mr*. Satin que se presenten a la venta.

—Esto me suena a chifladura, francamente —refunfuñó Karl—. ¿Y quién es ese cliente suyo, por favor?

El hombrecillo del pantalón a rayas arqueó las cejas y dijo:

—Esto sería divulgar un secreto profesional. Y hágame usted el

favor de retirarse, caballero; vamos a comenzar la venta.

Karl retrocedió unos pasos. Podía muy bien haber insistido; usar de su autoridad y suspender la subasta, pero en aquellos momentos lo que le interesaba extraordinariamente era ver quién se llevaba el retrato de la dama. El camino a seguir le aparecía bastante claro ahora. No dudaba que el cuadro de Melody Laing estaba relacionado con el sobre desaparecido. Es más: tenía la sospecha de que los documentos se encontraban escondidos en algún punto de la tela o marco. La sala de arte de Rinaldo podía estar totalmente al margen del asunto, pero todo hacía sospechar que Satin, el pintor, estaba en contacto con los agentes extranjeros. Cuando la red de espionaje tenía que hacer entrega de algunos de sus géneros los escondía en uno de los cuadros de Satin, pasando aviso al personaje encargado de hacer la compra. Por eso el ardoroso coleccionista pagaba un precio exorbitante; así compensaba a Satín por su trabajo, pagando también a los demás agentes por el suyo. Lo realmente artístico del sistema era que la operación, la compra y la venta de informaciones secretas se hacía a plena luz.

Karl echó una mirada a la sala, a su alrededor. A lo largo de una pared había una hilera de cabinas telefónicas para que los corredores pudieran ponerse en contacto con sus clientes. Karl se abrió paso hacia allí y llamó a Jefatura. Ricky Drayton cogió el aparato cuando se enteró de quién era el que llamaba.

—Escúchame —le dijo Karl apresuradamente—. Creo que he llegado al cabo de la calle en este asunto. En cuanto O'Rourke asome el hocico por ahí mándalo enseguida en busca de Robert Satin; que vaya volando a su estudio. Es posible que coja allí a la camada entera. Tú tendrías que venir a las galerías Rinaldo sin perder un momento.

La subasta había empezado cuando Karl salió de la cabina. Los primeros cuadros eran de poca importancia: artistas, genios ignorados, que vendían el fruto de su sudor por unas pocas monedas. De pronto recorrió la sala un murmullo de excitación cuando dos empleados cogieron el retrato de Melody Laing y lo colocaron ante el pupitre.

El subastador carraspeó para aclarar la voz.

—Como la mayoría de ustedes saben —empezó diciendo—: los

cuadros de *Mr*. Satin llegan ante el público acompañados de un precio de reserva. En este caso la cifra es diez mil dólares. ¿Hay alguien que de más?

Balanceándose apaciblemente sobre sus talones, hundidas las manos en los bolsillos y con su delgada y negra trompetilla en un ángulo de la boca, Karl anunció:

—¡Y cincuenta!

En la sala hubo un momento de suspenso producido por la estupefacción. Aquello no había ocurrido nunca. Los más sorprendidos eran los peritos; algunos se echaron a reír; ellos sabían el valor real de la tela en cuestión.

Pero las risas fueron rápidamente acalladas cuando surgió otra voz del fondo de la sala diciendo:

—¡Y cien!

En aquel instante, Ricky, apareció al lado de Karl.

—¿Qué pasa? —le preguntó en voz baja.

—Estoy pujando por los planos del nuevo cohete atómico, más un poco de material de pintura —repuso Karl—. Es preciso localizar al individuo que se enfrenta conmigo en la subasta. Yo le entretendré; procura echarle la mano encima… —le dijo dándole a Ricky, con una sonrisa, la chapa de agente federal—. Esto te facilitará la faena. —A continuación volvió a levantar la voz—: ¡Ciento cincuenta!

—¡Dos cientos!

—¡Doscientos cincuenta!

—¡Trescientos!

—¡Trescientos cincuenta!

—¡Cuatrocientos!

—¡Cuatrocientos cincuenta!

—Hay bastante, hermano —dijo Ricky plantándose ante el individuo que estaba sobrepujando a Karl—. He de hablar unas palabras con usted —le dijo haciendo brillar la placa prestada de agente del
F. B. I.

El individuo palideció al tiempo que echaba una mirada a derecha e izquierda. Pero el revólver de Ricky se veía discretamente apuntando desde el interior de su bolsillo.

—Muy bien; cuando usted quiera —repuso el hombre.

Ricky le cogió por el brazo y le llevó hacia la puerta.

Karl le aguardaba allí.

—Llévate este piojoso a Jefatura —le dijo—. Yo cogeré el cuadro y marcharé detrás de ti.

El timbre del teléfono sonó estridentemente en el estudio de Bob Satin. El artista fué a recoger la llamada.

—Soy Vladislav —dijo una voz—. Estuve con el cónsul en las «Galerías Rinaldo». Unos individuos, creo que del
F. B. I.,
han empezado a pujar contra él. Después se han llevado al cónsul y al cuadro. ¡Ahueca el ala cuanto antes!

—Gracias, Vladislav —dijo Bob Satin soltando el aparato. Y dirigiéndose a los demás, anunció—: ¡La función ha terminado! ¡Han arrestado al cónsul y se han apoderado del cuadro! Creo que los «Feds» van a llegar de un momento a otro. Abajo tengo el coche. ¡Hemos de probar suerte!

—¿Y qué hacemos de esa dama? —preguntó Melody señalando hacia el rincón donde Katina estaba atada tras la mampara.

—Déjala —dijo Bob—. No nos puede hacer daño alguno ya.

—Pero este estudio si nos lo puede hacer —terció Serafín—. Aquí quedan ficheros, claves y listas de agentes y enlaces. Esto hay que destruirlo —rápidamente corrió hacia un armario del que empezó a sacar papeles y libros con los que formó un montón en el suelo—. ¡Vamos a pegarle fuego! —exclamó—. Y si esa fulana arde, mala suerte. Así aprenderá tal vez a cuidarse de sí misma…

Y encendiendo una cerilla en la suela del zapato la echó sobre el montón de papel. Por unos instantes estuvieron contemplando cómo las llamas rodeaban el montón elevándose hacia la cima. Luego Bob cogió algunos tubos de aceite de pintura y los vació sobre el fuego.

—¡Vamos! —rugió Serafín.

Katina empezó a luchar por librarse de sus amarras. El negro y denso humo de la pintura al óleo empezaba a llenar la sala.

—¡No me dejéis así! —exclamó, atragantándose—. ¡No me abandonéis!

Los tres satélites bajaron la escalera como una exhalación y no pararon hasta que estuvieron en el interior del coche de Bob que aguardaba en la acera.

—¡Vamos, niña, ponte algo encima de esa cabellera roja! —le

gritó Bob encarándose con Melody, mientras apretaba el botón de arranque—. Se te ve a una milla.

Ella obedeció a la recomendación cubriéndose la cabeza con un pañuelo apenas el automóvil se había apartado del bordillo de la acera.

Iba O'Rourke acompañado de tres policías uniformados en uno de los coches de la policía a través del Barrio Francés cuando divisó una nube de humo que salía por la ventana superior de un alto y destartalado edificio.

—Allá arriba hay un incendio —dijo. Y a continuación añadió vivamente—: ¡Canastos! ¡Debe de ser en la casa de Satin!

El chofer apretó el acelerador y, antes que el vehículo hubiese parado por completo frente a la casa del pintor, O'Rourke cruzaba la acera corriendo y subía por la escalera seguido de los otros policías. Ninguno de ellos se fijó en un magnífico descapotable que se deslizaba por el otro extremo de la calle.

Los policías estaban jadeando terriblemente cuando llegaron al ático de la casa. Por debajo de la puerta cerrada a llave se filtraba el humo. O'Rourke y un corpulento sargento tomaron un poco de impulso y se lanzaron de hombro contra la puerta que gimió con un ruido de madera astillándose. A la segunda carga la puerta cedió y los dos hombres entraron tambaleándose en la sala repleta de humo. En el centro había un montón de cenizas todavía encendidas, pero el fuego se había extendido hacia todas direcciones.

Con un pañuelo en la boca, O'Rourke retrocedió hasta la puerta.

—Aquí no queda nadie —dijo medio asfixiado—. Salgamos antes que el techo se derrumbe.

Esto podía ocurrir en cualquier momento, visto que el fuego había trepado por los cortinajes relamiendo vorazmente las carcomidas vigas del techo que quedaban al descubierto.

—Un momento, capitán —dijo el sargento—. Me ha parecido oír algo.

O’Rourke
se detuvo. No se oía otro ruido que el crepitar de las llamas. Lo que había, llegado a los oídos del sargento era el último gemido que Katina había podido emitir antes de quedar desmayada.

—¡Salgamos de aquí! —repitió
O’Rourke.

En aquel momento la mampara se consumió por completo, dejando ver la silueta, rodeada de llamas y humo, de Katina Jones, atada al sitial.

—Tenía usted razón —exclamó
O’Rourke
—. ¡Allí hay una dama! ¡Deprisa! ¡Vamos a sacarla!

El capitán avanzó al frente de sus hombres pisando la encendida alfombra.

—No nos entretengamos a desatarla —dijo—. Coged la silla y levantadla en vilo.

Los dos policías se agacharon para coger el sitial por debajo cuando un fuerte ruido de madera astillándose cerca de la puerta les hizo volverse. Una de las carcomidas vigas había caído hecha una brasa y arrojando chispas a través de la puerta. Mientras estaban mirando se derrumbó una pila de material que vino a formar una barrera de fuego que les impedía el paso. Por allí no había salida posible.

—¡La claraboya! —gritó
O’Rourke.

Se sacó entonces una navaja del bolsillo y cortó rápidamente las cuerdas que ataban a Katina al sitial. Luego, poniéndose de pie en la silla, entrelazó los dedos bajo el pie del policía menos pesado y levantóle hacia la abertura. A continuación siguió el otro policía.
O’Rourke
y el sargento recogieron entonces el cuerpo inerte de Katina hasta que los dos policías del tejado la pudieron alcanzar.
O’Rourke
entrelazó las manos otra vez.

—¡Ahora usted, sargento! —dijo.

—¿Y usted cómo va a salir, capitán? —preguntó el sargento.

—Ya me estirarán desde arriba. Ahora ponga el pie en mis manos y arriba. ¡Es una orden!

El sargento obedeció y O’Rourke le aupó hacia sus compañeros. Luego estiró los brazos hacia arriba y los policías desde el tejado hicieron lo mismo hacia abajo hasta cogerle de las muñecas para sacarle así del estudio que se iba convirtiendo rápidamente en un horno. Uno de ellos había llegado justamente a establecer contacto con las puntas de los dedos del capitán y se esforzaba por llegar, pulgada tras pulgada, hacia las muñecas cuando las patas encendidas del sitial se resquebrajaron echando al suelo al jefe de la Brigada Criminal.

O’Rourke quedó tendido por unos instantes, tosiendo y atragantándose. Sabía perfectamente que si no salía pronto, el humo le asfixiaría por completo. El sargento se quitó el cinturón y les indicó a los otros dos que hiciesen lo mismo. Atados uno al otro los tres cinturones, la larga tira de cuero descendió lo suficiente por la claraboya.

—¡Átese esto por la cintura, capitán! —gritó.

O’Rourke se levantó a duras penas y se pasó el extremo de la correa por debajo de los brazos. Los tres policías empezaron a tirar de él, pero el capitán no era ninguna pluma. Gradualmente fueron levantándole hasta que al fin el sargento le pudo coger por el cuello de la chaqueta, pasándole a través de la claraboya.

No les sobró ni un segundo. El extremo de los pantalones de O’Rourke estaba encendido, de modo que los policías tuvieron que apagar las llamas con las gorras.

Por el extremo del tejado miraron entonces a la gente que se había reunido abajo en la calle. Un murmullo de admiración subió hasta ellos cuando se asomaron por el borde. A lo lejos se oía la sirena de un coche de bomberos que se acercaba velozmente. Poco después Katina, todavía apagada como una bujía, era descendida por una escalera sobre los hombros de un bombero. Los cuatro policías bajaron a continuación y un instante después el techo del estudio se derrumbaba estrepitosamente.

CAPÍTULO XII

Ricky Drayton se encontró con Karl Medusa en el vestíbulo de la Jefatura de Policía.

—He puesto a nuestro coleccionista de cuadros a disposición del sargento de guardia —dijo Ricky—. Ahora está tomándole declaración. Oye, Karl, ¿quién supones que es?

—No sabría decir —repuso Karl.

—Pues yo no tengo porqué suponer nada. He visto sus papeles. ¡Es nada menos que el cónsul de determinada potencia extranjera! Y no tengo que decirte el nombre de la misma.

—No —contestó Karl— no hace falta que me lo digas. Me lo pensé en el momento en que vi claro el tinglado de la falsa subasta. Creo que estamos haciendo oposiciones para una condena mayor, metiéndonos con tan altos personajes, Ricky.

—Podría ser —repuso Drayton—. Bueno, ¿y qué te parece si ahora nos diéramos un paseo por el barrio francés a ver cómo tiene el asunto O'Rourke en el estudio de Bob Satin?

—De acuerdo —dijo Karl— quizá podríamos organizar un equipo de policías.

Un guardia llamado Halloran les condujo hacia el barrio del artista. Al llegar allí se detuvieron ante un control de policía.

Karl sacó la cabeza y habló con el sargento de servicio.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡No sé una palabra! —contestó el sargento—. Todo son rumores. Lo último que he oído decir es que los individuos que el capitán perseguía han ahuecado el ala mientras él estaba salvando a un puñado de bellas modelos encerradas en un estudio en llamas.

Pero yo tengo orden todavía de parar a todos los coches públicos y particulares que salgan de esta ciudad. Tenemos un cerco de media milla de anchura. ¿Qué diablos…?

La exclamación del policía fué causada por la aparición repentina de un potente descapotable que bajaba por la calle procedente del Barrio Francés, en dirección a ellos, a una velocidad realmente suicida por aquellos parajes. El policía se plantó de un salto en medio de la calle y blandió los brazos, pero el descapotable continuó avanzando hacia él sin disminuir la velocidad, de modo que si el sargento no se hubiera puesto a salvo colocándose de un brinco sobre la acera, habría terminado aplastado indefectiblemente. Un policía motorista puso en marcha su máquina preparándose para la persecución.

—¡He visto a Serafín en ese auto! —gritó Karl—. ¡A por él, Halloran!

Antes de medio minuto, el motorista y el coche de policía estaban detrás del fugitivo haciendo chillar rabiosamente las sirenas de los vehículos.

Pero los ocupantes del descapotable fueron los primeros en disparar. La moto se desvió a la acera y ahuyentando a los asustados transeúntes, fué a meterse en un escaparate con el policía colgando encima del manillar como un muñeco; la bala le había agujereado la frente. Karl echó mano a su revólver y mandó una racha de plomo sobre el descapotable. Saltaron a pedazos los cristales, pero no hubo manera de comprobar si los proyectiles habían dado en un objetivo humano.

El descapotable dobló la primera esquina apoyándose sobre las dos ruedas de un lado y se lanzó por una calle bloqueada por un gran camión en descarga. Satin torció el volante y el coche subió por la acera. Una mujer levantó los brazos frente al coche loco, dió un terrible alarido y cayó bajo las ruedas. El descapotable no disminuyó lo más mínimo su marcha y volvió a entrar en la calle al otro lado del camión. La gente acudió a auxiliar a la mujer atropellada, con lo que la acera quedó totalmente obstruida, de modo que cuando Halloran hubo doblado la esquina entrando en la angosta calle, tuvo que frenar bruscamente para evitar el choque frontal con el camión o la masacre de las inocentes personas apiñadas en la acera. Karl y Ricky abrieron las portezuelas y

saltaron a la calzada. Llegaron al otro lado de camión justamente a tiempo de disparar otra vez sobre la parte trasera del descapotable en fuga. Esta vez una de las balas por lo menos hizo blanco; uno de los neumáticos de atrás estalló, de modo que el coche empezó a dar bandazos de un lado a otro de la calle hasta que subió sobre la acera y fué a dar contra la pared.

Dos hombres salieron de él velozmente y cruzaron la calle. Karl reconoció a Serafín en uno de ellos; el otro era un individuo alto y moreno, con una chillona camisa a cuadros. Los dos hombres se lazaron hacia una arcada de piedra en lo alto de la cual se veía un rótulo de gas neón que brillaba desafiando la luz del día. Del otro lado de la arcada llegaba el ruido de muchas voces y gritos.

—¡Diablos! —exclamó Ricky disgustado mientras se lanzaba hacia allí acompañado de Karl—. ¡Un campo de béisbol! ¡No podían escoger un sitio mejor para escabullirse!

Al pasar por delante del descapotable estrellado le echaron una mirada. En el departamento trasero había una dama tendida, inerte, con un pañuelo de cuello, de color, que le había resbalado de la cabeza dejando al descubierto una cascada de brillante cabellera roja. No tan roja, sin embargo, como la sangre que manaba de un agujero grande como un dólar de plata que se le veía en el cogote.

—La deliciosa Melody ha encontrado un reposo merecido —comentó Ricky mientras se lanzaba bajo el arco que formaba la entrada al campo de deportes.

Un portero de uniforme le salió al paso pidiéndoles la entrada. Karl estiró el cuello y se puso de puntillas para seguir el curso de Serafín y Satín por encima del hombro del empleado.

—

¡F. B. I.!

¡Apártese!

—¿Eh? —exclamó el portero—. ¡A mí no me vengan con cuentos para pasar gratis! ¡Vengan los cincuenta céntimos de la entrada!

Karl iniciaba el gesto para mostrarle la placa, pero Ricky, menos paciente, ante los individuos a quienes se les sube a la cabeza la autoridad que les confiere un uniforme de dos dólares, no se paró en dar más explicaciones. De un violento empujón le dejó tambaleándose mientras él y Karl echaban a correr por una estrecha avenida de pavimento de gravilla, al lado de la cual se extendían las

gradas del campo de juego. Serafín y Satin estaban ya cerca del fondo del pasillo cuando Ricky y Karl les divisaron y empezaron a correr tras ellos. El pasillo estaba repleto de vendedores de «*hot dogs*», refrescos y rosetas de maíz, repartidos entre los numerosos espectadores que salían del campo antes de terminar el partido, lo cual impedía que el periodista y el agente del
F. B. I.
pudiesen hacer uso del revólver que tenían en la mano. Se abrieron paso a codazos o con los hombros y, cuando era necesario, con los puños, para apartar a la gente y poder seguir con la vista al individuo del traje gris y el de la camisa a cuadros. Serafín y Salín habían llegado al extremo de uno de los tramos en que se dividían las gradas, cada uno de los cuales estaba separado del otro por un hondo pasillo, unos pies más bajo, siguiendo la inclinación hasta el campo de juego. Los dos fugitivos se detuvieron unos instantes y se separaron; Serafín tomó por la derecha empujando y derribando algunos espectadores. Satín atravesó algunas hileras de asientos y se descolgó hacia el pasillo del compartimiento inferior.

—¡Yo me encargo de Serafín! —dijo Karl con voz entrecortada por la falta de aliento—. ¡Sigue tú al otro!

Lo último que Ricky vió de su compañero fué la abultada espalda mientras se descolgaba hacia las filas inferiores gritando:

—¡Detengan a ese hombre!

Ricky tuvo tiempo para reflexionar sobre la maciza estupidez de la multitud que permanece quieto contemplando incluso un asesinato en lugar de levantarse y tomar cartas en el asunto de uno u otro modo. A continuación también él saltó la barrera descendiendo a las gradas inferiores.

Allí se encontró con el camino cerrado en ambas direcciones. Su cuerpo quedaba aprisionado en las filas repletas de entusiastas deportivos que pasaban de mano en mano botellas de cerveza y repartían bolsas de rosetas de maíz y programas en todas direcciones. Satín se estaba abriendo paso en línea diagonal a través de los espectadores; se encontraba a un centenar de yardas de ventaja y se dirigía hacia la parte donde el público estaba más densamente apretado. El pintor se proponía sin duda desaparecer en medio del remolino de personal que gritaba estridentemente, aunque pensaba que le resultaría un tanto difícil por culpa de

aquella camisa tan particular.

Ricky avanzaba persistentemente hacia él. Y tampoco gastaba demasiados cumplidos.

Satín había alcanzado ya la parte más densa de la masa de espectadores cuando un par de policías aparecieron al final de uno de los pasillos.

—¡Detened a ese hombre! —gritó Ricky del mismo modo que Karl había hecho antes.

Pero sus gritos se perdían entre la algarabía de los aficionados que en aquellos momentos estaban celebrando un nuevo gol hecho por el Nueva Orleans. Satín, que se dirigía por el pasillo al extremo del cual estaban los dos policías, se detuvo y reemprendió la marcha atravesando algunas hileras. Ricky disparó al aire para llamar la atención de los policías. Grave error; no había contado con el histerismo propio de la multitud. Inmediatamente la gente a su alrededor dió un brinco de su asiento echándose encima de los demás y pisoteando a los que caían al suelo en un furioso intento de llegar cuanto antes al pasillo y alejarse así de la persona a la que consideraban debía de ser víctima de un ataque de locura. Los policías, dejando en paz a Satín, dedicaron su atención a la gente horrorizada intentando calmarla y hacer que volviesen a sus asientos.

Los espectadores más cercanos a Ricky huían de él despavoridos; los que estaban cerca de los policías huían en dirección contraria para escapar al alcance de las porras que los guardianes del orden blandían a diestra y siniestra. Los que estaban cogidos en medio no sabían qué dirección tomar; gritaban y se encaraban entre sí dando puñetazos, puntapiés, rompiendo la ropa arañando y mordiendo, completamente locos de terror. Muy pronto el pánico haría presa de todo el tramo de gradas y del campo entero con la contagiosa velocidad de un incendio en matorrales secos. Ricky se esforzaba por abrirse paso y atravesar aquella loca barrera humana. Mayor número de policías había irrumpido para localizar el pánico, luchando como verdaderos bomberos para evitar que el caos adquiriese mayores proporciones. Ricky se enfrentó cara a cara con un policía que blandía la porra con entusiasmo realmente deportivo; se veía claramente que el hombre disfrutaba con aquella faena; no desperdiciaba ninguna ocasión para descargar la porra

sobre la primera cabeza que se le ponía a tiro.

Al otro lado de él Ricky veía brillar fugazmente la camisa de Satin quien se introducía cada vez más entre las densas hileras de espectadores en pie. Ricky se agachó y pasó por debajo de la porra del policía.

Entre tanto Karl le pisaba los talones a Serafín. La distancia que les separaba no había variado considerablemente desde el instante en que el rollizo espía se había mezclado entre la multitud. Karl iba pasando de una a otra fila en medio de los gritos airados de los entusiastas deportistas, a los cuales impedía la contemplación del partido. Su paso quedaba señalado por una algarabía de gritos y de insultos.

Después de enfrentarse con algunos espectadores más enfurecidos que los anteriores, Karl perdió de vista a Serafín. El corpulento individuo había aprovechado la oportunidad para ganar terreno alejándose paulatinamente de su perseguidor. De nuevo Karl descubrió el bulto vestido de gris que avanzaba por uno de los pasillos El agente del

F. B. I.

se lanzó tras él como un atleta tras el título de campeón de una olimpíada. Serafín marchaba derechamente a la salida que no le quedaba ya muy lejos. Karl sacó su revólver y disparó. Serafín viró en redondo y se agarró el hombro derecho con la mano, pero sin dejar de empuñar el revólver. Apoyó una rodilla al suelo y disparó sobre Karl, mientras éste subía por la rampa hacia él. Karl sintió cómo la bala le quemaba en el vientre y pronto notó cómo todo el cuerpo parecía presa de las llamas de un dolor intensísimo, irresistible. Una niebla negra se iba cerrando a su alrededor y le pareció que un abismo se abría a sus pies y se lanzaba en el vacío sin fin. No obstante, al tiempo que caía, levantó de nuevo el arma y apretó el gatillo. La detonación de su revólver fué el último ruido que escuchó antes que la negra niebla le envolviese por completo poniendo casi piadoso fin al dolor que le atenazaba.

Ricky continuaba avanzando a puñetazos, tirones y puntapiés entre la masa de espectadores desbocados, siempre con la fugaz visión de aquella camisa a cuadros danzando en su horizonte. Gradualmente la multitud fué haciéndose menos densa hasta que llegó el momento en que pudo ver a Satín con toda claridad. El

pintor al servicio de los espías corría a lo largo de la barrera en el fondo de la tribuna tras la última fila de asientos. Ricky apuntó el revólver; el individuo ofrecía un magnífico blanco, puesto que su figura aparecía perfectamente recortada sobre el cielo azul. Pero no tuvo tiempo de disparar; en cuestión de un breve instante el artista saltó de nuevo la barrera hacia el pasillo que daba la vuelta a la tribuna. Ricky se plantó en lo alto con pasmosa velocidad y, del mismo impulso, salvó la baranda descendiendo por una altura de quince pies que medía el muro hasta el fondo del pasillo. Por lo visto, Satín debía de haberse rezagado un poco colgado en la baranda antes de lanzarse al vacío, puesto que Ricky aterrizó encima mismo de él, de rodillas en la parte baja de su espinazo y de manos en sus hombros. Satin quedó con la cara aplastada al suelo. Ricky se incorporó rápidamente dispuesto a rematarle con unos cuantos puñetazos, pero no hacía falta ya; el individuo permanecía completamente inmóvil en el suelo, como un saco de patatas, inclinada hacia un lado la cabeza En las sienes tenía una abertura de la que manaba sangre abundante.

CAPÍTULO XIII

Época: tres semanas más tarde. Escenario: El Hospital de la Buena Samaritana. Personajes: Ricky Drayton y Kart Medusa, capitán
O'Rourke
y Katina Jones.

Situación escénica:
O'Rourke
está sentado, algo rígidamente en una silla; las quemaduras en sus brazos y piernas no están curadas por completo. Katina tiene un aspecto de lo más encantador a pesar del hecho de que acaba de ser dada de alta del hospital después del tratamiento a que ha sido sometida por *shock* y el daño recibido en los pulmones a causa del humo en el estudio de Satin. Drayton está también recuperado por completo. Lo dice su cara y el hecho de que tenga un «Lucky» en una mano y un gran vaso de *rye* en la otra; situación normal en él.

Karl Medusa está encajado en yeso desde el cuello a las rodillas y sólo puede levantar los brazos. Le sacarán el yeso eventualmente y tal vez incluso le dejarán sentarse, pero, por de pronto, nada más. La bala de Serafín atravesó el estómago del agente del
F. B. I.
hasta llegar al espinazo donde quedó alojada. Karl Medusa ha librado su última activa batalla por el
F. B. I.

Drayton tiene la palabra:

—Teniendo en cuenta que llevabas una bala en el espinazo, hay que reconocer que tu puntería fué admirable, Karl. Le hiciste volar a Serafín la parte superior de la cabeza cuando ya estaba a pocos pasos de la salida del campo de béisbol.

Medusa ríe, pero con dificultad. Cualquier movimiento le causa

daño.

—Así que limpiamos toda la cuadrilla —dice—. No queda para el tribunal nadie más que el cónsul y éste ha reclamado la inmunidad diplomática.

—De todos modos, se ha largado de aquí —tercia O'Rourke —. Su Gobierno no tuvo otro remedio que llamarle después que se descubrió cómo recogía información militar disfrazado bajo la capa de coleccionista de objetos de arte y enviando luego los cuadros a su tierra como presentes de aniversario para los superiores jerárquicos. El tipo que le ha sustituido ha sido retratado más veces que una estrella de cine.

Katina se acerca a la mesita de Karl y coge un cigarro de la caja que hay allí, corta la punta con las uñas y lo pone entre los labios del inválido.

—Explícaselo, Karl —le dice, encendiendo una cerilla y aplicándola al puro.

Karl da unas chupadas y echa un par de círculos de humo al techo.

—Esta dama está loca —anuncia a Ricky y a O'Rourke —. ¡Sabe muy bien que estoy condenado a ir en una silla de ruedas para toda la vida y todavía se empeña en casarse conmigo!

Katina sonríe.

—Así es. Y ustedes dos quedan invitados a la boda. Hasta ahora no he hecho en mi vida nada muy útil. Me imagino que el cuidar a Karl será para mí hacer realmente algo importante. Y, además de esto, se da el caso que le amo al grandísimo bribón… O'Rourke sonríe con ojos húmedos como el tipo sentimental que, en el fondo, es.

—Creo que éste es el final feliz más estupendo que jamás se haya visto —dice—. ¿Sabéis qué, Ricky, Karl? ¡Podríais escribir un libro de toda esta historia!

Y así lo hicieron. Aquí lo tienes, lector…

FIN

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 329 - M.ª Esperanza Neyra.
■ TU DESTINO SOY YO
Núm. 330 - Matilde Redón.
■ UN RAYO DE SOL
Núm. 331 - Mercedes Munió.
○ CON MADERA DE TRIUNFADOR

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 225 - Desabel.
■ TRAS LA TORMENTA
Núm. 226 - Trini de Figueroa.
■ PARENTESIS DE INQUIETUD
Núm. 227 - Matilde Redón.
○ TRECE DIAMANTES

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 169 - Lía Ramos.
■ LUCHA DE ESTIRPES
Núm. 170 - María del Pilar de Molina.
■ EL CAMINO SOÑADO
Núm. 171 - Agata Mor.
○ ¡QUE ENCANTO DE FAMILIA!

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 55 - M.ª Pilar Carré.
■ UN NOVIO PARA MARYSE
Núm. 56 - L. Masola.
■ AMOR DE CARIDAD
Núm. 57 - Desabel.
○ UNA SIRENA A BORDO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN BISONTE

Núm. 270 - Raf Segrram.
■ EL PECOSO
Núm. 271 - Rogers Kirby.
■ EL TERROR DE OKLAHOMA
Núm. 272 - Orland Garr.
○ SUCEDIÓ EN KANSAS

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN DETECTIVE

Núm. 13 - Vic Peterson.
■ EL CASO DE LAS NOCTAMBULAS
Núm. 14 - Kar Medusa.
■ ESPÍAS ATÓMICOS
Núm. 15 - Arnold Briggs.
○ LOS GORRIONES DEL TÁMESIS

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 134 - Francis Rod.
■ INTRIGA EN LA INDIA
Núm. 135 - George H. White.
■ 90 HORAS EN BLANCO
Núm. 136 - A. Rescost.
○ TRES HOMBRES EN LA NIEVE

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ALONDRA

Núm. 8 - Isabel Salueña.
■ EL FORASTERO
Núm. 9 - María Martí.
■ SU IDEAL EN UN MARCO
Núm. 10 - María Lar.
○ ...Y LA LEYENDA SIGUE

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

■ Últimos volúmenes aparecidos. ○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: **5 ptas.**

Michael Barnes fue un escritor, además de guionista y productor de cine y televisión, que escribió un buen puñado de libros de misterio con su propio nombre, y que además publicó también pulps policiacos bajo diversos seudónimos, entre los que se encuentran, además de Ricky Drayton, Frank Hanson, Johnny Cello, Max Clinten, Hyman Zore, Whitney Brown, y Karl Medusa, seudónimo este último que también aparece en la colección Detective, con otros dos títulos.

Como guionista solía figurar como Mike Gorell Barnes, destacando entre sus trabajos los guiones para “For the want of a nail”, “Hide and Seek” (1.972) (no confundir con la moderna e infame película de Robert de Niro), “The hostages” (1.975), y ya en funciones de productor, con su propia productora Eady Barnes Productions, “Scramble” (1970), y “Danger on Dartmoor”, todas ellas películas de las que no tengo constancia en ningún caso que hayan sido estrenadas en España.

Nacido en Inglaterra el 13 de Mayo de 1927, falleció el 22 de Diciembre de 1982. Hijo de Zoe Palmer, actriz de cine mudo, y Frederic Finlay Gorell Barnes, dejó a su muerte una viuda (Christine Rosalind Mary Knight), con la que estuvo casado 33 años; seis hijas, entre las que se encuentra Luci Gorell Barnes, actriz que trabajó en alguna de sus películas; y un pequeño número de novelas traducidas al español que han motivado que un zumbado escribiera esta entrada en un blog que probablemente nadie leerá nunca.

Con el seudónimo Ricky Drayton escribió:

- Llamad al
  F. B. I.
  Barcelona, Bruguera, 1952, (col. Detective n.º 1).
- Alarma en Nueva Orleans, Barcelona, Bruguera, 1952, (col. Detective n.º 3).
- No es fácil matarme, Barcelona, Bruguera, 1952, (col. Detective n.º 7).
- Papeletas sangrientas, Barcelona, Bruguera, 1952, (col. Detective n.º 9).
- Crímenes en Hollywood, Barcelona, Bruguera, 1952, (col.

Detective n.º 12).

- Pasión sangrienta, Barcelona, Bruguera, 1953, (col. Detective n.º 27).

Con el seudónimo Louis Earl Welleth escribió:

- Un crimen a la medida, Barcelona, Maucci, [1941], (col. Serie Detective).
- Dos paquetes de cigarrillos (lucky strike), Barcelona, Bruguera, [1942],(col. Biblioteca Iris, serie policiaca).
- El conflicto del inspector, Barcelona, Bruguera, [1943], (col. Biblioteca Iris, serie policiaca).
- El detective de papel, Barcelona, Bruguera, [1943], (col. Biblioteca Iris, serie policiaca).
- Función de circo, Barcelona, Bruguera, [1943], (col. Biblioteca Iris, serie policiaca).
- Cinco años después (continuación de El detective de papel), [Barcelona], Bruguera, 1943, (col. Biblioteca Iris, serie policiaca).
- El detective loco, Barcelona, Memphis, 1943,197.
- El enigma del cadáver sustituido, Barcelona, Mateu, [1950], col. Biblioteca Moderna Mateu).

Con el seudónimo Karl Medusa escribió:

- Espías atómicos, Barcelona, Bruguera, 1953,(col. Detective n.º14)
- Yo, espía, Barcelona, Bruguera, 1953,(col. Detective n.º30).

Extraído de la página: https://bolsilibrosmemoriablog.wordpress.com/tag/karl-medusa/

Notas

[1] Gaviota. < <

[2] *Whisky* de centeno. <<

[3] «Cara cicatrizada», literalmente. < <

[4] Federales, del
F. B. I.
< <